

JUAN

TONOMA DE NUEVO

ERAL DE BIBLIOTECA

GREVILLE

PRINCE

OGHEROF

RAIL  
PC2235

.D6

P75



1020026409



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LA PRINCESA OGHÉROF

FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

Núm. Clas. *D 94827*  
Núm. Autor *30286*  
Núm. Añe. *8*  
Procedencia *—*  
Precio *—*  
Fecha *—*  
Clasificación *—*  
Catalogo *—*

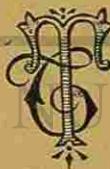


*Es propiedad del Editor*

ENRIQUE GREVILLE

*La Princesa  
Oghérof*

Traducción de "La Vida Literaria"



099197

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECAS  
"ALFONSO GARCÍA  
núm. 1625 ROSELLÓN TORIBIO

BARCELONA

**TORIBIO TABERNER, Editor**

Calle Rosellón, núm. 224

1905

30286

843  
6.



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

P62235  
-D6  
P75

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

IMPRESA DE MARIANO GALVE, AVIÑÓ, 18.—BARCELONA

I

Animación extraordinaria reinaba en el muelle de la Corte la noche del martes de Pascua del año 1860, á consecuencia del baile infantil que daba la señora Averief.

La morada de esta señora había sido durante mucho tiempo una de las más distinguidas entre las que, todos los años, tienen el honor de recibir durante una de sus brillantes fiestas, fastuosas y sabiamente preparadas, á la familia imperial. A este privilegio contribuían la alcurnia de la dama, su prematura viudez—noblemente conservada en memoria del esposo muerto en Varna,—la saludable influencia ejercida sobre la generación crecida ante sus ojos y su exquisito trato para con sus relaciones, hábilmente conquistadas y mejor escogidas.

Por eso, cuando al acaecer la muerte de su hijo, el general Averief, sepultado en un torrente del Cáucaso, se cerraron las puertas de su morada y cesaron en sus salones las tradicionales fiestas, parecía como si faltara algo en aquellas noches invernales y tristes en San Petersburgo.

843  
6.



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

P62235  
-D6  
P75

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

IMPRESA DE MARIANO GALVE, AVIÑÓ, 18.—BARCELONA

I

Animación extraordinaria reinaba en el muelle de la Corte la noche del martes de Pascua del año 1860, á consecuencia del baile infantil que daba la señora Averief.

La morada de esta señora había sido durante mucho tiempo una de las más distinguidas entre las que, todos los años, tienen el honor de recibir durante una de sus brillantes fiestas, fastuosas y sabiamente preparadas, á la familia imperial. A este privilegio contribuían la alcurnia de la dama, su prematura viudez—noblemente conservada en memoria del esposo muerto en Varna,—la saludable influencia ejercida sobre la generación crecida ante sus ojos y su exquisito trato para con sus relaciones, hábilmente conquistadas y mejor escogidas.

Por eso, cuando al acaecer la muerte de su hijo, el general Averief, sepultado en un torrente del Cáucaso, se cerraron las puertas de su morada y cesaron en sus salones las tradicionales fiestas, parecía como si faltara algo en aquellas noches invernales y tristes en San Petersburgo.

Durante cinco ó seis años, la casa de los Averief permaneció triste y muda; la familia y algunos íntimos eran los únicos que franqueaban aquellos umbrales, al parecer cerrados para siempre; pero un día, la noticia de que Prascovia Petrovna celebraba el restablecimiento de su único nieto, dando un baile infantil, circuló rápidamente por entre la alta sociedad petersburguesa, causando la natural extrañeza de un inesperado acontecimiento. A su casa acudió la flor y nata de la juventud. Las invitaciones fueron tan solicitadas por los niños como antes lo fueron por las madres, y los salones de la señora Averief se asemejaron á un delicado ramillete de capullos de rosa en incipiente florescencia.

El martes de Pascua de dicho año, caía en pleno Abril. El gran salón, revestido de mármol amarillo, donde se reunieron los niños, tenía cuatro balcones que daban sobre el Neva, y por ellos entraban los rayos oblicuos de un sol de primavera que perdiéndose entre los pliegues de los cortinajes, dejaba el resto de la gran sala, á pesar de sus grandes espejos del tiempo del Imperio, en una agradable penumbra.

Las jovencitas, acompañadas de sus institutrices, examinaban tímidas y en silencio sus trajes de baile, los chicos, más tímidos aun, habíanse colocado cerca de los balcones; algunas mamás, formando grupo, sonreían y hablaban.

De pronto, el maestro de ceremonias apareció por una de las grandes puertas del salón, y del mismo modo que el sol fúnde el hielo al contacto de sus ardientes rayos, el grave personaje, formando parejas y dando la señal del comienzo de la fiesta, animó á la concurrencia lanzándola por la anchurosa sala, en tanto que la orquesta, colocada en una habitación inmediata, daba al aire las lentas notas de una polonesa.

Rodeada de su familia y sentada, ó mejor di-

cho, entronada en un gran sillón colocado en el fondo de una sala carmesí, deslumbrante de luz, Prascovia Petrovna, con sus blancos cabellos rizados en anillos que caían á lo largo de sus mejillas, y su vestido de damasco blanco confundido entre los pliegues de una mantilla de punto de Venecia, parecía más que una simple mortal, una emperatriz del Oriente. Con la sonrisa en los labios y resplandeciente de bondad, veía como se acercaba hacia ella el pelotón infantil guiado por su nieto Sergió que vestía el uniforme de cadete de infantería.

Cuando éste llegó cerca de su abuela, le cogió la mano y depositó en ella un beso respetuoso acompañado de una sonrisa. La compañera de Sergio, de unos quince años de edad, todo lo más, saludó á la señora Averief con una graciosa reverencia. Todas las parejas siguientes, imitando el ejemplo de la primera, desfilaron inclinándose, y hasta los niños más pequeños, tan pequeños que apenas podían tenerse, bosquejaban un intento de reverencia. Cumplido este deber de cortesía interrumpióse el orden; un vals reemplazó á la polonesa, y las infantiles parejas empezaron á dar vueltas por el salón carmesí, mientras que numerosos criados iluminaban *a giorno* la gran sala amarilla.

Los retrasados fueron llegando; las mamás agrupándose alrededor de la señora Averief; los ayos se reunieron en el gabinete de Sergio; las institutrices comentaban en voz baja los detalles de la fiesta, y las expansiones de la alegría infantil, simpática y comunicativa cual ninguna, reemplazaron al solemne silencio de la anterior ceremoniosa etiqueta.

Los viejos artesonados de aquella mansión que databan del tiempo de Catalina la Grande habían presenciado muchas fiestas, pero ninguna tan divertida. El más viejo de los bailarines no llega-

ba á los veinte años, ni á diez y siete la de más edad de las bailarinas y todo este mundo incipiente, iba, venía, regresaba, sin otra idea de la vida que la de pensar que todos los días habían de ser martes de Pascua.

La señora Averief, rejuvenecida, parecía haber olvidado todas sus penas al contemplar la alegría de aquella turba á la cual, ni el gozo más expresivo, hacia salir de los límites de un irreprochable comportamiento. Un filósofo, tal vez hubiera manifestado su disconformidad á esta clase de educación perfecta que no deja nada á lo imprevisible; pero allí no había filósofos.

A las nueve y media, abriéronse las grandes puertas de roble del comedor; los tonos oscuros de los magníficos aparadores desaparecían bajo el reflejo de los servicios de plata; grandes lámparas con profusión de bujías ponían de relieve los caprichosos dibujos de la tapicería de cuero de Córdoba y en medio del comedor se destacaban luminosas tres mesas con manteles nítidos, cubiertos de vajilla de oro y cristal, y con grandes candelabros de plata vieja perdidos entre inmensos ramilletes de olorosas flores.

Al entrar en el comedor permanecieron los niños silenciosos, pero las mamás no pudieron reprimir un grito de admiración. Nunca había sido tan espléndido el decorado del comedor de la señora Averief.

—Es mi sobrino Miguel quien lo ha arreglado, dijo Prascovia Pretovna con una alegría sincera. Me prometió poner de su parte todo lo posible para que produjera buen efecto y celebros infinito que el éxito haya coronado su iniciativa.

—¿Y dónde se esconde el victorioso? dijo—una señora joven;—es tan modesto que no quiere presenciar su triunfo.

—Ha comido en casa de su tío, pero pronto vendrá—contestó la señora Averief.

Mientras los niños ocupaban sus asientos alrededor de las mesas, y se iban llenando de aromático te las tazas de Sajonia, la señora Averief dirigióse á una preciosa morena de catorce años y medio que empezaba á comer un dulce.

—¿Dónde está tu hermana, Nastia?—le preguntó.

—Allá fuera, con las institutrices...

Un tirón en el vestido, dado por la niña que tenía á su lado, la hizo ruborizar; reprimióse inmediatamente y añadió:

—Con aquellas señoras... es decir, la señorita Paulina está con ella.

—Y ¿por qué no ha venido aquí, contigo?

—Dice que es demasiado crecida y que su permanencia entre nosotras sería ridícula.

—¡Ridícula!—contestó la señora Averief, frunciendo el ceño.—¡Sergiol ves inmediatamente al saloncito azul y acompaña á Marta Milaguine.

Sergio salió, regresando al momento, con una joven vestida con un sencillo traje de muselina blanca y sin otro adorno en la cabeza que una espléndida trenza de cabello negro peinada en forma de corona.

—¿Qué quiere decir eso, Marta? ¿Encuentra usted ridiculo el mezclarse con estos niños?

A esta pregunta, hecha en voz baja por la señora Averief, todas las miradas se dirigieron hacia la delincuente, aumentando su turbación.

—Soy yo la ridícula, Prascovia Pertovna, y no me atreva á presentarme. Mire si soy alta que sobrepujo en más de un palmo á todos los niños.

En efecto, Marta era muy alta. Podría tener unos diez y nueve años; su busto y sus espaldas eran admirables y aunque entre las amiguitas de su edad, no llamaba la atención por su estatura, en medio de aquellos niños que la rodeaban, parecía un álamo crecido por azar en un vivero de mimbrés.

La señora Averief sonrió; la ingenuidad de Marta la había desarmado.

—Como os sería un poco difícil reducir vuestra estatura, será necesario esperar que los demás desarrollen la suya. Ha sido usted muy amable viniendo á este baile sabiendo que no había usted de encontrar en ello ningún placer.

—Usted no tiene en cuenta el que me proporciona el verlo—contestó Marta con una sonrisa.

—Pues bien, ya que os place el ver una ruina como yo, siéntese á mi lado y tomaremos el te juntas.

Esta distinción constituía un honor muy solicitado entre los que rodeaban á la dueña de la casa. Acercaron un velador con el servicio especial de la señora Averief, que no tomaba otro te que el preparado por sus propias manos y las conversaciones, interrumpidas por el incidente reseñado, volvieron á reanudarse con animación cada vez más creciente.

En este momento entró Miguel Averief. Su presencia fué acogida por un coro de exclamaciones lo suficientemente lisonjeras para vanagloriar á un joven; pero Miguel parecía que estaba á ello acostumbrado, puesto que atravesó imperturbable el comedor, distribuyendo sonrisas y saludos á derecha é izquierda y llegó frente á su tía, delante de la cual se inclinó profundamente.

—Estoy contenta, Miguel—le dijo.

Inconscientemente actuaba de reina.

—Os doy las gracias, tía—respondió Miguel, besando por segunda vez su mano.

Su mirada en este instante se cruzó con la de Marta Milaguine, que no se había movido desde la entrada de Miguel. Este se sonrojó. Marta saludólo con una inclinación de cabeza afectuosa aunque un tanto altiva, bajó luego los ojos y así estuvo un gran rato sin osar levantarlos.

## II

Miguel era de alta estatura y su uniforme de oficial de la guardia hacía resaltar la elegancia de su persona. Adorado de todas las jóvenes recién salidas del Colegio—y de muchas otras—se iba deslizando su vida con la tranquilidad de conciencia de un hombre que se respeta y que sabe lo que vale. No se le conocía inclinación amorosa alguna, razón por la cual se habían echado á volar toda clase de suposiciones. Se decía ocultamente, que entretenía á una actriz; que le dispensaba sus favores una dama del gran mundo; que estaba casado en secreto con una artesana de la Gorokhovaia; pero esta última aseveración había provocado tales carcajadas, que quien la hubo inventado—mujer, por supuesto, joven, bonita y despechada—no se atrevió á pronunciar más durante una semana el nombre de Miguel.

Se le veía pasear en drojki de alquiler á ciertas horas y se preguntaban dónde iba y por qué no utilizaba su carruaje propio.

Habiase concluido por descubrir que, dirigiéndose á la Academia Militar, encontraba de mal gusto lucir allí sus caballos, cuando muchos otros compañeros que á su juicio eran y valían tanto como él, llegaban á pie á falta de otro mejor medio de locomoción.

Todas las pesquisas habían fracasado. Y la verdad es que Miguel Averief había erigido un culto á su dignidad; no quería echarse encima ninguna de esas cargas que parece tener consigo

la vida de soltero y—sobre todo—que desde su entrada en el regimiento, amaba como un loco á Marta Milaguine.

Cuatro años antes—en cuya época tenía Miguel 18,—vió á Marta por vez primera. Regresando de hacer una visita al señor Milaguine se encontró con Marta en la escalera de su casa. Llevaba á su hermana de la mano y descendía lentamente, destacándose sus figuras sobre la alfombra verde de la escalera. En el rostro de Marta aparecía la expresión reposada de una madre, en tanto que partía, sonreía y saludaba cariñosamente á Miguel, cadete en la primavera pasada y oficial ya en aquel otoño.

Miguel se apartó para dejar paso á las dos hermanas: no vió más que á ellas, y momentos después anunció al señor Milaguine un poco confuso, que acababa de encontrar á sus hijas que salían.

—¿Solas?

—Creo que sí; me parece que iban solas.

Milaguine corrió hacia la ventana y regresó riendo.

—¡No ha visto usted á la institutriz!—dijo—¡Cuidado con no haber visto á la institutriz! Ya se lo diré.

—¿Para qué? no le digáis nada; os lo ruego—contestó el joven.

—¡Vaya, vaya con no haber visto á Paulina! Ni es tan pequeña que pase desapercibida, ni es fea. A vuestra edad, mi amigo, me fijaba yo más en las muchachas.

Cuando regresó Paulina con sus discípulas, el señor Milaguine le contó el pequeño incidente.

La institutriz fijó en él sus ojos negros y penetrantes sonriéndose con un aire fino y obsequioso al mismo tiempo.

Paulina estaba acostumbrada á pasar desapercibida; pero quiso que Miguel se fijase en ella, y

durante cuatro años, aparte de aquel día, puso todos los medios para llegar á conseguirlo.

Todas las tardes se arreglaba cuidadosamente ante el espejo de su tocador; repetíase hasta la saciedad que sus hermosos y largos cabellos castaños eran dignos de cubrirse con el velo de la desposada; que el satén blanco de un traje de novia le sentaría á ella tan bien ó mejor que á muchas otras, crecidas ante sus ojos y casadas ya á los 18 años, y que sería un gran desdoro el que cualquier dependiente de comercio, cualquier sub-oficial del ejército, ó uno de esos que por su posición social la solicitara, profanase los tesoros de su cuerpo.

No quería casarse con ningún alemán y le ilusionaba extraordinariamente la fastuosidad de los casamientos rusos. De vez en cuando soñaba que la Catedral de Isaac, espléndidamente iluminada para ella, centelleaba de luz; que los sacerdotes entonaban, á su entrada, cánticos nupciales, y que su futuro se adelantaba á darle el brazo, en medio de una multitud admirada; aquel esposo era Miguel Averief.

¿Por qué esta ambiciosa, sin antecedentes de familia, sin méritos extraordinarios—su instrucción se había reducido á obtener un diploma de institutriz en un colegio de Livonia—se había aferrado á la idea de casarse con Miguel Averief, el admirable, el inaccesible, el único? Precisamente porque era único é inaccesible.—No busca la riqueza, se decía Paulina, es capaz de casarse con cualquiera si se enamora; aquella á quien él quiera es posible que no tenga ni fortuna ni nobleza, y sin embargo se casará con ella... Es necesario que esa sea yo.

Por otra parte, Paulina tenía á su favor una probabilidad incontestable, una de esas probabilidades por las cuales más de una mujer hubiera dado su alma al diablo. Era bonita como una flor,

tenía 24 años y la experiencia de esa edad, unida á la frescura de su juventud.

La falta de una madre en la casa del señor Milaguine simplificaba la realización del arduo proyecto que se había impuesto Paulina Hopfer.

La señorita Hopfer, como le decían los criados, era la que preparaba las comidas, los tes y la que permanecía en el salón para recibir las visitas en unión de la antigua discípula. La educación de Nastia, que la molestaba, se confió á otras personas, bajo el pretexto de que el atender á los detalles le impedía apreciar y juzgar el conjunto, y poco á poco esta hija artificial usurpó el puesto á Marta; ella era quien aconsejaba al señor Milaguine la elección de los días de recepción, acerca de los invitados, la clase de comidas. El señor Milaguine tenía un cocinero excelente de cuya posesión estaba tan orgulloso como un rey de los diamantes de su corona.

En un momento de generosa expansión el buen hombre había manifestado á Paulina Hopfer que después de la muerte de la mujer, no pudo suponer que su casa pudiera haber ido tan bien dirigida. Paulina tal vez pudiera convertirse con el tiempo en la señora de Milaguine, una vez las dos hijas casadas y cuando su posición en la casa de un hombre solo pudiera parecer equívoca.

Peró este porvenir lejano no le satisfacía.

Quería reinar en seguida y luego, un marido viejo...

Miguel Averief era el esposo que le hacía falta. No le preocupaba la idea de casarse con un hombre que era unos cuantos años menor que ella. Existían precedentes que la tranquilizaban.

Y además—se decía—los grandes señores rusos no se preocupan por tan poca cosa. El príncipe X..., nuestro vecino, ¿no se ha casado con una bohemía diez años más vieja que él y que no tiene nada de bonita. El caide S... se enamoró

de una actriz vulgar y se ha casado con ella ante Dios y ante los hombres. ¿Qué razón existe, pues, para que yo, la virtuosa Paulina, no pueda tener una suerte análoga? Lo contrario sería una ironía del destino.

Como consecuencia de estas reflexiones, Paulina preparó sus baterías. En el fondo de su alma cultivaba un recuerdo memorable, con el mismo cuidado con que se atiende á una planta de reseda en una maceta.

Cierto día se entretenían en casa del señor Averief en juegos inocentes. Por tres veces consecutivas, Miguel designó á Paulina por compañera; por tres veces seguidas tuvo Miguel que besar la mano á una señorita, y Paulina fué, entre todas ellas, la que tuvo la suerte de sentir el roce del bigote del joven oficial en el dorso de su mano. Desde aquel día no había cesado de soñar en el momento en que sería la esposa de Miguel.

Mientras tanto, éste no dejaba de acudir á todas las comidas y á todas las reuniones del señor Milaguine. Después de una suculenta comida, tras los platos inimitables y los vinos exquisitos, se abría la puerta del comedor, y al salir de una atmósfera cargada de emanaciones cálidas, se iba Miguel á un saloncito tapizado de raso azul en donde se encontraba Marta, vestida de claro, noble y tranquila, que le sonreía apenas, que apenas le miraba, pero que cerca de la cual se sentía en el paraíso.

Marta le servía el café en una tacita de China, colocada delante de él. Desde hacía 18 meses se había apercibido de que su mano temblaba y había dejado de presentarle la taza, y se volvía á sentar. El saloncito se llenaba de invitados que se paseaban por él; resonaban las espuelas de los oficiales, pero Miguel no prestaba atención á otra cosa que á la voz de Marta, contestando á las preguntas de cualquier amigo de su padre.

Algunas veces le dirigía la palabra, pero, ¿qué le decía? nada, ó casi nada, una cosa baladí, una indicación acerca del buen tiempo, algo sobre ópera italiana. Marta contestaba con monosílabos y en seguida hablaba con otro; pero estos monosílabos servían á Miguel para vivir hasta la invitación próxima, hasta la nueva comida en casa del señor Milaguine.

Poco después llegaba la hora privilegiada. La señorita Hopfer arreglaba el servicio de plata, en cuya operación empleaba media hora. Cuando estaba hecho, venía á sentarse cerca de Marta, quien no tardaba un momento en desaparecer para acompañar a la cama á su hermana menor. Desde la muerte de su madre no había faltado nunca á este deber. Miguel le tendía la mano, ella le daba la suya con la misma ligereza que un pájaro que vuela roza sus alas con la hoja de un árbol; quedábase un momento parada en el dintel de la puerta, bajo los gruesos cortinajes de terciopelo granate que parecían envolverla en sus pliegues; desaparecía la cola de su vestido, cerrábase la puerta y Miguel salía de su éxtasis, á la voz de Paulina Vassilievna.

En sus conversaciones, procedía Paulina con una prudencia extraordinaria. Sin dejar adivinar nada de una pasión tan oculta que era un misterio para todo el mundo, daba á su voz y á su conversación inflexiones de ternura y carácter de intimidad; se interesaba por la salud de la familia de Miguel, de sus trabajos, de sus amigos, de sus caballos, de todo aquello que era propio y exclusivo de él. Y luego, ¿quería tanto á su antigua discípula convertida hoy en amiga! decía.

¡Amiga! Ya comprendió Miguel que ese concepto, en su verdadera acepción no era cierto, pero no quería dar importancia al error de un ser vulgar que confunde el trato con la amistad y se esforzaba en no prestar gran interés á la

conversación cuando Paulina le hablaba de Marta.

En invierno, durante el buen tiempo, se iba á pasear por el Parque de verano. Durante una ó dos horas iba y venía por las interminables avenidas del Parque para ver desde lejos á Marta y á su hermana á quienes no se atrevía á saludar.

A los ojos de lince de Paulina no pasó desapercibida su presencia.

—Miren á Miguel Averief que se marcha—dijo un día—cualquiera diría que nos huye; ni saludarnos quiere. Ya verá lo que le digo mañana en la comida.

—¡Se guardará usted mucho!—dijo de repente Marta en voz baja, pero irritada.—Os prohíbo hablarle.

—¿Me prohíbe? ¡Ha perdido usted la cabeza!—dijo la institutriz absorta y perpleja.

—Entienda que la peor de las inconveniencias es dar á los actos de un joven una importancia tal, que pueda suponer, por ella, que una se fija en sus acciones.

Paulina, herida en lo más vivo, palideció.

—Pero ¿no ve que es una broma?—dijo con dulzura.

—¡Tanto mejor!—contestó Marta, con ese tono resuelto y esa actitud que corta toda discusión.—Mantengo lo dicho.

Desde aquel día, empezó Paulina á estudiar atentamente á su discípula con objeto de conocer sus impresiones respecto al joven Averief. Las más escrupulosas investigaciones no le aportaron ningún dato. Marta seguía siendo tan impenetrable como los muros de los palacios orientales.

—¡Bah!—dijo para sí Paulina.—Si ella lo quisiera, no podría ocultarlo á los diez y ocho años...

Y esta señorita de confianza recordó, no sin una especie de rubor retrospectivo, sus apresuramientos amorosos, á los diez y siete años, con el

hijo mayor de un pastor de su ciudad natal. Desde este fracaso, aborrecía á sus compatriotas.

El baile de la señora Averief había llegado á ese período en el cual, el elemento joven, nota con pena que se cierran sus ojos á pesar de los esfuerzos en contrario.

Durante un momento de reposo, al final de un rigodón, las institutrices habíanse reunido en la puerta del salón de baile formando un grupo del cual se destacaba Paulina Vassilievna.

Los jóvenes hablaban formando corrillos ó paseando por el gran salón cuyas ventanas acababan de abrirse para ventilar el local mientras que las chicas desaparecían por el otro extremo, llamadas por sus madres, que temían los efectos de una corriente de aire en las sudorosas y desnudas espaldas.

¡Qué hermosa juventud! dijo una vieja señora, que había educado á dos generaciones en una misma casa y que por tales circunstancias se creía libre de toda circunspección.

Las institutrices jóvenes se ruborizan. ¡Había entre ellas tantas ambiciones deshechas, tantas esperanzas desvanecidas! En ese momento Miguel Averief, que daba el brazo á su primo Sergio, reía á carcajadas á pocos pasos del grupo.

Paulina Vassilievna no apartaba sus ojos de él; colocado en un sitio en donde la luz se estrellaba, por decirlo así, en su traje elegante, en sus galones de oro, sobre las negras ondas de sus cabellos cortos y revueltos, sobre sus dientes nítidos que el bigote hacía más relucientes, aparecía Miguel insolente de fuerza, de energía vital de belleza viril... Paulina estaba aturdida.

Con las mejillas encendidas, los ojos brillantes y todo su ser puesto en aquel hombre,—no hay en el mundo un caballero que pueda compararse con Miguel Averief, dijo, como para responder á la exclamación de la vieja señora.

Miguel volvióse bruscamente hacia ella y la miró con un aire de indecible desdén. Cesó inmediatamente su risa y se separó de su primo.

Este, con la picardía de sus 18 años, inclinóse profundamente ante Paulina.

—¿Y yo?—preguntóle con voz humilde.

—Usted es digno primo de su primo—le contestó riendo la vieja señora;—solamente que él es modesto y usted no lo es.

Todo el mundo se puso á reír, incluso Miguel, Paulina más fuerte que todos.

Cerráronse las ventanas; resonaron los primeros acordes de una mazurka, abriéronse las puertas y las niñas invadieron nuevamente el salón como enjambre de mariposas impulsadas por un soplo de aire.

Mientras que las institutrices se iban retirando hacia el salón azul, la señora de blancos cabellos se acercó á Paulina y le dijo al oído:

—Pretende usted mucho, querida, y no es ese el modo de conquistar á Miguel Averief.

Paulina volvióse inmediatamente con una contestación envenenada en los labios; pero la buena señora estaba hablando plácidamente con una suiza que tenía por discípula á la niña más indisciplinada del mundo y se quejaba de ello.

Refrenó Paulina su cólera, pero sus ojos se velaron con una especie de niebla parecida á esas brumas malsanas que en los países infectos de malaria se elevan del suelo al ponerse el sol. Separóse del grupo y volvió audazmente á apoyarse en el dintel de la puerta del salón de baile.

Las parejas iban desfilando ante ella, impulsadas por ese movimiento rítmico y cadencioso de

la mazurka; las espuelas de algunos oficiales resonaban en el suelo; los piecitos de las niñas iban marcando armoniosamente los graciosos pasos de este baile, y el movimiento ondulante de aquella multitud, iba y venía en un constante y encantador flujo y reflujo.

Sergio Averief bailaba con Nastia Milaguine y dirigía la mazurka en medio de grandes carcajadas. Una figura complicada reunió en el centro del salón á un grupo confuso para luego irse separando por parejas. Miguel pasó por delante de Paulina dando el brazo á Marta Milaguine á quien la señora Averief había obligado á bailar; ella, encarnada, con los ojos bajos, escuchando la conversación del joven; él, reflejando en su cara la felicidad y el triunfo, parecía que marchaba con Marta á la conquista del mundo.

—¡Ella!—se dijo Paulina, con el corazón partido.—Por ella es capaz de andar á cuatro patas y por mí... fué desdén!

Una amarga sonrisa plegó sus labios, mientras que veía á Marta dar vueltas en los brazos de Miguel.

De repente, se disiparon sus ideas, empezó el corazón á latirle violento, sintió que el paraíso descendía á su alma... Miguel la miraba... se dirigía á ella... ¡á ella con preferencia á las demás!

—¡Pero, si yo no bailo!—iba á decirle...

—Paulina Vassilievna—le dijo Miguel con amable sonrisa, Marta Pavlovna ha dejado olvidado el abanico en el cuarto tocador. Yo no puedo entrar allí, ¿tendría usted la bondad de ir á buscarlo?

—¡Que atento es!—dijo la institutriz suiza á sus compañeras que aprobaron el concepto con un signo y un murmullo.

Paulina recibió en pleno pecho y sin inmutarse lo que consideró como una ofensa. Palideció ligeramente y con la misma sonrisa en ella acostum-

brada, se dirigió al tocador contiguo y volvió en seguida con el abanico en la mano.

—Gracias Paulina. Os pido perdón por la molestia.

Y Miguel se fué corriendo á través de los grupos mezclados en una armónica confusión.

—¡Una criada—se decía Paulina, sin moverse del dintel de la puerta—¡una criada! una camarera de ella, de ella... á quien él adora.

La mazurka duró una hora todavía, y allí quedó Paulina hasta el último momento. Maquinalmente iba marcando el compás con los dedos de una mano sobre el puño de la otra y sus ojos seguían los movimientos del caprichoso baile, en tanto que una resolución inquebrantable, un odio inexorable se iban despertando en su alma, á manera de esos euforbos de los trópicos que retoñan en una noche y desenvuelven en pocos días su altura gigantesca y sus implacables venenos.

Hacia ya mucho rato que los niños, rendidos, dormían en sus respectivos lechos, y que la mansión de la señora Averief, había quedado obscura y silenciosa. Paulina Hopfer, en su habitación del segundo piso de la casa del señor Milaguine, reflexionaba, vestida todavía, sobre los incidentes de aquella noche. No había hallado el medio, á pesar de sus múltiples pensamientos, de separar á Marta de Miguel, pero estaba segura de encontrarlo, un día ú otro.

Esta idea la decidió á irse á acostar.

Al levantarse de la silla, rodó al suelo un objeto que olvidó en la falda, durante sus largas meditaciones. Buscándolo, puso el pie encima y lo rompió; era un medallón heredado de su ma-

dre y al que tenía en gran estima. El estado de excitación y la fatiga, habían puesto sus nervios en una contracción violenta y esta crisis se resolvió en copioso llanto.

—A ella le debo todo esto,—murmuró entre dientes;—ya me lo pagará todo junto.

Y bajo el influjo de esta noble resolución, Paulina se quedó dormida.

Miguel Averief entró en su casa bajo la impresión de la más franca alegría.

Durante las dos horas que estuvo bailando con Marta, en conversación interrumpida á cada momento por los caprichos de la mazurza, se iba renovando como por encanto. Marta había adivinado sus entrecortados pensamientos y los había concluido de dar forma y una atracción simpática y muda entrelazó sus manos bajo una especie de inteligencia involuntaria.

Miguel no le dijo ni una palabra de amor y Marta ni se sonrojó ni se emocionó al escuchar sus frases, pero estaba segura de que era amada. Miguel soñó las cosas más extravagantes. Vagando por el espacio infinito, iba con Marte sentado en el creciente de la luna, arrastrados por nubecillas blancas cuyos celajes perdíanse en el azul inmenso...

Se despertó tarde; un hermoso sol de Abril lanzaba sus rayos á través de los cortinajes de la ventana de su habitación; levantóse, almorzó de prisa y salió á la calle, á pie, con objeto de poner

orden en sus ideas antes de dirigirse á casa del señor Milaguine para pedirle la mano de su hija.

Le entretuvieron tan agradablemente sus pensamientos que dió por dos veces la vuelta á la Serguievkaia antes de decidirse á entrar en casa de Marta; pero el tiempo transcurría, Marta iba á salir para dar su habitual paseo, y ante esta idea, cambió el paso y emprendió rápidamente el camino.

Un carruaje parado en la puerta de la casa le hizo caer en su anterior perplejidad. La irreprochable elegancia del equipo, el magnífico tronco de caballos y el tipo del cochero, único en San Petersburgo por su enorme corpulencia y por su gran barba que le llegaba hasta la cintura, proclamaban el nombre del rey de la juventud elegante, el príncipe Alejandro Oghérof.

Dos soberbios lebreles de pelo largo y gran tamaño, blancos como la nieve, aparecían tendidos sobre los asientos del coche. Parecía que estaban acostumbrados á ocupar este sitio en ausencia de su amo. Sus adormecidos ojos apenas seguían el movimiento de los transeuntes.

—Esperaré á que ese loco haya salido—dijo Miguel experimentando una contrariedad. Y volvió á su interrumpido paseo.

Evidentemente, de todos sus compañeros de regimiento, Alejandro Oghérof habría sido el último á quien Miguel hubiera tomado por confidente en estas circunstancias y no es que tuviera nada que decir de particular contra este brillante oficial, pero, como manifestaba la señora Averief, le faltaba seriedad. El primero siempre en las locuras del elemento joven de su regimiento, estudiando siempre cosas nuevas para variar la monotonía de sus diversiones y de sus deberes sociales, parecía, en sus originalidades, haber agotado hasta lo imprevisto. En muchas ocasio-

dre y al que tenía en gran estima. El estado de excitación y la fatiga, habían puesto sus nervios en una contracción violenta y esta crisis se resolvió en copioso llanto.

—A ella le debo todo esto,—murmuró entre dientes;—ya me lo pagará todo junto.

Y bajo el influjo de esta noble resolución, Paulina se quedó dormida.

Miguel Averief entró en su casa bajo la impresión de la más franca alegría.

Durante las dos horas que estuvo bailando con Marta, en conversación interrumpida á cada momento por los caprichos de la mazurza, se iba renovando como por encanto. Marta había adivinado sus entrecortados pensamientos y los había concluido de dar forma y una atracción simpática y muda entrelazó sus manos bajo una especie de inteligencia involuntaria.

Miguel no le dijo ni una palabra de amor y Marta ni se sonrojó ni se emocionó al escuchar sus frases, pero estaba segura de que era amada. Miguel soñó las cosas más extravagantes. Vagando por el espacio infinito, iba con Marte sentado en el creciente de la luna, arrastrados por nubecillas blancas cuyos celajes perdíanse en el azul inmenso...

Se despertó tarde; un hermoso sol de Abril lanzaba sus rayos á través de los cortinajes de la ventana de su habitación; levantóse, almorzó de prisa y salió á la calle, á pie, con objeto de poner

orden en sus ideas antes de dirigirse á casa del señor Milaguine para pedirle la mano de su hija.

Le entretuvieron tan agradablemente sus pensamientos que dió por dos veces la vuelta á la Serguievkaia antes de decidirse á entrar en casa de Marta; pero el tiempo transcurría, Marta iba á salir para dar su habitual paseo, y ante esta idea, cambió el paso y emprendió rápidamente el camino.

Un carruaje parado en la puerta de la casa le hizo caer en su anterior perplejidad. La irreprochable elegancia del equipo, el magnífico tronco de caballos y el tipo del cochero, único en San Petersburgo por su enorme corpulencia y por su gran barba que le llegaba hasta la cintura, proclamaban el nombre del rey de la juventud elegante, el príncipe Alejandro Oghérof.

Dos soberbios lebreles de pelo largo y gran tamaño, blancos como la nieve, aparecían tendidos sobre los asientos del coche. Parecía que estaban acostumbrados á ocupar este sitio en ausencia de su amo. Sus adormecidos ojos apenas seguían el movimiento de los transeúntes.

—Esperaré á que ese loco haya salido—dijo Miguel experimentando una contrariedad. Y volvió á su interrumpido paseo.

Evidentemente, de todos sus compañeros de regimiento, Alejandro Oghérof habría sido el último á quien Miguel hubiera tomado por confidente en estas circunstancias y no es que tuviera nada que decir de particular contra este brillante oficial, pero, como manifestaba la señora Averief, le faltaba seriedad. El primero siempre en las locuras del elemento joven de su regimiento, estudiando siempre cosas nuevas para variar la monotonía de sus diversiones y de sus deberes sociales, parecía, en sus originalidades, haber agotado hasta lo imprevisto. En muchas ocasio-

nes debió haber sido castigado por infracciones á la disciplina, pero acompañaba á sus locuras un buen humor tan comunicativo y una gracia tan singular, que los más severos perdían su fuerza moral, y la franqueza de sus contestaciones provocaba la risa, expirando el reproche. Era un niño, aunque un niño de 28 años y de muy buen fondo, á su generosidad proverbial debía el apodo de «la mano abierta», pero le faltaba seriedad.

En el momento en que ya empezaba Miguel á impacientarse, notó, por el ruido que hicieron los caballos, que el príncipe salía de casa del señor Milaguine. Quiso deshacer lo andado para no encontrarse con Oghérof, pero como había llegado casi hasta la puerta, el príncipe lo vió y lo llamó en alta voz.

—¡Averíef, ven, escucha!

Miguel, maldiciendo al importuno, se acercó á él, pero tomando un aspecto lo suficientemente serio para cortar toda conversación ociosa.

—¡Qué cara!—dijo Oghérof lanzando una carcajada—has llegado tarde, querido, pues la Cuaresma ya ha pasado. ¿Vas á casa del señor Milaguine?

—Sí.

—¡No vayas! No sabes á lo que te expones; está de un humor feroz. Te contará su historia. Vente conmigo que yo te la explicaré tan bien como él y será más divertida.

—Tengo que hablarle de negocios.

—Mal momento escoges—dijo Oghérof haciendo una mueca significativa—está furioso con su sobrina Sofía, que se ha olvidado de pedirle su autorización para casarse.

—¿Para casarse?

—Sí, ven, siéntate aquí á mi lado...

—No hay sitio—contestó Miguel haciéndose el reacio y mirando á los perros.

—Esta pareja te cederá el sitio—dijo el príncipe

que en un gesto los hizo descender del carruaje. —Daremos un paseo y te contaré lo sucedido. Tengo necesidad de pasar á otro una historia que he estado escuchando durante una hora.

—Si tan de mal humor está—se dijo Miguel—el momento, en verdad, no es oportuno.—Y ocupó el asiento al lado de Oghérof.

—A la Perspectiva, por el muelle de la Corte—dijo el príncipe al cochero.

Arranca el carruaje, se adelantan los perros, los caballos empiezan á trotar y el lujoso tren escoltado por los lebreles que galopan con un ondulado movimiento, suena por en medio de la calle desierta, cruzada únicamente por los carruajes aristócratas á las horas que la moda impone.

—Pues bien—dijo Oghérof—mira lo que ha sucedido. Sofía Cherikof, que es, como sabes, la hija de la hermana del señor Milaguine, se ha enamorado pèrdidamente de Constantino Liakhine.

—¿De ese fatuo?—interrumpió Miguel.

—Sofía sostiene que su misma timidez le hace aparecer fatuo, pero que ella se encarga de corregirlo—afirmaciones ambas que me parecen inverosímiles—pero lo más notable del caso es que estos enamorados se han prometido ellos mismos sin antes consultarlo con los padres. Se han jurado mútua fidelidad, como dice Paul de Kock, y después han dado á conocer á la familia sus loables propósitos. La señora Liakine, que es sorda como una tapia, ha encontrado como la cosa más natural del mundo que su único hijo, á quien adora, no le haya pedido su consejo. Los padres de Sofía, que son de buena pasta, han derramado una lágrima y han bendecido á sus hijos. Pero cuando el señor Milaguine se enteró del modo como se había arreglado este casamiento, le entró una rabia...

—¡El que es tan amable!—dijo Miguel sorprendido.

—¡Una fiera, querido! Ha dicho que de este modo se pervierten las costumbres; que ante todo es necesario contar con el consentimiento de los padres, que es lo menos á que tienen derecho; ha augurado á Sofía que sus hijos, los que nazcan de este futuro casamiento, le faltarán el respeto; que este matrimonio se había concertado á espaldas de toda conveniencia social; en fin, que él no daba su consentimiento.—Pero querido tío, si no os lo pido—dijo Sofía imprudentemente.

—¡Adiós—dijo Miguel.

—Puedes imaginarte lo que pasaría. La mamá, tonta de capirote, dijo que no la recibiría más en su casa, y en su furor añadió, que si una hija suya procediera de igual suerte, la maldeciría para *in eternum*.

—¡Diablo!—dijo Averief, y en su fuero interno bendijo al importuno príncipe que le había impedido presentarse ante el padre de Marta, sin el previo consentimiento del suyo.

—¿Y qué dice á todo esto Sofía Chéríkov?

—Se rie como una bendita, de lo que ella llama rareza, y tan es así que asegura hará bailar una gavota á su tío el día de la boda. Y es capaz, ¡vaya si es capaz!

—Todo se arreglará, no cabe duda—dijo Miguel preocupado:—pero ¿qué habrá pensado Milaguine, tan fiel guardador de la etiqueta?

—Una fiera rabiosa, ya te lo he dicho. Pero mira, ¿qué te parece el trote de estos caballos? Valen lo que he pagado por ellos y no lo siento.

—¿Cuánto te han costado?

—Tres mil quinientos rublos, pero los valen, ¡Mira que arrogantes!

—Sí, muy bonitos; pero no sé por qué vas y vienes siempre por este mismo sitio. Concluirás por gastar el pavimento de esta pobre Perspectiva.

¿No podías variar de sitio, irte por otros paseos?

—Ni soñarlo, mi amigo. Tú ignoras que en esta época del año, á esta hora, mis caballos se deshonrarían si estuvieran lejos de aquí.

—Tú mismo. Pero yo tengo bastante de tu Perspectiva. Por otra parte tus perros, que no tienen la costumbre de andar, están cansados. Hazme el favor de dejarme bajar en donde te plazca.

—Conque me dejas ¿eh?

—¿Dónde vas?

—Daré una vuelta por la Morskaïa y luego iré á casa de Flora. ¿Quieres venir conmigo á casa de Flora?

—¿A dónde, á casa de tu actriz, con nombre de perra y figura de gata? Muchas gracias, pero tengo que escribir.

—Como quieras, querido.

Paró el carruaje, se apeó Miguel y estrechó la mano del príncipe. A un signo de Oghérof, los perros volvieron á ocupar su primitivo sitio. Miguel quedóse un momento parado mirando alejarse los caballos magníficos, las blancas cabezas de los perros, la silueta elegante y perezosa del joven oficial envuelto en la capa de ordenanza....

—Es posible, pensó Miguel, que un hombre inteligente pueda vivir así, entre perros, caballos y actrices, sin desear otra cosa mejor. Si eso es lo que constituye su felicidad, allá él!

Y melancólicamente, tomó el camino de su casa.

## IV

Media hora hacía que estaba Miguel sentado ante su mesa de escritorio y no podía coordinar las ideas.

Porque, ¿cómo expresar en una hoja de papel, las gracias, los méritos de Marta, la historia de su amor, el lado práctico de este matrimonio, ó sea la posición social de los Milaguine y su fortuna, cosas estas últimas que aunque, indiferentes para él, debía conocer su padre?

Nada parece más fácil y hacedero que escribir á un padre pidiéndole el consentimiento para un casamiento en que todo favorece; pero otra cosa es escribir en realidad, matizando la carta con esas sutilezas ingenuas que inclinan el ánimo del autor de vuestros días.

El general Nicolás Averief se encontraba ausente de San Petersburgo, desde hacía más de diez años por las necesidades del servicio.

Cada año ó año y medio venía á la capital para ver á sus hijos.—Miguel tenía un hermano, que á la sazón y por encontrarse enfermo, estaba en el extranjero—y á los pocos días volvía á marchar sin cuidarse de otra cosa que de asistir á los teatros y á las comidas de sus íntimos.

—Cuando se viene de provincias por quince ó veinte días,—decía el general—no es ciertamente para calentarse los pies en las estufas de su casa.

Miguel tenía, pues, que contárselo todo, y lo más difícil para él era levantar el misterioso velo que hasta entonces había ocultado á todo el mundo, su amor á Marta, pronunciando un nombre sagrado y haciendo á otro partícipe, aunque este otro fuera su padre, en la confidencia de estos amores.

Como no tenía más remedio que pasar por ello, se decidió á coger la pluma empezó á escribir:

«Querido y respetable padre...

Pero al llegar aquí, deja la pluma, se arrellana en el sillón y considerando la cosa hecha, se abandona á las más dulces ilusiones.

En medio de sus proyectos, el recuerdo vago de una época lejana, le produjo una sombra de melancolía. Acordóse de diez años antes, su hermano mayor, que entonces tenía veintiún años, había querido casarse y que, como él, escribió á su padre una carta redactada probablemente en los mismos términos que él pensaba emplear en la suya.

Recordaba las impacencias de su hermano en recibir la contestación, la alegría experimentada al tener el consentimiento y el terrible disgusto que sucedió á este entusiasmo, cuando la novia, por un capricho inexplicable, rompió las relaciones al cabo de ocho días, declarando que prefería morir antes que casarse con Pablo Averief.

¿Qué había pasado? Pablo desconoció siempre la causa; su novia no quiso nunca dar explicaciones; la familia tuvo que ceder ante la invencible resolución de la joven, y Pablo, por consiguiente, abandonó su proyecto. Durante mucho tiempo, Miguel que veía á su hermano profundamente abatido, no quiso hablarle de este desgraciado asunto; pero poco á poco se fué restableciendo la tranquilidad; Pablo volvió á sus habituales ocupaciones; modificó sus gustos, inclinándose á una vida tranquila y jamás volvió á pensar en casarse.

Miguel recordaba perfectamente todo esto y sentía que su hermano estuviera ausente. A su discreción, á su amistad fraternal hubiera confiado los secretos de su alma y pensó en escribirle.

—No, se dijo, no le escribiré por ahora. Le pondré cuatro líneas en ocasión oportuna, y

cuando nos vayamos al extranjero á hacer el viaje de novios pasaremos un mes en Menton al lado de Pablo.

Haciendo estas reflexiones dieron las doce. Recordó que á primera hora de la mañana siguiente había que hacer ejercicios en su regimiento, y guardando cuidadosamente en su pupitre la hoja de papel en donde había empezado á escribir: «Querido y respetado padre», se fué á acostar, encantado de las horas pasadas.

Al día siguiente recibió dos cartas. La primera era de su hermano.

—Estoy mejor, le decía éste; las neuralgias han desaparecido casi, y este verano iré á Biarritz á tomar los baños de mar; pero el médico me ha prohibido terminantemente regresar á Rusia, hasta que esté bien entrado el invierno; la humedad del otoño me haría recaer en las pasadas dolencias. Estaremos separados aún durante siete ú ocho meses, pero espero, querido Miguel, que me harás más llevadera la ausencia escribiéndome frecuentemente.

Miguel se sonrió pensando que su separación no sería tan larga.

—¡Como querrá á Marta!—decía mientras rompía el sobre de la otra carta.

Esta era de su padre. Le habían trasladado y tenía que estar en San Petersburgo para el 15 de Junio; celebraba mucho poder disfrutar para entonces de una licencia más larga que la anterior, puesto que ello le permitiría dedicar el tiempo á sus hijos, compensando todo lo que el verano pudiera sustraerle de diversiones mundanas.

Esta carta preocupó á Miguel. Estaba á mediados de Abril y no faltaban más que dos meses para el regreso de su padre; durante este tiempo el general encargado de una visita de inspección, tendría que estar constantemente cambiando de albergue y de lugar. ¿Era conveniente someter á

su aprobación su proyecto de casamiento, en el momento en que, cansado, fatigado de sus visitas volvería el general á hacer una inspección fastidiosa? ¿Tendría la serenidad de espíritu necesaria para apreciar debidamente los méritos de la señora Milaguine?

Se figuraba Miguel que la imagen de Marta había de confundirla su padre, en una amalgama heterogénea, con las amonestaciones á los furrieles, los sermones á los coperos de regimiento y las riñas provocadas por la calidad de la sopa servida á los soldados.

Miguel se decidió á esperar. Animado por otra parte de ese dulce sentimiento que inclina á no rasgar el velo que cubre los encantos de un amor secreto, se alegró en el fondo de su alma, de tener un pretexto para no dar sus nombres á la maledicencia pública.

Pero así como estuvo firmemente resuelto á no decir nada al señor Milaguine, entendió que esta reserva no podía tenerla con Marta.

—¡Qué felicidad!—decía—he de hacerla adivinar que la adoro y que me mire frente á frente, sin turbaciones, cuando yo le exprese con los ojos la intensidad de mi cariño.

Y ante la idea sugestiva de que la mirada á Marta leía en el fondo de su corazón la pasión que ella había hecho germinar, sintió que una especie de delicioso éxtasis invadía su ser.

Desde la muerte de su esposa, el señor Milaguine pasaba los veranos en los alrededores de la ciudad, en un precioso hotel alquilado por dos años en Kamennoi Ostrov, y otro detalle favorecía singularmente los proyectos de Miguel.

Obligado por sus deberes militares á permanecer en San Petersburgo, podría, sin embargo, tener libres los domingos y algún día entre semana, que dedicaría á sus amores: todas las tardes iría á pasear por las Islas; pasaría, como por ca-

sualidad, por el hotel Milaguine y no se mostraría reacio á la invitación del clásico té; si el padre tenía alguna cosa que hacer ó estaba cansado, encontraría seguramente á su adorada, de paseo ó en el jardín, pero de ningún modo dejaría ni un día de ver á su Marta.

Absorto en estas ideas, dirigióse á hacer una visita al señor Milaguine, con objeto de anudar más sus buenas relaciones. Temiendo que, á pesar de sus esfuerzos, se reflejara en la cara el secreto de sus intenciones, procuró adoptar un aire indiferente, pero hay cosas que no pueden disimularse.

Bajo esta apariencia, cómicamente seria, iba por la Serguieskaia, cuando vió que se dirigía hacia él Sofia Cherikof, la víctima, ó causante, si se quiere, de la cólera del pacífico señor Milaguine.

El semblante de Sofia expresaba franqueza, confianza, alegría de vivir y de ser amada, resolución de gozar durante mucho tiempo de estas felicidades y, sobre todo, un buen humor inalterable que constituía en ella uno de sus más preciados encantos.

En seguida que apercebió á Miguel le tendió la mano.

—Mire usted, ya soy una mujer hecha y derecha. Ya voy sola. Mamá me ha permitido salir sin criada.

—Os felicito, Sofia. ¿De modo que se casa usted?

—Sí, ¿y usted?

Miguel se sonrojó, turbóse un poco y dijo que no con ardor, con viveza, mientras que Sofia le miraba atentamente.

—Pues tiene usted el aire de ello—le contestó señalándole graciosamente con un dedo—aunque pueda equivocarme. Adiós; si mamá se entera de que hablo en la calle con algún

joven, no me dejará salir más que con dos criadas.

Y se alejó rápidamente mientras Miguel la seguía con la vista.

—¿Qué cambios produce la felicidad!— se dijo. Ayer era una señorita como tantas otras; hoy tiene aplomo, confianza en sí misma; una misión que cumplir en la vida!

Y elevando en su interior un himno al matrimonio subió la escalera de Milaguine. Lo anunciaron, fué recibido, y entró en un saloncito en el cual estaba Marta en compañía de Paulina Hopfer haciendo labores.

—En seguida vendrá mi papá—dijo Marta;— está ocupado en el despacho. Siéntese.

A los acentos de esta voz tan plácida, Miguel salió de su ensimismamiento. La presencia de Paulina, por otra parte, contribuyó á disipar su abstracción. Ella fué la que quiso recibir al joven; Marta pensó mandarle decir que su padre estaba muy ocupado; pero Paulina se adelantó á sus propósitos en la idea de contrarrestar la mala impresión que produjo su amoroso arranque en el baile infantil de la noche anterior. Su trabajo fué inútil. Miguel no recordaba tan siquiera el incidente y Paulina que no dudó de este olvido y mucho menos de la trascendencia que para ella representaba, tuvo que añadir una espina más á la corona de sus contrariedades.

Se habló de todo un poco; del baile de la señora Averief, del buen tiempo, de los perros del Príncipe Oghérof, del casamiento próximo de Sofia Cherikof.

—Acabo de verla—dijo Miguel.

—Salía de casa—respondió Marta.—Papá no quiere verla, pero ella dice que eso no es motivo para que deje de visitarme, y ha pasado un buen rato conmigo.

—¿Y qué dice el señor Milaguine?

—No sabe nada—dijo Paulina bajando la voz.  
—Pero se lo diré yo—respondió tranquilamente Marta. Es necesario que lo sepa. Además, su resentimiento no durará mucho; quiere á Sofía y no ignora que para ella es el más preferido de todos sus tios.

—Entonces—se aventuró á decir Miguel sin atreverse á mirar á Marta—porque se ha irritado tanto por una pequeña infracción á las costumbres sociales que...

—Que no le afecta directamente—concluyó por decir Marta, sonriendo y mirando á Miguel. Bajó en seguida la cabeza para huir de la abrasadora mirada del joven que le cortó la palabra, y haciendo un gran esfuerzo para restablecer la calma en su espíritu, continuó diciendo en voz más baja:

—Es que mi padre es un partidario devoto de las costumbres añejas; algunas veces, por excepción, me dice que le hable de tú, sobreponiendo su cariño á la idea de que tal franqueza constituye una infracción á la ley del respeto entre padres é hijos.

—¿Y por qué?—preguntó Miguel por decir algo.

—No sé; mi hermana le habla de usted; pues desde la muerte de mi madre quiere que yo le tutee porque dice que le parezco á ella... que tengo su voz...

Marta sonrojóse y enmudeció. Paulina miraba á los interlocutores con aire sarcástico.

—¡Eso es pretensión de enamorado!—dijo la institutriz, viendo que había quedado cortada la conversación.

—Hoy no hace más que cometer desatinos—le dijo secamente Marta en alemán; falta usted al respeto á mi padre, después de inclinarme á que no le sea franca...

El golpe fué rudo. Paulina se levantó, metió sus labores en una cestita que tenia delante y salió.

Miguel fué á hacer lo propio, pero un imperceptible movimiento de Marta le detuvo. No fué una mirada, ni un signo, ni mucho menos una indicación, pero el caso es que volvió á sentarse.

—¿Y Anastasia está bien?—dijo Miguel para salir de aquella situación tan embarazosa.

Marta respiró. Creyó otra cosa. Habló de su hermana con una precipitación algo febril, la conversación se fué animando, y Paulina, que estaba escuchando tras los cortinajes no pudo contener su cólera, golpeando el suelo con los pies. Cuando diez minutos después, entraba el señor Milaguine, se encontró con que Miguel y Marta estaban corrigiendo las faltas de un manuscrito que Marta dejó olvidado entre los albums del salón.

—Esta chiquilla no sabrá nunca ortografía—dijo el señor Milaguine lanzando un suspiro.

—Buenos días, Averief, ¿cómo está usted?

—Muy bien, gracias. ¿Y usted?

—Llevo unos días de muy mal humor, de muy mal humor. ¡Todo se pierde!—¿Se queda usted á comer con nosotros?

—Miguel rehusó en contra de sus deseos, pero tenía que ir al regimiento.

—Papá, dijo de repente Marta.—Sofía ha estado aquí esta mañana.

—¡Cómol ¡en mi casa!—respondió el señor Milaguine enderezándose.

—Sí, papá.

—¿Y tú la has recibido?

—Sí, papá.

—¿Y no has tenido en cuenta mi prohibición? ¿Qué te ha dicho?—añadió el señor Milaguine sentándose pesadamente en un sillón.

—Pues me ha dicho que os quiere con todo su

corazón; que le falta vuestra bendición, que os espera en la comida de despedida de soltera que se celebrará pasado mañana y por último que jamás se perdonará el haberos dado un disgusto.

—Eso demuestra que comprende sus errores.

—Ya veremos; no aseguró ni afirmó nada, pero ya veremos.

—Papá, dime que la perdonas y la enviaré a buscar en seguida.

—¡Cómo, tan pronto!... No, no.

—¡Te lo suplico —dijo Marta, acercando su cara a los labios del padre.

Este la miró un instante enternecido y después, cogiéndole la cabeza entre sus manos la cubrió de besos.

—Sea, dijo, —mientras que Marta apretaba el botón de un timbre eléctrico. —La perdono porque tú me lo pides y porque es ella quien ha cometido la falta; pero ten en cuenta que si tú me hicieras alguna vez una cosa semejante no te perdonaría nunca.

Marta volvió a tocar el timbre. Miguel palideció; esta alusión al casamiento posible de Marta le pareció de mal agüero, y no hacía más que mirar al padre y a la hija. Sus semblantes no expresaban nada de particular —únicamente Marta se sonrojó un poco.

—No hemos llegado a eso —contestó ella doblando un papelito en el que había escrito cuatro líneas con lápiz. Lleve usted esto a la señorita Sofía Adamovna —dijo al criado que acababa de presentarse.

Si el señor Milaguine no bailó una gavota durante la boda de su sobrina, fué únicamente porque Sofía no intentó la propuesta.

## V

Los días transcurrían y el tiempo era espléndido; los grandes hielos del lago Ladoga, fraccionados en grandes masas, iban derivando hacia el Báltico; de San Petersburgo emigraban las familias pudientes buscando en el campo ó en las playas el fresco que en la ciudad faltaba; Miguel esperaba á su padre dentro de un mes y el señor Milaguine, que tenía resuelto marcharse de un día á otro, viendo despoblarse el círculo de sus relaciones, acudió al trato de los jóvenes que obligados por sus deberes tenían que permanecer en San Petersburgo.

Marta y Miguel habían llegado á una especie de inteligencia tácita; los que eran testigos de sus conversaciones no notaban entre ellos signo alguno de amorosa intimidad; todos los jóvenes que frecuentaban la casa de Marta eran acogidos con idéntica atención familiar; pero cuando Miguel se aproximaba á Marta, siempre encontraba á su lado una silla desocupada, y cuando las visitas marchaban, siempre era Miguel el último en despedirse y el último en apretar la mano de su adorada.

Una noche que entró Averief en un saloncito apenas alumbrado y lleno de maletas y ropa blanca, vió á Marta que se dirigía á él. El comedor, que estaba inmediato, aparecía inundado de luz y de animación; el saloncito, en cambio, desierto y oscuro, duríase poblado de fantasmas blancas. La misma Marta, con un traje gris pálido, parecía una sombra flotante. Cuando reconoció á Miguel se acercó con más confianza.

—Mañana nos vamos —dijo— Pasado mañana es

corazón; que le falta vuestra bendición, que os espera en la comida de despedida de soltera que se celebrará pasado mañana y por último que jamás se perdonará el haberos dado un disgusto.

—Eso demuestra que comprende sus errores.

—Ya veremos; no aseguró ni afirmó nada, pero ya veremos.

—Papá, dime que la perdonas y la enviaré a buscar en seguida.

—¡Cómo, tan pronto!... No, no.

—¡Te lo suplico —dijo Marta, acercando su cara a los labios del padre.

Este la miró un instante enternecido y después, cogiéndole la cabeza entre sus manos la cubrió de besos.

—Sea, dijo, —mientras que Marta apretaba el botón de un timbre eléctrico. —La perdono porque tú me lo pides y porque es ella quien ha cometido la falta; pero ten en cuenta que si tú me hicieras alguna vez una cosa semejante no te perdonaría nunca.

Marta volvió a tocar el timbre. Miguel palideció; esta alusión al casamiento posible de Marta le pareció de mal agüero, y no hacía más que mirar al padre y a la hija. Sus semblantes no expresaban nada de particular —únicamente Marta se sonrojó un poco.

—No hemos llegado a eso —contestó ella doblando un papelito en el que había escrito cuatro líneas con lápiz. Lleve usted esto a la señorita Sofía Adamovna —dijo al criado que acababa de presentarse.

Si el señor Milaguine no bailó una gavota durante la boda de su sobrina, fué únicamente porque Sofía no intentó la propuesta.

## V

Los días transcurrían y el tiempo era espléndido; los grandes hielos del lago Ladoga, fraccionados en grandes masas, iban derivando hacia el Báltico; de San Petersburgo emigraban las familias pudientes buscando en el campo ó en las playas el fresco que en la ciudad faltaba; Miguel esperaba á su padre dentro de un mes y el señor Milaguine, que tenía resuelto marcharse de un día á otro, viendo despoblarse el círculo de sus relaciones, acudió al trato de los jóvenes que obligados por sus deberes tenían que permanecer en San Petersburgo.

Marta y Miguel habían llegado á una especie de inteligencia tácita; los que eran testigos de sus conversaciones no notaban entre ellos signo alguno de amorosa intimidad; todos los jóvenes que frecuentaban la casa de Marta eran acogidos con idéntica atención familiar; pero cuando Miguel se aproximaba á Marta, siempre encontraba á su lado una silla desocupada, y cuando las visitas marchaban, siempre era Miguel el último en despedirse y el último en apretar la mano de su adorada.

Una noche que entró Averief en un saloncito apenas alumbrado y lleno de maletas y ropa blanca, vió á Marta que se dirigia á él. El comedor, que estaba inmediato, aparecía inundado de luz y de animación; el saloncito, en cambio, desierto y oscuro, duríase poblado de fantasmas blancas. La misma Marta, con un traje gris pálido, parecía una sombra flotante. Cuando reconoció á Miguel se acercó con más confianza.

—Mañana nos vamos —dijo— Pasado mañana es

mi cumpleaños; tomaremos el tren de cremallera de Kamennos. ¿Usted vendrá, verdad?

Seguramente—respondió Miguel tendiéndole la mano.

Estaban solos: los del comedor no prestaban atención á esta pareja. ¡Cuántas veces había estado Miguel esperando, sin resultado, este minuto de soledad! Retuvo la mano de la joven entre las suyas.

—Marta—le dijo á media voz,—espero que pronto... Un ruido apenas perceptible le interrumpió; volvió la cabeza, pero no había nadie.

—Tengo que hablaros y usted me dirá...

—Nos espían—dijo de repente Marta alzando la voz lo suficiente para que pudiese ser oída desde cualquier sitio del salón.

Este «nos» fué una contestación explícita, ó por lo menos Marta lo quiso significar así, pues retirando su mano de entre las de Miguel la llevó á sus ojos como si quisiera evadir las miradas del joven.

—Gracias—murmuró éste en tono tan bajo que ella solamente pudo entenderlo.

Cuando entró en el comedor, lleno de luz y de animación, se volvió hacia Miguel y lo miró fijamente. Loco de alegría, leyó éste en sus ojos que su amor era correspondido.

La noche transcurrió como en un sueño.

Cuando se despidieron, estrechó la mano de Marta, no en señal de amistad, sino como dándole á entender que tenía que decirle un secreto, y la mano de Marta pareció manifestar la aquiescencia de su dueño.

Cuando se levantó Miguel al día siguiente, recibió una carta y un telegrama. El telegrama, firmado por Pablo Averief y expedido en Menton, no decía más que lo siguiente: «No pierdas un minuto».

Sorprendido, rasgó el sobre de la carta que era también de su hermano; la carta cuya fecha era tres días anterior á la del telegrama, estaba concebida en estos términos.

«Querido hermano. Solamente á ti me atrevo á confiar una de mis más grandes penas y el más cruel de los remordimientos de mi vida. Impulsado por éstos te voy á pedir un gran favor que fácilmente puedes prestarme sin que por ello desmerezcas á los ojos de tus jefes.

»Hace ocho años, dos después de la inesperada ruptura de mi casamiento, que entablé relaciones con una joven, cuyas condiciones eran inmejorables. Solamente tenía un defecto, ajeno á ella: su nacimiento. Era hija natural del príncipe K. que la atendió siempre con cariñosa solicitud.

»No tuve valor, por aquella circunstancia, de prescindir de los convencionalismos sociales y proponerle nuestro enlace. Tal vez la inexplicable ruptura de mi casamiento contribuyó á aumentar mi repugnancia á esta unión, pero no quise que el mundo creyera que obraba impulsado por el despecho; condena mi conducta y harás bien, pero no me reproches que bastante he sufrido.

»No dejó por eso de ser para mí una mujer irreprochable. Para su hija—pues dió á luz una niña hará unos tres años—fué una madre modelo, y digo que fué, pues acabo de saber que ha muerto de repente, á consecuencia de la rotura de un aneurisma. La gentuza en cuya casa vivía se han abstenido de comunicármelo, le han robado todo lo que tenía y yo me he enterado por una casualidad. Mi hija se encuentra en un abandono absoluto, mal alimentada, peor vestida, y lo que es más sensible, maltratada, maltratada por culpa mía que no he sabido ser más que un padre á medias.

»No quiero hablarte del dolor que me ha causado la muerte de H... á quien quisiera hoy llamar mi mujer, á costa del mayor sacrificio de mi vida, no quiero referirme más que á la niña, ya que la madre ha dejado de sufrir.

»Cuando recibas esta carta, pide la licencia; di que estoy muy enfermo—y no mentarás puesto que este disgusto me ha hecho recaer y sufro como nunca.—Vas á la calle... número..., recoge la niña que se llama María, como nuestra madre; busca una niñera donde y como sea, puesto que en llegando á Menton la despediré, y con ellos ven en seguida, mañana mismo si puede ser, trayéndome lo único que me queda de mi dicha pasada. Si sucediera cualquier desgracia á esta inocente criatura, vería en ello un castigo del cielo, y moriría devorado por los remordimientos».

Un cheque á la vista de una cantidad importante, acompañaba á la carta con objeto de salvar todos los obstáculos, según añadía, como posdata, Pablo Averief.

Miguel creyó que soñaba, leyendo esta carta.

Su hermano tan comedido, tan serio, tenía una hija de tres años! Y he aquí por donde Miguel, teniente de la guardia, se veía con el encargo de llevar á esta niña al lado de su padre, de buscar niñera, de comprar ropa y todo lo concerniente á estos casos. Estaba aturdido. Por otro lado, la licencia, el pasaporte y sobre todo la niñera, esa niñera que había de buscar en veinticuatro horas.

¡Y Marta que lo esperaba el día siguiente!

Dejóse caer sobre una silla, descorazonado, pero inmediatamente se levantó para ir á pedir la licencia al coronel de su regimiento. Había que empezar por ahí.

La licencia le fué concedida sin dificultad; Miguel era el oficial más distinguido del regimiento.

Todas las formalidades de policía quedaron cumplidas, pero en lo concerniente á la niña empezó á encontrar algunas dificultades. La gente que tenía á su cargo la criatura desde la muerte de su madre, manifestóse reacia á entregarla, en espera tal vez de recompensa metálica; Miguel se vió obligado á amenazarla y este temor allanó todos los inconvenientes.

Cogió la niña, que emocionada, derramaba un mar de lágrimas, la metió en un coche y fueron recorriendo algunas tiendas para proveerla de ropa.

Ya eran las cuatro de la tarde cuando Miguel recordó que todavía no tenía niñera para aquella sobrinita que el cielo le enviaba tan inopinadamente.

Se le ocurrió una idea luminosa; al ir á participar á Marta su viaje, le rogaría le enviase una criada, una camarera, una mujer, en fin, de su confianza que los acompañara en la excursión. Marta formaba parte de una junta de damas para la protección de niñas pobres. Dirigióse, pues, á casa del señor Milaguine.

El portal aparecía lleno de paja y papel de embalaje. Subió, penetró en todas las habitaciones sin ver á nadie y cuando, desesperado se disponía á salir, se encontró cara á cara con Paulina Hopfer.

—¡Ahl Paulina—dijo Miguel con acento de sincera alegría,—por fin os encuentro. ¿Dónde está el señor Milaguine?

—El señor Milaguine y sus hijas hace dos horas que marcharon al campo. Ya sabe usted que salían hoy. ¿No está usted invitado para comer mañana con nosotros?

—No, dijo tristemente Miguel, no puedo ir, me voy al extranjero.

—¿Al extranjero?—manifestó Paulina extra-

30286

UNIVERSIDAD DE...  
BIBLIOTECA...  
MAY 19...  
MAY 19...

ñada.—¿Estará usted mucho tiempo por allá?

—Espero estar de regreso dentro de quince días. Pero, ¿ya han marchado?—repitió Miguel consternado.

—Sí, y en seguida estaré yo con ellos. Espero el regreso del coche que ha de venir á buscarme; ¿no está abajo?

—Todavía no—contestó Miguel preocupado. Y de repente:—Paulina—le dijo—¿no conoce usted á ninguna niñera, á ninguna señorita de compañía?

—¿Una niñera?—contestó Paulina cada vez más asombrada. Creyó que Miguel se había vuelto loco.

—Sí, una niñera, una institutriz, una camarera, una criada, todo viene á ser una misma cosa, dijo Miguel inocentemente.

—¡La misma cosa! He aquí otra ofensa que me pagarás—dijo para sí la irascible institutriz

—No, don Miguel, no conozco ni criada ni niñera. Y, ¿para que quería usted esta criada?

—Para una niña.

Miguel comprendió de repente, que había hablado demasiado y que esta niña, en su compañía, pudiera parecer extraño, mucho más cuando no esperaba encontrar en Paulina la misma discreción de Marta.

—Una huérfana... añadió.

—¿Para San Petersburgo?—preguntó Paulina intrigada.

—No, para el extranjero.

—Espere... sí, conozco á una—dijo Paulina, á quien se le había ocurrido una idea.—¿Qué sueldo le dará usted?

—No sé nada de esto; lo que se acostumbre en tales circunstancias...

—Cuatrocientos rublos y el viaje pagado si no se queda allí. ¿Y á dónde ha de ir?

—Cerca de Niza.

—Bonito país. Y... ¿qué edad tiene la niña?

—Tres años—dijo Miguel con repugnancia.

Parecióle que se estaba metiendo en la boca del lobo.

—Muy bien, espéreme usted aquí, don Miguel, é iré á ver si puedo convencer á una conocida que es muy á propósito para el caso.

Miguel, desorientado, se sentó en una silla del salón desierto. El abandono en que había encontrado á su sobrina, la extrañeza del cochero al verle salir dando la mano á una niña harapienta; las correrías de tienda en tienda, la fisonomía particular de sus criados cuando le vieron entrar en casa con la criatura, la pregunta de su cocinera: «Pero, Dios mío, ¿de dónde sacáis esto?»; todos estos detalles le acudían á la memoria de un modo turbulento y desagradable.

En su deseo febril de complacer al hermano, no se le había ocurrido rodearse de ciertas precauciones, ocultar la niña, no hablar á nadie del asunto y mucho menos á esta alemana antipática de la que ligeramente desconfiaba. Pero el mal ya estaba hecho.

Además, ¡quién saber podía todo concluir bien...

Al cabo de una hora apareció Paulina acompañada de una mujer de media edad, con aire humilde y se presentó con el carácter de señorita de compañía, capaz de educar «á más de un niño.»

—Muy bien—dijo Miguel—¿está usted dispuesta á salir mañana?

—Si el señor quiere llevarme bajo su pasaporte, desde luego.

—¡Cosa hecha!—dijo Miguel admirado de ver resuelta esta dificultad.—Saldremos mañana por la mañana.

—Muy bien, señor. ¿Es preciso ir á dormir esta noche á su casa?

—¿Para qué? —contestó Miguel.— No tengo sitio. Venga usted á las ocho. Paulina—añadió dirigiéndose á ésta.—Tenga la bondad de decir á la señorita... al señor Milaguine quiero decir... Pero no, no diga usted nada; ya iré yo mismo, después de comer, á presentarle mis excusas por este viaje tan precipitado. Os agradezco las molestias que os he causado y no sé como testimoniaros mi reconocimiento.

—Ya me lo agradecerá al regreso—dijo Paulina intencionadamente, acompañando á Miguel hasta la puerta.

—Escúche, Margarita—añadió dirigiéndose á aquella mujer que se había quedado en medio del salón;—ya comprenderá usted que por el solo gusto de prestaros un favor, no os he quitado de vuestra cocina, ni he procurado para usted un sueldo de cuatrocientos rublos en vez de ciento veinte que usted gana. Por lo tanto, espero me escribirá usted contándome todo lo que sucede por allá.

—No conozco bien la ortografía—dijo la cocinera, elevada por artes de Paulina á un grado superior.

—Escribame con la ortografía que sepa y no economice franqueza. Yo os daré sobres escritos con mi dirección, para que vuestras faltas no llamen la atención... de á quien nada le importa.

—¿Cree usted, señorita Paulina, que esa niña es hija de ese señor?

—Yo no creo nada y eso menos que lo demás. Si fuera su hija no sería tan estúpido—murmuró Paulina entre dientes y sin respeto á aquel hombre que había sido su idolo.

—Bueno, y ahora ¿qué es lo que tengo que hacer?—dijo Margarita.

—Ir á cenar donde á usted le parezca y no irse de la lengua—respondió su protectora dándole un rublo.

## VI

Cuando Miguel entró en su casa para comer, se encontró á la niña tirada en el suelo, en un rincón, con los brazos caídos y en estado de aparente embrutecimiento.

—Desde que usted salió ha permanecido en esta postura—dijo la criada contestando á la pregunta de Miguel. ¿Es que se va á quedar en casa?

—No, no—exclamó Miguel dando un suspiro—mañana salimos para el extranjero.

—¿Para el extranjero? ¡Virgen santísima! ¿Y usted también? ¡Pero si no tiene usted su ropa preparada, ni me ha dicho nada...

—Iré sin ropa—dijo Miguel con impaciencia—denos usted la comida.

La criada obedeció. La niña comió poco: estaba asustada y tenía sueño.

—¿Y dónde va á dormir esta criatura?—preguntó la criada hecha un mar de confusiones.—Si no hay sitio.

—Que duerma contigo—replicó Miguel no menos abatido.

—¡Conmigo, en la cocina! vamos, señor... Y miraba á Miguel con un aire interrogador.

—Pues que duerma sobre el sofá del salón.

—Resbalará y caerá.

—Ponle veinte sillas delante, si quieres—contestó Miguel impaciente—pero déjame tranquilo.

momento en que Miguel entraba, y el caballo obedeciendo la orden, levantó airoosamente la pata delantera de la derecha, inclinando varias veces su pequeñísima cabeza.

Miguel, salvando el obstáculo que le impedía pasar, dirigióse á saludar el dueño de la casa. El señor Milaguine estaba como una amapola de tanto reír, y á todo el mundo le pasaba lo mismo; las conveniencias sociales de la ciudad dejaron su sitio á la libertad de la vida del campo; nunca se hubiera permitido Oghérof hacer semejante extravagancia en un salón petersburgués, pero en las Islas todo cambia de aspecto.

—Muy bien—dijo un oficial dirigiéndose al príncipe;—has hecho subir al caballo, pero ¿cómo harás que baje?

—En efecto—añadió Marta riendo;—su caballo no debe terminar sus días aquí, por más atento que sea concluyó diciendo, acariciando al noble bruto que la miraba con ojos brillantes é inteligentes.

—Esto queda de mi cuenta—contestó Oghérof;—Marta, ¿tendría usted un terrón de azúcar?

—Ya lo creo—respondió la joven.

Y al volverse, se encontró frente á Miguel á quien todavía no había visto.

—¡Usted aquí, Miguel!—le dijo ruborizándose ligeramente.

—Sí, señorita... tengo algo que decirle... No podré venir mañana.

—¿Cómo es eso? ¡Me lo ha prometido usted!

—Ciertamente, pero escúcheme, Marta, un serio impedimento.

El caballo hizo un ademán brusco.

—Marta, gritó el señor Milaguine, di que traigan el azúcar, pues si no, nos va á devorar á todos este caballo.

—En seguida vuelvo: dijo Marta á Miguel; ya me explicará usted... Y desapareció.

—Señores; mi caballo es mucho más inteligente que una persona humana—dijo Oghérof;—no aceptará el terrón de azúcar sino de la mano más blanca, más delicada, mejor hecha y cuya dueña merezca el ser adorada de todos ustedes. Pruébenlo á ver si me equivoco.

Entre las risas de todos los presentes, el terrón de azúcar fué presentado al caballo sucesivamente por un oficial, por Nastia, por Paulina, por el señor Milaguine y por último, por Marta, de cuyas manos aceptó el caballo lo que había rehusado de las otras. Se aplaudió con entusiasmo y el señor Milaguine, negro de risa, se echó sobre un sillón.

—Ahora, amigo mío, es menester salir de aquí—dijo Oghérof al caballo que escarbaba el suelo en señal de impaciencia.—Marta, ¿pordónde quiere usted que salgamos? ¿Por la puerta ó por la ventana.

—Por donde usted quiera, príncipe, siempre que no haya ningún peligro—respondió Marta, cuya risa había cesado.

Poco acostumbrada á recibir en público tales homenajes, ignoraba—digámoslo en su excusa—que el pobre animal, acostumbrado á estos ejercicios los había hecho una y cien veces á toda ese enjambre de actrices con cuya amistad se vanagloriaba el príncipe.

—¡Peligro! dijo Oghérof, no hay tal peligro.—¿Prefiere usted la puerta? ¿Quiere que sea por la ventana?

—Por la puerta, desde luego—contestó Marta un poco confusa al ver que era el blanco de toda la reunión.

—¡Eso no es tan fácil!—hizo observar Miguel.

—¡No importa!—respondió Oghérof haciendo un gesto de indiferencia. Y de un salto montó á caballo.

Marta no pudo reprimir un grito al ver las cabriolas que hacía el caballo excitado por su jinete. Salvó la puerta, atravesó el recibidor y llegó hasta la galería seguido de toda la concurrencia. Oghérof detuvo el caballo al borde del primer escalón.

—Atención—le dijo al noble animal, acariciándolo,—á ver si tienes talento.

Después, afirmándose en los estribos dirigió un saludo á Marta que seguía inquieta todos sus movimientos.

—¿Va usted á saltar?

—Así lo ha querido usted. Todo por las señoras. Hurrá gritó espoleando al caballo.

Un grito general acompañó á este movimiento.

Marta se cubrió el rostro con las manos. Cuando se las quitó, ya regresaba Oghérof al trote corto de su caballo, recibiendo las felicitaciones de la concurrencia.

Miguel no pudo cambiar dos pa'abras con Marta en toda la noche. La proeza de Oghérof era el pábulo de todas las conversaciones.

Dieron las once; recordó Miguel que no tenía arreglada la maleta, ni preparado nada para su viaje del día siguiente y que no había ido á la casa de banca á cobrar el cheque enviado por su hermano.

Deseaba que se hubiera marchado Oghérof que estaba muy asiduo con Marta y que con sus originalidades acaparaba la atención de todos; pero como todo esto no llevaba visos de terminar, renunció á toda explicación íntima con Marta y tomó el partido de dirigirse al señor Milaguine.

—He venido á excusarme—le dijo,—porque no podré tener mañana el honor de comer con ustedes.

—Pero si mañana es el cumpleaños de Marta!

Oghérof nos ha prometido quemar un ramillete de fuegos artificiales.

—Tengo que sa'ir para el extranjero—respondió Miguel con seriedad;—mi hermano está muy enfermo y me llama con urgencia. Dentro de quince días estaré de regreso.

—¿Ha empeorado su hermano? ¡Cuánto lo siento!—dijo Milaguine. Pero corre peligro.

—No, no, respondió Miguel, no hay que temer peligro alguno, pero desea verme con urgencia; tiene algo que decirme,—añadió el joven un poco embarazado.

—¡Vaya, vaya, amigo mío! Pero antes de irse haga las paces con mi hija; no le gusta que le falten á la palabra.

—Si usted me lo permite... balbuceó Miguel celebrando haber encontrado este pretexto para hablar con Marta reservadamente.

Encontró á la joven en el comedor. Los criados iban y venían preparando la mesa para una cena improvisada.

—Marta, le dijo—mientras que ella le miraba fijamente—puede usted tener la seguridad de que me marchó en contra de mi gusto.

—¿De modo que no vendrá usted mañana?—le preguntó con insistencia.

—No puedo, salgo para el extranjero, á ver á mi hermano que me llama para un asunto urgente... y que ha recaído en su enfermedad,—añadió después de un minuto de reflexión.

—¿Está de peligro?

—No—dijo Miguel sintiendo en esta ocasión no poder decir que sí.

—Pues entonces, salga pasado mañana.

—No puedo.

—¿Aunque yo os lo suplique?—dijo Marta dirigiendo su mano involuntariamente hacia el brazo de Miguel.

El estado de su espíritu era tal que sintiendo la necesidad de rogar, se consideraba al mismo tiempo herida en su amor propio por una negativa tan rotunda y á su juicio tan poco justificada. Miguel no contestó, aunque no dejaba de mirarla con ojos suplicantes.

—¿Va usted con alguien?—añadió Marta, —le acompaña algún amigo?

—No, Marta, no, ningún compañero.

—Pues entonces...

—Os ruego no insistáis, permóname usted; dentro de quince días os daré explicaciones...

—No me considero con derecho á pedir ni aceptar explicaciones, —respondió Marta con acento un poco altanero al que contribuyó el pensar que se había extralimitado.

—Si usted supiera...

—Lo único que sé es que os he suplicado que aplazarais vuestro viaje por veinticuatro horas con objeto de que asistáis á la fiesta de mañana, y que usted ha rechazado mi súplica, sin que la salud de su hermano exija tamaña rapidez en el viaje.

—Marta, contestó Miguel con tono desesperado, para complaceros daría mi vida, haría muchas más proezas que ese loco de Oghérof... pero no puedo aplazar el viaje. Ya os explicaré la causa.

Marta marchóse lentamente. Paulina entró.

Del primer golpe de vista notó la altivez herida de la joven y el aire suplicante de Miguel y crevó oportuna su intervención.

—Márchese tranquilo, don Miguel, que yo os disculparé—le dijo en voz baja;—no he tenido tiempo todavía de contarle vuestra visita de este medio día, pero mañana quedará todo arreglado.

Una idea se le ocurrió á Miguel. Dió las gracias á Paulina, le apretó la mano y se fué tras de

Marta á la que alcanzó cuando se disponía á entrar en el salón.

—Hasta la vista, le dijo tendiéndole la mano. Marta alargó la suya.

—Aun á riesgo de que me oigan, volveré para deciros que os amo—añadió Miguel.

Marta retiró la mano bruscamente y volvió la cabeza.

—Hasta la vista, señor Milaguine—dijo Miguel, —tendré el gusto de venir mañana por la mañana á felicitaros.

—Muy bien, amigo mío, muy bien. Ya sabe usted que tengo siempre una especial satisfacción en veros; pero, por si acaso, salude en mi nombre á su hermano.

Ya habian dado las dos y medida de la madrugada cuando Miguel se metió en la cama después de haber puesto en orden sus documentos y metido algunas prendas de ropa en la maleta. Antes de acostarse quiso ver á la huérfana. Durmiendo había ido retirando las sillas y había caído en la alfombra sobre la que dormía como si estuviera en un lecho de plumas. Miguel la levantó con mucho cuidado, la volvió á acostar en el sofá, la tapó, la besó y se retiró de puntillas.

—¡Uf!—dijo metiéndose en la cama, —afortunadamente concluirá esto pronto; si tuviese que durar ocho días, me volvería loco.

Al día siguiente, se despertó Miguel bajo la impresión de que había perdido el tren. Saltó de la cama y miró el reloj. Eran las diez y media.

—¿Por qué no me has despertado?—gritó á la criada.

—No me dijo usted nada—respondió ésta;—como ha retirado tan tarde y no sale hasta la una, pensé que lo mejor que podía hacer era dejarle descansar. El té lo tiene usted á punto y el almuerzo servido.

Maldiciendo cien veces el interés de sus criados que había respetado su sueño, vistiéndose en cinco minutos recordando que aun tenía que hacer unas cuantas diligencias.

Entregó la niña á la niñera que había sido puntual en su llegada y se dirigió á casa de un jardinero, encargándole el mejor de los bouquets que hubiera hecho en su vida; dió la dirección del señor Milaguine con una tarjeta suya en la que escribió con lapiz: «Un retraso completamente involuntario me imposibilita ir á saludaros. De hoy en quince os explicaré lo sucedido. Recibid mis respetos y mi felicitación»; tomó todo género de precauciones para que el bouquet llegara á su destino; terminó del modo que pudo sus otras diligencias y volvió á casa.

Una hora después, llegaba á la estación, en el preciso momento en que sonaba el pito de marcha y tomando un compartimento de primera, entró en él con la niña y la acompañante.

## VII

Marta durmió muy poco aquella noche. A las siete de la mañana ya se había levantado, con gran extrañeza de Nastia que dormía en la misma habitación y á quien se le había imbuído la idea de que los días de fiesta no debe nadie levantarse temprano, volvió la cabeza del otro lado y se quedó dormida nuevamente.

Marta, satisfecha de estar sola, empezó á vestirse poniendo en ella extremada atención.

Su bata de mañana, blanca y vaporosa, le caía á las mil maravillas; se miró al espejo, sonrió y

descendió al jardín llevando en la mano un libro que no leía.

Dieron las ocho, las nueve, las nueve y media. Nerviosa, empezó á pasear por las avenidas del jardín, para distraer su impaciencia. Desde hacía dos horas esperaba el momento en que apareciese Miguel por el gran camino que bordeaba el Neva. Lo veía de lejos en su imaginación, aparecer, reconocerla y apretar el paso.

Las últimas palabras del joven oficial le habían llegado á lo más profundo del alma.

Se reprochaba interiormente haberlas provocado con su mirada, se avergonzaba de su debilidad y ruborizábase al pensar que sus ojos habían despegado los labios de Averief. Creyó haberse faltado á sí misma arrancando esta declaración y parecióle una debilidad criminal el haber manifestado sus sentimientos.

Arrepentíase de la insistencia con que había indicado á Miguel sus deseos de que viniera aquel día, pero no había sabido ser dueña de sí misma; desde hacía mucho tiempo daba á la presencia de este hombre una especie de importancia supersticiosa; se sentía feliz cuando estaba Miguel en su casa, y le parecía que le iba á pasar algo desagradable cuando notaba que no iba á visitarla en los días durante los cuales creía ella que no podía faltar.

Sumida en estas reflexiones caminaba lentamente por la avenida que circundaba el jardín. Las aguas del Neva bañadas por un sol espléndido brillaban ondulantes; las islas, convertidas en macizos de verdura, reflejaban en el agua sus casitas blancas, y el viento de la mañana acariciaba las mejillas de Marta tan delicadas como las hojas de una rosa.

Sentíase feliz y al mismo tiempo turbada; tenía el íntimo convencimiento de que en este día se

Maldiciendo cien veces el interés de sus criados que había respetado su sueño, vistióse en cinco minutos recordando que aun tenía que hacer unas cuantas diligencias.

Entregó la niña á la niñera que había sido puntual en su llegada y se dirigió á casa de un jardinero, encargándole el mejor de los bouquets que hubiera hecho en su vida; dió la dirección del señor Milaguine con una tarjeta suya en la que escribió con lapiz: «Un retraso completamente involuntario me imposibilita ir á saludaros. De hoy en quince os explicaré lo sucedido. Recibid mis respetos y mi felicitación»; tomó todo género de precauciones para que el bouquet llegara á su destino; terminó del modo que pudo sus otras diligencias y volvió á casa.

Una hora después, llegaba á la estación, en el preciso momento en que sonaba el pito de marcha y tomando un compartimento de primera, entró en él con la niña y la acompañante.

## VII

Marta durmió muy poco aquella noche. A las siete de la mañana ya se había levantado, con gran extrañeza de Nastia que dormía en la misma habitación y á quien se le había imbuído la idea de que los días de fiesta no debe nadie levantarse temprano, volvió la cabeza del otro lado y se quedó dormida nuevamente.

Marta, satisfecha de estar sola, empezó á vestirse poniendo en ella extremada atención.

Su bata de mañana, blanca y vaporosa, le caía á las mil maravillas; se miró al espejo, sonrió y

descendió al jardín llevando en la mano un libro que no leía.

Dieron las ocho, las nueve, las nueve y media. Nerviosa, empezó á pasear por las avenidas del jardín, para distraer su impaciencia. Desde hacía dos horas esperaba el momento en que apareciese Miguel por el gran camino que bordeaba el Neva. Lo veía de lejos en su imaginación, aparecer, reconocerla y apretar el paso.

Las últimas palabras del joven oficial le habían llegado á lo más profundo del alma.

Se reprochaba interiormente haberlas provocado con su mirada, se avergonzaba de su debilidad y ruborizábase al pensar que sus ojos habían despegado los labios de Averief. Creyó haberse faltado á sí misma arrancando esta declaración y parecióle una debilidad criminal el haber manifestado sus sentimientos.

Arrepentíase de la insistencia con que había indicado á Miguel sus deseos de que viniera aquel día, pero no había sabido ser dueña de sí misma; desde hacía mucho tiempo daba á la presencia de este hombre una especie de importancia supersticiosa; se sentía feliz cuando estaba Miguel en su casa, y le parecía que le iba á pasar algo desagradable cuando notaba que no iba á visitarla en los días durante los cuales creía ella que no podía faltar.

Sumida en estas reflexiones caminaba lentamente por la avenida que circundaba el jardín. Las aguas del Neva bañadas por un sol espléndido brillaban ondulantes; las islas, convertidas en macizos de verdura, reflejaban en el agua sus casitas blancas, y el viento de la mañana acariciaba las mejillas de Marta tan delicadas como las hojas de una rosa.

Sentíase feliz y al mismo tiempo turbada; tenía el íntimo convencimiento de que en este día se

iba á decidir su vida futura y que su felicidad habia de venir por aquella carretera polvorienta...

Dieron las diez, las diez y media, y Marta se detuvo. Apoyada en la verja del jardín, hizo lo que jamás habia hecho, lo que el día anterior le hubiera parecido una inconveniencia; miró fijamente la carretera interrogando, escudriñando con sus ojos los carruajes, los peatones, los jinetes, todo lo que pasaba.

En un reloj lejano dieron las once; Marta abandonó bruscamente la verja, entró en una glorieta del jardín, sentóse en un banco y se puso á llorar.

Poquísimas veces lloraba; consideraba las lágrimas como un signo de debilidad, cuando no un recurso; como un desahogo del corazón próximo á estallar; pero aquella mañana sintióse invadida por una completa desolacion por un sentimiento de abandono absoluto. Hubiera querido pensar que Miguel habia faltado á su palabra retenido por un obstáculo vulgar, que su ausencia no sería más que de quince días, que de un momento á otro recibiría una carta, una excusa ó una explicación, pero su espíritu, decaído por la decepción, no admitía consuelos.

Mientras que Marta se enjugaba las lágrimas y procuraba calmar su excitación para saludar á su padre, Paulina, que estaba acechando en una ventana, vió llegar al enviado de Averief con un bouquet. Bajó en seguida, llegó hasta la galería y con la excusa de que ella se encargaría de presentarlo á su dueño, recogió el bouquet.

En el recibidor habia cinco ó seis ramilletes, obsequio de otros tantos amigos, de modo que á Paulina no le era difícil escamotear el de Miguel. Aprovechó un momento en que no la veía nadie, y provista del ramo subió á sus habitaciones.

Tranquila por el éxito, Paulina leyó y releyó la tarjeta, rompió ésta en varios pedazos que sumergió en un vaso de agua y después se sentó para contemplar absorta el precioso bouquet.

Parecía un ramillete de enamorado, de novio. Cualquiera hubiera dicho que el jardinero habia adivinado la persona á quien iba dirigido, pues las flores significaban todo un poema. Los jazmines, las tuberosas, las camelias, las lilas, todo era blanco y en el centro aparecía un ramo de flores de azahar disimulado entre helechos.

Trastornada sin duda por la mezcla intensa de tan diversos perfumes, Paulina arrancó violentamente el ramo de azahar, aun á riesgo de destruir la armonía de aquel himno odorante; lo retuvo un momento en sus manos dispuesta á destruirlo, pero cambió súbitamente de idea, y riendo con risa sarcástica, se colocó el azahar en la cabeza y se miró al espejo.

En aquel momento estaba extraordinariamente bella. La perversidad de sus ojos negros, le daba un aire de atracción diabólica que hacia contraste con las ideas que despierta la flor virginal.

Sonrió satisfecha y murmuró:

— Me sientan tan bien como á ella y soy tan bonita como ella.

Después fué arrancando una por una las entrelazadas flores, las reunió en una mano y las echó en un jarrón; se le ocurrió otra idea, y riendo más fuerte que antes, cogió los pedazos de la tarjeta, mojados é informes, y los metió en el agua destinada á las flores del deshecho bouquet.

— ¡Todo junto! — se dijo — esto es mejor.

Hizo desaparecer en la chimenea la envoltura y los restos del ramillete, dirigió una mirada de aprobación á su obra y descendió al comedor.

Marta se habia dirigido en busca de su padre para almorzar, y procuró dar á su semblante el

mejor aspecto posible, alegando un gran dolor de cabeza, como justificación de su estado y de sus ojos enrojecidos por el llanto.

—He ahí las consecuencias de levantarse temprano—dijo Marta dirigiéndose á abrazar á su hermana.

—¿Tienes el vestido mojado. ¿Has llorado?—le dijo en seguida.

—Será el rocío—respondió Marta haciendo un penoso esfuerzo.

La que jamás había dicho una mentira, se veía obligada á disimular, á no decir la verdad.

El señor Milaguine había comprado á su hija un magnífico collar de perlas.

—Dicen que las perlas traen la desgracia á los que están prometidos—añadió el señor Milaguine poniendo el collar á Marta, —por lo tanto; te las regalo antes que nadie te haya hablado de casamiento, conjurando, de este modo, la mala suerte.

Cada palabra parecía escogida expresamente para hincar más el dardo en el corazón de Marta; las palabras de su padre le hicieron brotar las lágrimas.

—Pero, mujer, ¿á qué viene eso?—dijo el señor Milaguine.—¿Es el casamiento lo que te produce ese efecto?

—Yo quisiera no abandonaros nunca—balbuceó Marta ocultando su cabeza en el pecho del padre.

El señor Milaguine la estrechó dulcemente entre sus brazos y después, lanzando un suspiro, dijo:

—Seamos dichosos mientras estemos juntos.

Paulina presentó también su regalo, bordado por ella, y besó á Marta en las dos mejillas con extraordinaria efusión.

La conversación se generalizó. A Marta le fue-

ron presentados los bouquets recibidos, con los nombres de los que le habían enviado; esperaba de un momento á otro sentir el nombre de Miguel, pero esta nueva ilusión también se desvaneció como las otras.

—Averíef no ha venido—dijo el padre—y yo ya me lo figuraba cuando uno sale de viaje siempre tiene que hacer más de lo que se figura. ¡Pero estás triste!—añadió dirigiéndose á su hija que permanecía muda—¡qué modo de inaugurar tus veinte años!

—Estoy cansada de ayer—respondió Marta.—¡Como nos acostamos tan tarde!

—Echaremos la siesta este mediodía—dijo el señor Milaguine;—el sueño es la panacea universal.

Esta noche vendrá mucha gente, se bailará, y es preciso estar espabilados. Vete á dormir hasta la hora de comer y ya me encargaré yo de recibir las visitas.

Contenta de escapar á la necesidad de hablar y manifestar una alegría que no sentía, se retiró Marta á su habitación después de almorzar.

Una hora hacía que se había echado en la cama, preocupada por tantas emociones, cuando sintió que llamaban á la puerta.

—¿Se puede entrar?—dijo una voz meliflua, y sin esperar la respuesta, entró Paulina, cerrando la puerta con medrosa precaución.

—¿Qué desea?—preguntó Marta recostando la cabeza sobre la almohada.

—¿Puedo hablar con usted un momento?—dijo Paulina dando á su voz la inflexión más dulce.

—Como quiera, aunque mi deseo fuera el estar sola.

—Es que tengo algo que decir—añadió la institutriz, acercándose al lado de la cama.

Una vez entrada en la habitación, estaba Pau-

lina segura de no salir de ella sin haber dicho lo que quería.

Marta le volvió la espalda con un movimiento de fastidio, pero Paulina no hizo caso; se arrellanó cómodamente en la butaca y empezó á mirar á la señorita Milaguine con aire de profunda conmiseración. Esta, con los ojos cerrados, no pensaba más que en quitarse pronto de su lado una compañía tan molesta fingiendo un sueño invencible.

—Don Miguel ha salido para el Extranjero... dijo Paulina con voz dulce.

Marta abrió los ojos y la miró fijamente.

—¿Y bien? contestó tranquila.

—Ya sabía yo que esto te haría despegar los labios; pensó Paulina, y luego:

—Pero no se ha ido... solo, añadió recalcando esta última palabra.

Marta apoyó la cabeza sobre su mano y miró á Paulina indignada y como queriéndole decir que á qué venía esa confidencia.

Mas como quiera que Marta no le preguntó nada se vió obligada Paulina á añadir:

—Se ha marchado con una niña.

—No veo en ello nada de particular, dijo Marta volviéndose á acostar; cualquiera puede viajar con una niña.

—Pero es que es una criatura que se le parece extraordinariamente, añadió Paulina.

La institutriz no había perdido el tiempo; la niñera, que pasó parte de la noche buscando detalles, enteró á Paulina de los que pudo recoger, Marta cerró los ojos; pero la palidez de su semblante, anunció á Paulina que el golpe había surtido efecto.

—Una criatura de tres años, una niña que se le parece mucho y para la cual vino ayer á encargarme una institutriz.... bajo la promesa

del mayor secreto, como usted comprenderá.

—¿Y usted se la ha procurado? dijo Marta.

—He creído que hacía un bien en ello...

Un rápido movimiento de Marta demostró á Paulina que si ella había creído hacer un bien, se había equivocado. La institutriz siguió diciendo:

—Ya sabe usted, señorita, que las pobres muchachas obligadas á trabajar son dignas de lástima; precisamente ayer mañana vino una á pedirme una colocación y, aunque no la conocía, le indiqué el domicilio del señor Averief para que se entendiera con él.

Y después de un momento de silencio, añadió:

—El señor Averief se la ha llevado al Extranjero con la niña.

—Pero ¿qué me importa á mí todo eso? dijo Marta de repente sentándose en la cama. ¿Por qué viene usted á contarme todas esas historias?

—Porque en una casa, respondió Paulina que había previsto la contestación, donde por desgracia no hay madre, las jóvenes deben estar perfectamente informadas de la honorabilidad de aquellos que son recibidos en ella; y si por casualidad llegase un día en que las cosas revistieran el aspecto de un escándalo público, es preciso saber lo que pasa, para tomar precauciones.

—¡Un escándalo público! repitió Marta llevándose las manos á la cara como para ocultarse de esta posible vergüenza. Pero ¿qué ocurre?

Entonces, Paulina, que había traído hábilmente la conversación á este terreno, explicó la novela que inventó durante la noche. Miguel tenía una querida en San Petersburgo y de esta mujer, que era casada, tuvo esa niña; á principios del otoño pasado se disgustaron, marchándose ella á Italia y quedándose Miguel con la criatura; pero como éste estaba locamente enamorado, volvieron á hacer las paces, por correspondencia, y convi-

nieron celebrar su reconciliación en Italia. Hacia dos días que Miguel había recibido un telegrama urgente y en su vista, preparó el viaje llevándose á la niña que la madre reclamaba.

—He aquí por qué, durante este invierno, ha sido Miguel tan asiduo concurrente de casa. ¡Como no sabía dónde pasar la noche! Ha dicho que volvería dentro de quince días; pero esto no es verdad; se quedará por allá y, si viene, será con ella. Hasta se dice que su querida ha pedido el divorcio para casarse con Miguel.

Había tenido Paulina tanta habilidad para mezclar algunos de los hechos reales con las falsas suposiciones de su endemoniado ingenio, que la relación de tales hechos parecía verdadera.

La brusca marcha de Miguel dejaba el campo libre á toda clase de conjeturas.

—¿Quién os ha contado todo eso?—preguntó Marta que se había levantado de la cama.

—¡Todo el mundo, señorita. ¡Si es el plato del día, si no se habla de otra cosa!

—Pero usted ¿por dónde lo ha sabido? ¿por los criados?

Esta pregunta, dirigida en un tono de indecible desdén, hirió á Paulina en lo más hondo de su dignidad.

—He creído un deber el informarme, mirando por la honra de usted y por la de esta casa. Don Miguel viene por aquí con frecuencia; es guapo, usted es joven...

—¡Basta!—interrumpió Marta con voz sorda, indicio en ella de la más grande indignación;—á mi padre es quien debe usted contar cosas que yo no debo ni sospechar siquiera.

—Señorita...

—¡Basta, le he dicho, usted me u traja!

—Voy á comunicárselo al señor Milaguine, señorita Marta... pero; qué poco agradecida es

usted á esta pobre institutriz que os ha educado y que os adora como una madre!...

Y Paulina empezó á sollozar. Marta, indecisa, se recriminaba interiormente el haber tomado tan á pecho esta revelación; se dejó besar las manos con objeto de quedar más pronto sola, y tranquilizó á la institutriz diciéndole que ella no era amiga de historias ni cuchicheos, cuya sola relación le molestaba.

Paulina, sumisa, salió de puntillas de la habitación, tranquila del resultado de su felonía.

Tuvo muy buen cuidado de no decir una palabra al señor Milaguine, pues éste hubiera hecho averiguaciones que sin destruir por completo la novela inventada por la ambiciosa institutriz hubieran quebrantado profundamente el edificio constituido por las caritativas manos de Paulina.

Además, Paulina tenía el convencimiento íntimo de que Marta no diría á su padre ni una sola palabra de lo que acababa de oír; y sabía perfectamente que el señor Milaguine no había hecho nunca, delante de sus hijas, alusión alguna á estas historias más ó menos ligeras que corren por el mundo.

Satisfecha, pues, y orgullosa de su tacto y de su diplomacia, dirigióse á sus habitaciones para presentarse elegante á la hora del banquete.

En seguida que salió Paulina, cerró Marta con llave la puerta de su alcoba y abrió la ventana;

le parecía que el aire de su habitación estaba envenenado. El sol había desaparecido tras los maticos de las islas; las aguas del Neva tenían un tinte azulado y el aspecto de la naturaleza era otro muy distinto del de la mañana; la luz, el reflejo de las aguas, el aire que besó los cabellos de Marta, todo había desaparecido; de aquel todo tan encantador no quedaba más que la triste realidad, fría, monótona...

Marta se sentó al lado de la ventana sin derramar una lágrima; los manantiales de su alma habían quedado repentinamente secos, sus ideas confusas, sus recuerdos borrosos. Hoy cumplo veinte años, se decía, y esta idea, que no se relacionaba con ninguna de sus inspiraciones presentes, era para ella de una amargura inexplicable. Recordando los coloquios sostenidos con Miguel, durante el invierno, en el saloncito de su casa, —¡me engañaba!— se decía, aunque su corazón le impulsaba á creer todo lo contrario. —¡Pero se ha marchado!— añadía— y no ha vuelto esta mañana, ni me ha enviado nada, ni nada ha dicho.

—¡Me ha estado engañando siempre, desde que le conozco!... Esta niña de tres años... Era muy joven entonces... Acababa de ingresar en el regimiento... ¿Y yo he querido á este hombre que amaba á otra? Le he dado lo que no me ha pedido, un sumiso cariño, y tal vez, ahora, haya intentado manifestarme su afección... por caridad, por conmiseración. —¡Oh, Dios mío! ¡esto es demasiado!

Rebajada su dignidad, llegó á creer Marta que estaba de más en este mundo y pensó en morir antes que volverse á encontrar en presencia de aquel hombre cuyo solo recuerdo constituía para ella una especie de perpetuo oprobio.

Afortunadamente no se piensa mucho en la muerte cuando se tienen veinte años, y la belleza

y el bienestar entrevén rosados horizontes. El instinto de conservación la llevó á otro orden de ideas menos extravagantes.

— ¡Todo, dijo, cualquier cosa, antes que volverlo á ver. Si es preciso nos iremos de viaje.

Y con los ojos encendidos y las mejillas encarnadas empezó á vestirse con coquetería, con arte, refinando el gesto, para no aparecer ante los invitados, como un mujer humillada en lo más íntimo de sus afectos. Algunas palabras de Paulina le dieron á comprender que alguien se había fijado en las atenciones y asiduidades de Miguel para con ella; pero Marta se propuso demostrar á todo el mundo que la ausencia del joven la tenía sin cuidado.

Entró en el comedor á la precisa hora de comer, como le había dicho su padre, con su collar de perlas en el cuello, flores en la cabeza, cintas de seda color de rosa por todas partes la encarnación de la belleza, del orgullo, de la juventud triunfante. Su presencia provocó un grito de general admiración, hasta de las señoras.

— ¡Eres el hada de los veinte años le dijo el padre de Sofia Cherkof; no te falta nada más que la varilla mágica.

— La tiene, la tiene, contestó el príncipe Oghérof, que se encontraba muy atareado en la mesita de los entremeses y que se volvió rápidamente con una copa de kummel en una mano y una terrina de foie gras en la otra — Lo que es que la oculta misteriosamente, después de habernos encantado á todos con sus gracias.

Todo el mundo acogió con risas la galantería del príncipe, incluso Marta. Durante la comida, que presidió ella, con aire de soberana, no cesó Oghérof de hacerla objeto de todas sus atenciones y, cosa extraña! Marta acogía con gusto las galanterías del príncipe.

Desde que se vió desdeñada, empezó á sentir esa secreta satisfacción que experimenta toda mujer cuando oye decir que es bonita. Animados por este cambio, otros jóvenes, aparte del príncipe, se atrevieron á manifestar á Marta la admiración que les producía su belleza, y ella, sonriente y gozosa, á todos atendía y para todos tenía frases con que contestar sus amables lisonjas. En dos horas, había experimentado una completa transformación; por dos ó tres veces, su padre la había mirado con profunda extrañeza, pues nunca vió en ella tamaña familiaridad.

— Bah, se dijo, por una vez, no hay peligro.

Oghérof había desaparecido del comedor mientras se servía el café. Al cabo de una hora volvió, é invitó á la concurrencia para que pasara al jardín á ver los fuegos artificiales.

— Los veremos desde los balcones, dijo el señor Milaguine, que después de comer se sentía extremadamente perezoso.

— No, papá, no, vamos al jardín, le contestó Marta saltando á su afreedor. Sergio os llevará una butaca.

Sergio Averief no dejaba á Marta un momento; parecía su sombra; ella aprovechaba su influencia y se servía de él como de un perro.

Bajaron al jardín. Las señoras tenían las sillas preparadas y el príncipe no hacía más que ir de un sitio á otro preparando los fuegos; los asistentes que trajo del regimiento para el servicio de las piezas de artificio, no se habían visto nunca en tales aprietos; así es que muchas ruedas se quemaron sin lucimiento, y otras no se encendieron; pero como todo el mundo estaba de buen humor, la jovialidad general desechaba en seguida la decepción del momento.

— Pero, príncipe, venga usted á contemplar su obra — gritó el señor Milaguine en el momento en

que Oghérof, ronco á fuerza de reprender á sus soldados, decía: — ¡Atención, señores, el ramillete final!

— Venga usted, venga usted, repitió el señor Milaguine.

El príncipe franqueó en dos saltos el espacio que lo separaba de los espectadores y fué á colocarse detrás de Marta.

— ¡Vengal gritó á sus improvisados pirotécnicos.

El ramillete se encendió espléndidamente entre los aplausos de la concurrencia; pero mientras que los cohetes voladores, al estallar en el aire, se convertían en lluvia de estrellitas de todos colores, desprendióse del ramo una serpentina y dirigiéndose en zig zag hacia donde estaban los espectadores fué á introducirse entre los pliegues del vestido de Marta. Esta se levantó bruscamente al ver que empezaba á arder su traje de muselina vaporoso, y en un momento las llamas, avivadas por el aire, se apoderaron de la falda llegando hasta la cintura.

Antes de que Marta tuviera tiempo de lanzar un grito, el príncipe Oghérof la había cogido entre sus brazos y la llevó á la casa. Todo el mundo los siguió desordenadamente, pero cuando llegaron, encontráronse á Marta, en medio del salón, algo pálida, sonriente, y envuelta en un gran tapete de mesa. Oghérof de rodillas, le arreglaba los pliegues del paño con el cual había apagado el fuego y retiraba los pedazos de unas figuras de porcelana.

— No me ha pasado nada, dijo Marta con voz temblorosa, viendo aparecer á su padre con el semblante descompuesto. No te asustes, papá, no tengo ni una ampolla.

Retiró el tapete que la envolvía y dió un paso hacia adelante; el susto recibido fué mayor que

su valor y su sangre fría, y vaciló para caer. Todo el mundo se dirigió á ella, pero Oghérof, que estaba más próximo, la sostuvo; sonrojada, se separó del príncipe y tambaleando la recibió el padre en sus brazos.

—Príncipe, dijo Milaguine, turbado por la emoción, os debo la vida de mi hija.

—Otra cosa es lo que pudiera usted deberme— contestó Oghérof mal humorado; soy un imbécil y á nadie más que á mi puede ocurrirle hacer el oficio de pirotécnico, sin entender una palabra!

—Sin embargo, me ha salvado usted de una muerte horrible, le dijo Marta con dulzura, tendiéndole la mano.

—Bésele usted la mano, Oghérof, que bien lo merecéis, añadió el señor Milaguine, emocionado todavía.

Y maquinalmente, buscaba á su alrededor algo que dar al príncipe en señal de reconocimiento, Oghérof no se hizo rogar.

—¿Que buscáis las figuras? dijo éste. No os molestéis; los pedazos están en el suelo. Tiré del tapete para envolver con él á Marta y crea usted que no me fijé en lo que había encima.

Los concurrentes, emocionados por esta escena, no hablaban de otra cosa y alguien indicó la conveniencia de retirarse, pero el señor Milaguine se opuso á ello tenazmente; Marta se fué á cambiar de traje y empezó el baile. Marta, que poseída de terror, lloraba á lágrima viva, se repuso bien pronto de su emoción y se preparó para bailar toda la noche, y al poco rato, renació la tranquilidad y los acordes de la música disiparon la anterior tristeza.

Marta no bailó; á consecuencia del susto, le había quedado una especie de temblor nervioso que le acometía de vez en cuando. Sentada en una butaca, miraba á las parejas, oía la música,

sentía el ruido y le parecía un sueño todo lo que había pasado por la mañana. No se acordaba de Miguel, y cuando le acudía á su memoria la idea de este hombre, cambiaba en seguida de pensamiento para quitarse ese dardo que le atravesaba el corazón.

Oghérof, que no se apartaba un momento de su lado, aparecía mucho más serio que de costumbre; y verdaderamente tenía motivos para estarlo, pues se sentía locamente enamorado. Las nacaradas espaldas de Marta, mal cubiertas por la transparente muselina, sus cabellos rizados que le habían acariciado la cara, su cuerpo virginal que había llevado en brazos y apretado contra sí entre las llamas que quemaban las manos, todo esto había removido en su ser una sensación tan imprevista como embriagadora.

No era una mujer acostumbrada al contacto de la vida mundana la que había estrechado contra su pecho; era una jovencita, una inocente, de quien ningún hombre había recogido la ambrosia de sus labios ni el néctar de su cariño, y el recuerdo de esta impresión, nueva para él, y tan fugaz que parecía un sueño, le impulsaba el deseo irresistible de verla renovada.

—¡Soy capaz de casarme con Marta! se dijo de repente el príncipe que jamás había pensado en el matrimonio.

Para Oghérof, cosa deseada se convertía en cosa necesaria. Reflexionó cinco minutos y después se dirigió al señor Milaguine, que no había querido jugar á las cartas y que, guardando las apariencias con aspecto de dignidad autoritaria, estaba arrellanado en una butaca entregado á las dulzuras de un sueño apacible.

—Señor... le dijo Oghérof.

Milaguine hizo un brusco movimiento.

—¿Qué hay? balbuceó. Ah! ¿es usted, príncipe? No os había visto. ¿Qué desea usted?

—Adoro á Marta y vengo á suplicaros me conceda usted el permiso para que admita su hija la expresión de mi cariño.

—¡Qué bien se expresa pensó el señor Milaguine, recordando la forma en que su sobrina Soñía había llevado las cosas.

—¿Ha indicado usted á su familia este proyecto de casamiento? le preguntó al príncipe perseguido siempre por el mismo recuerdo.

—No tengo parientes próximos, respondió Oghérof, ni dependo más que de mí mismo; en usted está, pues, el hacerme feliz ó desgraciado.

—Oh, no, amigo mío, yo no quisiera de modo alguno hacer vuestra desgracia, contestó el señor Milaguine completamente desolado; pero eso es cosa de mi hija exclusivamente.

—Luego ¿consiente usted?—dijo el oficial trastornado de alegría.

—No tengo ningún motivo para oponerme, dijo en tono sentencioso el señor Milaguine; de esto á consentir no hay mucha diferencia; pero lo principal es cuestión de Marta.

—A ella solamente quiero deberlo, dijo Oghérof con dignidad.

Transportado á un mundo de ideas completamente nuevo para él, se encontraba muy bien en ese ambiente. Se estaba proporcionando el gusto de presenciar un espectáculo del cual era actor y todo ello le parecía graciosamente extraño, deliciosamente original. Además, Marta era una joven adorable y haría una incomparable princesa Oghérof.

Se dirigió á Marta, pero la encontró hablando con otras. Refrenó su impaciencia y se sentó á cierta distancia para examinar á la futura princesa.

Todas las apariencias de la joven, su aspecto,

su aire aristócrata, las gracias de su semblante, sus maneras distinguidas, hacían de Marta la esposa por excelencia.

—Este casamiento, decía el príncipe, determinará un cambio en mi posición social.

Durante una hora estuvo esperando en vano el que se presentara una ocasión favorable para hablar con Marta. Ya se iban retirando los invitados y todavía no había podido realizar sus deseos. Quiso quedar el último, pero le rodeó un grupo de amigos y se vió obligado á salir con ellos. Por otra parte, Marta que estaba visiblemente fatigada por tantas y tan variadas emociones, no tendría el ánimo muy bien dispuesto para acoger una proposición de aquella naturaleza y además, se decía Oghérof: ¿no tendría ahora mi petición el carácter de querer cobrar inmediatamente el servicio prestado?

Convencido por estas reflexiones penetró en su casa más grave que de ordinario. Al pasar por el restaurant Dussaux, se le ocurrió entrar para cenar impulsado, más que por el apetito, por la fuerza de la costumbre.

—No, se dijo; esto sería una inconveniencia. Y satisfecho del sacrificio hecho en aras del matrimonio en perspectiva, se fué á dormir tranquilamente.

Marta también durmió aquella noche profundamente.

La multitud de impresiones recibidas había determinado en su espíritu una especie de vago embotamiento y tenía necesidad de recobrar las fuerzas para disipar tantas cosas confusas y tantos hechos extraños.

Al levantarse el día siguiente lo primero que apercibieron sus ojos fué el vestido de la noche anterior colocado sobre una butaca; los ennegrecidos bordes de la muselina quemada dibujaban caprichosas figuras en el vestido deshecho. Se acordó, temblando, del momento en que, invadida por las llamas, perdió la noción de las cosas y de los hechos; no tenía conciencia del modo como había recorrido el trayecto hasta el salón en donde se encontró envuelta entre los pliegues de un tapete y no recordaba más que la impresión producida en su espíritu por el accidente.

En seguida se le ocurrió una idea desagradable.

—Oghérof me ha tenido en sus brazos!—se dijo, y al pensar en ello una oleada de rubor le subió al semblante.

Esto era cosa hecha, irreparable; sin el auxilio del príncipe probablemente hubiera perecido de la manera más horrible... pero á pesar de esta certidumbre, no podía acostumbrarse á la idea de que este hombre la hubiera tenido sobre su pecho y mucho menos al pensar que el príncipe, al verla, recordaría siempre lo sucedido.

Desechó este pensamiento importuno, pero en seguida la invadió otro. Miguel estaba de viaje con su hija y se dirigía á Italia, donde le esperaba la mujer amada.

Unos celos crueles, una rabia sorda, se apoderaron de su alma; era incapaz, por su carácter, de hacer daño á nadie, pero si hubiera tenido al alcance de su mano á esa mujer que Miguel quería y con la cual iba á unirse nuevamente, la hubiera matado sin hacerla sufrir.

Empezó á vestirse lentamente, con esa flojedad que sigue á las grandes crisis. Cuando bajó al comedor para almorzar encontró al padre, que, inquieto, la esperaba al pie de la escalera.

—Me disponía á subir, le dijo, viéndole que tardabas tanto. Tenía miedo á que estuvieses enferma. Pero ¡qué pálida estás!

—Un poco de cansancio. No será nada!

Después del almuerzo, Milaguine se llevó á su hija al despacho — la hizo sentar en el sofá, no sin antes haber echado sobre sus espaldas, con tierna solicitud, un chal que él mismo fué á buscar. Marta, sonriendo melancólicamente, le dejaba hacer, sintiéndose feliz al verse objeto de los mimos de su padre.

Cuando el señor Milaguine terminó, dejóse caer sobre una butaca, respiró con fuerza, miró á Marta, se examinó por dos ó tres veces los dedos de las manos, como si buscara en ellos las fuentes de su inspiración y, por fin, dijo:

—¿No te ha dicho nada el príncipe Oghérof?

—No, papá, respondió Marta levantando sus ojos con manifiesta extrañeza.

—Anoche, á las once, me pidió tu mano.

De un brusco movimiento se quitó Marta el chal que cubría sus brazos y espalda y se enderezó en el asiento, con los ojos bajos, en una postura reveladora de profunda reflexión.

—¿Ha pedido á usted mi mano? preguntó después de un rato de silencio.

—Sí.

—¿Anoche?

—A las once.

Marta volvió á reflexionar y su padre la miraba sin desplegar los labios; tenía su hija el privilegio de dejarle mudo y perplejo.

—¿Y qué le ha contestado usted?

—Pues que eso era cosa tuya.

Marta se levantó de su asiento, abrazó á su padre, le besó cariñosamente la mano, que éste pasó al rededor de su cuello, y se volvió á sentar.

—¿Y bien? dijo el señor Milaguine sorprendido por el modo con que su hija acogía esta petición.

—¿Os parece bien ese partido? le preguntó Marta con dulzura.

El señor Milaguine, confundido cada vez más por el giro extraño que la cuestión tomaba, no pudo contenerse y le dijo á su hija:

—¿Y á tí?

—De eso ya trataremos más tarde. Por el momento lo único que deseo es conocer vuestra opinión.

—Oghérof no ha pasado nunca, dado su género de vida, por un hombre á propósito para casado. Sin embargo, es un buen chico, algo loco, pero muy agradable; es muy rico, no tiene parientes próximos y su posición es brillante. Yo no tengo nada que decir contra él... Además, es jovial y tiene buen carácter.

Marta escuchaba á su padre atentamente, no sin experimentar una secreta amargura.

—¿Por qué querrá casarse conmigo? preguntó á su padre, tras un intervalo de vacilación.

—¿Porque estará enamorado de tí! ¿Qué pregunta más extraña! dijo el señor Milaguine completamente aturdido.

Marta volvió á su primitivo silencio.

—Bueno, sepamos de una vez que tienes que decir á esto, añadió el señor Milaguine haciendo un gesto de impaciencia.

—No puedo decir nada todavía. Hablaré con él... Y dígame usted, ¿no os desagradaría este casamiento?

—¿Por qué?; la princesa Oghérof será bien recibida en todas partes y el príncipe será un yerno encantador.

—Lo pensaré, dijo Marta levantándose. Abrazó á su padre, salió lentamente del despacho y dejó al señor Milaguine sumido en una cómica incertidumbre.

## X

El príncipe Oghérof no tardó en presentarse con la irreprochable elegancia de un pretendiente locamente enamorado, pero conocedor del mundo, dispuesto á tomar por asalto la ciudadela. Marta, prevenida de antemano, le encontró en el salón, con la actitud arrogante de un héroe decidido á vencer ó á morir.

A Paulina, que había seguido á Marta, la retuvo el señor Milaguine, llevándola á su despacho en donde el menú de una comida fué sometido á las más meticulosas investigaciones y á las discusiones más interminables. El señor Milaguine no quería que Paulina conociera este proyecto de casamiento hasta el momento en que fuera una realidad, con objeto de evitar habladurías.

Marta se sentó é invitó al príncipe á hacer lo mismo. Oghérof podía ser absurdo en sus cosas, pero no hacía nunca un papel ridículo. Su natural distinción y su educación excelente lo ponía al abrigo de toda inconveniencia. Así fué que con la mayor sencillez, con mucha mesura y con exquisito buen gusto explicó á Marta sus sentimientos pidiéndole su mano.

Marta se sintió co aplanada en su fuero interno al ver la manera tan natural como se trataban

Marta se levantó de su asiento, abrazó á su padre, le besó cariñosamente la mano, que éste pasó al rededor de su cuello, y se volvió á sentar.

—¿Y bien? dijo el señor Milaguine sorprendido por el modo con que su hija acogía esta petición.

—¿Os parece bien ese partido? le preguntó Marta con dulzura.

El señor Milaguine, confundido cada vez más por el giro extraño que la cuestión tomaba, no pudo contenerse y le dijo á su hija:

—¿Y á tí?

—De eso ya trataremos más tarde. Por el momento lo único que deseo es conocer vuestra opinión.

—Oghérof no ha pasado nunca, dado su género de vida, por un hombre á propósito para casado. Sin embargo, es un buen chico, algo loco, pero muy agradable; es muy rico, no tiene parientes próximos y su posición es brillante. Yo no tengo nada que decir contra él... Además, es jovial y tiene buen carácter.

Marta escuchaba á su padre atentamente, no sin experimentar una secreta amargura.

—¿Por qué querrá casarse conmigo? preguntó á su padre, tras un intervalo de vacilación.

—¿Porque estará enamorado de tí! ¿Qué pregunta más extraña! dijo el señor Milaguine completamente aturdido.

Marta volvió á su primitivo silencio.

—Bueno, sepamos de una vez que tienes que decir á esto, añadió el señor Milaguine haciendo un gesto de impaciencia.

—No puedo decir nada todavía. Hablaré con él... Y dígame usted, ¿no os desagradaría este casamiento?

—¿Por qué?; la princesa Oghérof será bien recibida en todas partes y el príncipe será un yerno encantador.

—Lo pensaré, dijo Marta levantándose. Abrazó á su padre, salió lentamente del despacho y dejó al señor Milaguine sumido en una cómica incertidumbre.

## X

El príncipe Oghérof no tardó en presentarse con la irreprochable elegancia de un pretendiente locamente enamorado, pero conocedor del mundo, dispuesto á tomar por asalto la ciudadela. Marta, prevenida de antemano, le encontró en el salón, con la actitud arrogante de un héroe decidido á vencer ó á morir.

A Paulina, que había seguido á Marta, la retuvo el señor Milaguine, llevándola á su despacho en donde el menú de una comida fué sometido á las más meticulosas investigaciones y á las discusiones más interminables. El señor Milaguine no quería que Paulina conociera este proyecto de casamiento hasta el momento en que fuera una realidad, con objeto de evitar habladurías.

Marta se sentó é invitó al príncipe á hacer lo mismo. Oghérof podía ser absurdo en sus cosas, pero no hacía nunca un papel ridículo. Su natural distinción y su educación excelente lo ponía al abrigo de toda inconveniencia. Así fué que con la mayor sencillez, con mucha mesura y con exquisito buen gusto explicó á Marta sus sentimientos pidiéndole su mano.

Marta se sintió co aplanada en su fuero interno al ver la manera tan natural como se trataban

estas cosas y hubiera sentido vivamente oír al príncipe expresar en forma ampulosa sus intenciones de las que no podía participar.

Su cordialidad, su simpatía por este hombre tan amable, que la había salvado la noche anterior, despertáronse en su espíritu y, sonriendo, le dijo:

—Qué idea más singular ha tenido usted, príncipe, pidiendo en matrimonio á una joven tan seria y taciturna como yo!

—¡Ah! Marta, es que os adoro como un imbecil, contestó Oghérof con su vivacidad acostumbrada. Me mandaría usted andar en cuatro patas durante siete años y me sometería á sus deseos.

—Siete años! dijo Marta lanzando un suspiro, ¡sería demasiado! Debo preveniros, príncipe, que no tengo ninguna animosidad contra usted, antes al contrario; pero á fuer de franca y como nobleza obliga, entiendo un deber manifestar á usted que yo no os amo.

—Una mujer virtuosa, quiere siempre á su marido, dijo Oghérof con aire convencido, y todo el mundo sabe que Marta Pavlovna es un modelo de virtudes; de modo que si tengo la dicha de que mi petición sea bien acogida... ¡Ah! Marta ¿no tendrá usted compasión de un pobre oficial de la guardia que se muere de amor?

—Pero, príncipe, ¡qué poca seriedad! dijo Marta que apenas podía contener la risa pensando en el aspecto cómico é imprevisto de la situación.

—¿Que no es serio? ¿Qué quiere usted que haga para demostrar lo profundo de mis sentimientos? Estoy dispuesto á todo. Ordene.

—Espere usted mi respuesta durante quince días, dijo la joven levantándose.

—¡Quince días! exclamó Oghérof consternado: —¡dos semanas! Por Dios, Marta, si dentro de

ocho días me ha de decir usted que no, sería preferible que me lo dijera usted en seguida.

—En cuyo caso ¿qué es lo que haría usted? le dijo de repente Marta mirándole con fijeza.

El rayo de pasión que brilló en los ojos del príncipe fué tan sincero como el acento de su respuesta.

—¡Me iría al Cáucaso á que me mataran!

—Pues bien, espere usted quince días, repitió Marta bajando la vista y palideciendo por la audacia de su secreta decisión.

Oghérof cogió las manos de Marta y las cubrió de besos; —el primer movimiento instintivo de la joven fué el de retirarlas con indignación.

—¡No tengo derecho! se dijo, y abatida y bajando la cabeza, resignóse á este nuevo sacrificio.

—¡Y qué tal, príncipe! dijo el señor Milaguine, atraído por el ruido de las espuelas de Oghérof que se dirigía al jardín siguiendo á Marta.

—Su hija de usted me ha dicho que espere quince días. Esto es muy cruel, verdad, señor Milaguine?

—Al contrario, lo encuentro muy razonable, dijo éste pensando en que tal vez dentro de dos semanas habría de decidirse la separación de su hija.

Oghérof no participaba de esta opinión, pero sin embargo consintió en ello bajo la condición de que había de venir todos los días, dos veces, para asegurarse de los progresos de su cariño en el espíritu de Marta.

Como uno se hace á todo, al cabo de cuatro ó cinco días se acostumbró Marta á ver que Alejandro Oghérof entraba en su casa como si fuera la suya, le besaba la mano, se sentaba á su lado y entretenia al señor Milaguine con la narración inacabable de aventuras imposibles y de

chascarrillos inéditos sazonados con esa gracia peculiar de Oghérof cuya originalidad distraía á la misma Marta.

Poco á poco se fué convenciendo Marta de que el cariño del príncipe era verdadero. ¡Y qué cambio se operó en las costumbres del joven! Dejó en absoluto de asistir á los conciertos; no fué á cenar más al restaurant de moda; su carruaje no rodaba más que sobre la carretera de Kammenoi-Ostrow, y sus hermosos lebreles blancos, tendidos al sol en la galería del señor Milaguine, habían olvidado el entarugado de la Perspectiva, familiarizando con Marta, de quien recibían de vez en cuando pedazos de azúcar y golosinas.

Sin embargo, todavía no estaba decidida Marta á otorgar su mano. Por muy cruel que fuera para ella el recuerdo de Miguel, veíase obligada á evocarlo; no quería en modo alguno que su casamiento fuera la consecuencia de un arrebato del momento, de una sorpresa y al señalar al príncipe un plazo de quince días lo hizo con objeto de dar tiempo á Miguel á que regresara de su viaje y diera explicaciones. Nueve días habían pasado desde la marcha de Miguel; pero Marta quiso esperar el término, decidida á proclamar sus relaciones al día siguiente, si no se presentaba á dar sus excusas y hablar claro.

Paulina se frotaba las manos al ver que sus planes iban dando el apetecido resultado, pero la contrarió mucho el plazo que impuso Marta en contestar al príncipe; haciendo cálculos pensó que sería muy tonta si dentro de cuarenta y ocho horas no impedía el regreso de Miguel en la fecha por él designada, ya que tenía la seguridad de que Marta no se volvería atrás una vez dada al príncipe la palabra de casamiento.

La mañana del oncenno día de la marcha de

Averief, Paulina bajó la primera, como de costumbre, al recibidor, y se dirigió hacia la bandeja en donde dejaba el cartero la correspondencia y los periódicos.

Desde hacía mucho tiempo esta inspección era su primera ocupación de la mañana. Le gustaba, decía, buscar sus cartas en el montón; pero la verdad es que se ocupaba menos de su correspondencia que de la de los demás, y la rigurosa inspección de los sellos de procedencia, la había impuesto en muchas ocasiones de la clase de relaciones y negocios del señor Milaguine.

En la mañana de referencia, empezó Paulina á revolver los papeles con más impaciencia que de costumbre, puesto que esperaba una carta de su protegida á quien había recriminado más de una vez su pereza en escribir. Entre circulares, prospectos y periódicos, vió una carta procedente del extranjero, dirigida al señor Milaguine, con el timbre de la oficina de correos de Menton y cuyo sobre aparecía escrito por Miguel.

Se la metió en el pecho; siguió buscando la carta que esperaba de la niñera, la encontró y haciéndola desaparecer por el mismo sitio que la primera, subió á su habitación sin poder conter apenas los fuertes latidos de su corazón. ¿Qué dirían aquellas cartas? Rompió el sobre de la que venía á ella dirigida y leyó:

«Señorita Paulina:

«Hemos llegado á Menton. Don Miguel nos ha conducido á casa de su hermano, de mucha más edad que él y que se encuentra muy enfermo. Don Miguel quería regresar en seguida, pero está tan delicado su hermano que se ve obligado á quedarse aquí un mes. Ha escrito á San Petersburgo pidiendo una prórroga á su licencia. Vivimos muy bien; la niña es muy agradable, pero por lo que á mí respecta, me parece que no le he

caído muy en gracia al digno señor Averief...

—¿Qué me importan tus cosas —dijo Paulina concluyendo de leer el resto de la carta. Lo esencial es que don Miguel no regresa todavía. Pero ¿qué es lo que escribirá al señor Milaguine?

Haciendo un gesto de niño consentido, pues Paulina tenía la costumbre de hacer visajes de los cuales ella misma se reía delante del espejo, que era su único confidente, rasgó el sobre de la carta dirigida al señor Milaguine y la leyó de arriba abajo.

Miguel le explicaba su viaje, rogaba al señor Milaguine le excusase su brusca salida, hacía alusión al bouquet que envió á Marta el día de su cumpleaños y terminaba la carta diciendo que á su vuelta, que sería dentro de un mes, le pediría un favor del cual dependía su felicidad futura.

—He hecho divinamente metiéndome esta carta en el pecho —se dijo Paulina, doblándola con sumo cuidado. De aquí á un mes, habrá bastantes cosas cambiadas.

## XI

Quando aquel mismo día llegó Oghérof á casa del señor Milaguine, le preguntó Paulina si esperaba pronto el regreso de su compañero Averief.

—No, respondió el príncipe, precisamente se recibió ayer en el regimiento una instancia pidiendo una prórroga de un mes.

—¿Y se le ha concedido? dijo Paulina lanzando á Marta una mirada furtiva.

—¡Ya lo creo! su hermano está muy enfermo, según parece. ¡Es bien triste, á su edad!

La conversación recayó, con este motivo, acerca de las miserias humanas y de las enfermedades, en tanto que en los labios de Marta se dibujaba una sonrisa de amargura y escepticismo.

Paulina no le quitaba la vista de encima recordando con fruición aquella carta sepultada en uno de los rincones de un cofrecito en unión de las flores de azahar del famoso bouquet. Estaba encantada por el resultado de sus maniobras. ¡Qué estúpida le parecía toda esa gente que, sin saberlo, secundaba sus planes! Qué necio ese príncipe que pidiendo la mano de Marta daba el golpe de efecto á sus audaces estratagemas!

Y ese señor Milaguine que había pretendido ocultar el asunto, distrayéndola con fútiles pretextos para que no se enterara de la petición de Oghérof, ¡qué infeliz le parecía!

Y Miguel, ese imbécil que se había metido en la boca del lobo, pidiéndole una niñera, á ella, á quien había humillado! —¡Miguel, que aceptó candidamente su ofrecimiento de reconciliarlo con Marta, después de su marcha!...

¡Con Marta! ¡con esa ingrata orgullosa que la había tratado como una criada, que la había anodado con sus desdenes y á la cual, sin embargo, casaba ahora!

—¡Que bien hago las cosas! se decía en el arrobamiento de su propia glorificación. La hago princesa, con un capital de tres millones. ¡Ingrata! Es capaz de no quererlo reconocer.

Excitada por estos razonamientos se vió acometida de pequeños estremecimientos nerviosos.

—¿Qué le pasa á usted hoy, Paulina? le dijo de repente Nastia. ¡Está usted echando el té fuera de las tazas y no hay azúcar en los platillos!

Paulina se echó á reir por su distracción y se puso á hablar con Nastia.

Aquella noche no pudo Marta conciliar el sueño. Hasta ultima hora, hasta el último momento, no le había abandonado la esperanza de que Miguel volvería y se disculparía. No llegó á comprender toda la fuerza de esta esperanza sino cuando la vió desvanecerse. Le quiero todavía, se decía en una mezcla de dolor y cólera; le quiero con toda mi alma á pesar de ser indigno de mi cariño!

Su orgullo, su amor propio, su dignidad ofendida se sublevaron ante ese recuerdo; hubiera querido que ese cariño, que sobrevivía á la injuria, hubiera tomado forma real, para hacerlo pedazos y contemplarlo deshecho á sus pies. La lucha fué tremenda; quería huir, dejar la casa paterna, entrar en un convento, hacerse hermana de la caridad, institutriz bajo un nombre supuesto, cualquier cosa, con tal de no volver á ver más á ese hombre odioso que la había abandonado únicamente después de haberse burlado de ella.

—¿Y mi padre? se dijo de repente. Se morirá de pena. ¡Pobre padre!

La idea de su padre á quien tenía que engañar con las apariencias de una felicidad imaginaria determinó el plan de Marta.

—¡Hoy decido mi suerte! dijo, y herida en el alma, pero orgullosa y resuelta, se quedó dormida cuando los primeros rayos del sol entraban por la abierta ventana, inundando su alcoba de esplendente luz.

Aquel día la encontró Oghérof más taciturna que de costumbre. Aprovechando un momento, se atrevió á decirle:

—¡Marta, abrevie usted mi martirio! Piense en que nuestro casamiento no podrá hacerse en se-

guida; que nos serán menester por lo menos ocho días, y ya hace doce que estoy esperando!... ¿Por tres días que faltan, qué más le da?

Marta no pudo menos que echarse á reir al sentir estas exclamaciones expresadas en un tono lastimero y propio para enternecer el corazón más duro. Su padre y el mismo príncipe, siguiendo el ejemplo, se pusieron á reir también.

—Si hay casas felices, ésta es una, dijo una voz en la carretera. ¡Todo el día riendo! cada vez que paso siento reir y nosotros, pobres diablos, sufriendo la vida amarga!...

El señor Milaguine, su hija y el príncipe se asomaron á la ventana para ver al improvisado orador. En efecto, era un pobre diablo; sus harapientos vestidos no eran los característicos de un obrero; parecía más bien el que los llevaba un seminarista pobre sin curato ó un empleado cesante y sin sueldo pasivo. Con la cabeza levantada hacia las ventanas del entresuelo, estiraba el cuello huesoso y peludo como esos pájaros desplumados que dentro del nido abren el pico pidiendo pitanza.

Los pliegues de su capa gris por la acción del tiempo y provisto de un cuello de castor pelado por el uso, cubrían un cuerpo de esqueleto; una especie de levitón abrochado denotaba la falta de ropa interior y sus zapatos rotos y polvorientos ponían de manifiesto la ausencia absoluta de calcetines.

—¡Pobre diablo! dijo el señor Milaguine. ¡Lo menos hace ocho días que no ha comido!

—¡Qué imbécil soy! murmuró Oghérof metiéndose las manos en todos los bolsillos. Nunca llevo dinero encima, Tome, buen hombre, pero no lo venda sin haberlo hecho pesar antes.

Y diciendo estas palabras, le alargó su magnífico reloj de oro pendiente de una larga cadena del mismo metal.

El pobre viejo recogió el regio regalo y se deshizo en cumplimientos y reverencias, y así que vió que sus bienhechores abandonaban la ventana, tomó el camino de la ciudad al trote corto de sus piernas demacradas por la miseria.

—Príncipe, dijo Marta de repente, con el consentimiento y la bendición de mi padre, os concedo mi mano.

El acto de Oghérof, realizado tan espontáneamente, puso de manifiesto una bondad de alma superficial, sin duda, pero real, y Marta sintió caer en la balanza lo que hasta entonces faltaba para inclinar el fiel.

Oghérof, dichoso y emocionado, apoyó sus labios por espacio de un buen rato en la mano que su prometida le hubo extendido.

—Una sola condición impongo, dijo Marta, y es que el mismo día de nuestra boda, saldremos de San Petersburgo. Un casamiento á la inglesa.

—¡Qué duda cabe! dijo el príncipe transportado por la emoción. Ahora mismo voy á encargár un carruaje expreso. ¡Ya verán ustedes!

Y rápido como una idea, cogió su gorra de uniforme y salió para la capital sin tener en cuenta que el señor Milaguine procuraba convencerlo de que era ese un asunto que podría dejar para el día siguiente.

Una vez franqueado el paso decisivo había que llegar hasta el fin con igual resolución; faltaban

pocos días para su casamiento, el príncipe estaba muy impaciente y Marta quería salir de viaje antes del regreso de Miguel.

Se pasaron tres semanas con una rapidez extraordinaria; las visitas escasearon en casa del señor Milaguine porque casi todo el mundo estaba de veraneo y los preparativos de la boda y la confección de trajes y ropa, absorbieron á Marta todo el tiempo.

De vez en cuando acudía á su imaginación el recuerdo de lo pasado, pero sobreponiéndose á todo, procuraba desterrarlo de su memoria.

Un día fué á hacer la visita de despedida de soltera á la señora Averief, que vivía en Isarkoeselo durante el verano.

Esta se enteró del proyecto de casamiento con la bondad característica de todos sus actos; pero al terminar el refresco con que obsequió á Marta la condujo á su alcoba, para hablar con ella un poco, decía.

Obscurecida la habitación por los cortinajes verdes, parecía que los árboles del jardín querían introducir sus hojas por las ventanas; los tonos sombríos de la alcoba, el lecho cubierto con una colcha de damasco verde, los tapices y los muebles antiguos ennegrecidos por el uso, daban á esta habitación un misterioso aspecto. En el fondo, una lámpara siempre encendida, alumbraba una especie de capilla llena de imágenes de oro y plata y guarnecidas de piedras preciosas.

Marta se sentó en una butaca mientras que la señora Averief abría unos armarios. Experimentábase en esta habitación, en donde no entraban nunca los rayos del sol, una sensación de frío; un vago perfume de esencias disipadas, de incienzo rancio, de rosas marchitas, se exhalaba de todos aquellos objetos venerables, símbolos

patentes de recuerdos adormecidos. El retrato, en tamaño natural del primer general Averief, el muerto en Varna, aparecía a la cabecera del lecho. Desde hacía treinta y dos años, los ojos de la viuda se posaban diariamente en aquel retrato; Marta lo miró un momento y sin saber por qué, se apoderó de ella una emoción dulce y triste a la vez.

La señora Averief, que había encontrado lo que buscaba miró a Marta con ojos penetrantes; ésta enrojeció.

—He aquí, hija mía, dijo, lo que guardé para ti el día en que cumpliste los diez y seis años— y puso un magnífico medallón en la falda de Marta;—tengo otro análogo, pero con zafiros, que destino a la futura esposa de Miguel.

Marta dirigió una mirada a la señora Averief, pero su semblante aparecía impenetrable. Contempló un momento la riquísima pedrería del medallón y le agradeció amablemente su valioso regalo.

—Además, añadió la señora Averief, toma un guardapelo que regalé a tu madre mucho antes de su casamiento. Cuando la pobre murió, tu padre me lo devolvió como recuerdo. Te pertenece y te lo doy. Todavía está su retrato.

Marta, emocionada, levantó la cubierta de diamantes y contempló el retrato de su madre, en la flor de sus diez y ocho años y en la majestuosa belleza que había heredado. El modo de dar las gracias, demostró a la señora Averief que acababa de abrir aquel corazón que el nombre de Miguel hirió imprudentemente momentos antes.

—¡Quiera Dios que tu felicidad sea más dura que la de tu madre y que la mía... añadió la vieja señora, siguiendo la mirada de Marta que se había ido a posar en el retrato del general Averief.

—Si, hija mía, sí, yo quedé viuda muy pronto; pero cuando bien se quiere, la muerte no separa del todo, y yo he querido mucho a mi marido!...

Marta bajó los ojos.

—¿Querrás tú al tuyo?

—Indudablemente.. contestó Marta en voz baja sin atreverse a mirar a la señora Averief.

—Es que yo había soñado otra cosa, las viejas somos muy aficionadas a hacer proyectos; ya lo sabes, hija mía; yo me había imaginado que me pertenecerías un día...

Marta se levantó con los ojos encarnados y dirigió una mirada investigadora a la habitación; la señora Averief comprendió que en el alma de Marta había algún misterio y se prometió hablar con Miguel.

—Ilusiones de la vejez, añadió sonriendo y abrazando a Marta. Recibe, hija mía, la bendición de una vieja que querrá tanto a la princesa Oghérof como ha querido a Marta Milaguine.

Fué tan cordial esta entrevista y tan simpático el acento con que se expresó la señora Averief, que Marta, emocionada, correspondió con todo su corazón, a aquellas caricias.

Aquella misma noche, al llegar a su casa, enseñó los regalos a su hermana Nastia.

—¿No has visto a Sergio? le preguntó ésta, que no dejaba nunca escapar una ocasión para hablar de su amigo.

—No, está en el campo, respondió Marta distraída.

—¿Y de Miguel, no tienen noticias?

—No...

Este «no» fué tan seco como la detonación de un fusil.

—¿A qué no sabes una cosa? le preguntó Nastia a su hermana abriendo los brazos para acariciarla. Yo quiero mucho al príncipe Oghérof, no

sólo por lo que vale, sino también por los regalos que me ha hecho; pero, para cuñado, hubiera preferido á Miguel.

—¿Por qué? dijo Marta sorprendida.

—Porque es un Averief, murmuró Nastia en voz baja, comiéndose á su hermana á besos.

Marta no comprendió la respuesta y se contentó con encogerse de hombros.

Todavía tuvo que sufrir un tercer asalto, pero este último mucho más rudo que los anteriores, en razón á la franqueza de proceder del asaltante.

Este fué su prima Sofia Liakhine, á quien el matrimonio le había probado admirablemente. De aquel estúpido impertinente con quien se había casado, había hecho en dos ó tres meses un hombre de mundo espiritual, bien portado, correcto en sus maneras y delicado en su proceder. Sofia había dicho: Liakhine es fatuo por timidez, y una vez su timidez hubo desaparecido, se convirtió para todo el mundo en lo que había sido s empre para con ella, á quien había inspirado la mayor confianza por la franqueza de su modo de ser.

—Envieme usted los osos de sus bosques y verá usted como los enseño á bailar sin pegarles, había dicho un día Sofia á Oghérof que, amistosamente criticaba á la joven pareja.

Cuando se enteró Sofia del próximo enlace de su prima, fué á verla, la examinó detenidamente y no le habló de nada. La visita de despedida de soltera pasó también sin ningún incidente, pero un día que Marta, sin acompañamiento de nadie fué á visitarla, Sofia le preguntó descaradamente:

—¿Por qué te casas con Oghérof?

—¡Probablemente porque me gusta!—respondió Marta picada en lo vivo.

—No te enfades, porque ya sabes que no quiero reñir contigo. ¿Pero quieres decirme por qué se ha ido al extranjero Miguel Averief?

—¡No!—respondió Marta con una sonrisa desdenosa.

—¿Riñó contigo antes de marchar?

—Todavía menos.

—¿Te pidió tu mano y rehusaste?

—Ni pizca; ¿pero sabes que este interrogatorio es más propio de un juez que no de una prima?—dijo Marta con manifiesto desdén.

Sofia reflexionó un momento, cogió por un brazo á su prima, que ya se marchaba, y obligándola á detenerse le dijo:

—Te casas dentro de ocho días, ¿no es eso?

—Sí.

—Pues bien, procura no arrepentirte luego, porque sería demasiado tarde.

—Yo no me arrepiento nunca de lo que hago—contestó Marta con altivez, cambiando la conversación para olvidar el recuerdo del anterior diálogo.

Y en efecto, Marta decía la verdad; ella no se arrepentía nunca de las cosas que hacía, y buenas ó malas, mejores ó peores, las aceptaba como se acepta la lluvia ó la nieve. Pero esta resignación, ¿cuántos dolores secretos supone!

Llegó el día de la boda. Marta quiso que la ceremonia se verificase á medio día y contra la

costumbre, en Kammennoi-Ostrow, en la iglesia situada sobre la carretera de San Petersburgo.

Celebróse el casamiento sin el menor incidente y á la una de la tarde los nuevos esposos regresaban á casa del señor Milaguine, en donde comieron, según la moda inglesa. Terminado el almuerzo, Marta se cambió el suntuoso traje blanco por un vestido de viaje de seda gris. El carruaje, forrado de satén blanco y arrastrado por seis magníficos caballos guarnecidos de flores de azahar, se paró enfrente de la puerta principal. Empezó la despedida propia de estos casos y la joven princesa se arrojó en brazos de su padre y de Nastia, que estaban convertidos en un mar de lágrimas.

—Os esperamos dentro de ocho días—les dijo para consolarlos.

Mientras que Marta pasaba por sus ojos hinchados un pañuelo retorcido, húmedo por el llanto y pegajoso por los confites, la correcta Paulina que había hecho gala de su sentimentalismo, derramando esas lágrimas ceremoniosas que se enjugaran con un microscópico pañuelo de puntilla, murmuró en alemán al oído del príncipe Oghérof todo un capítulo de felicitaciones.

Este, que tenía otras cosas en la cabeza, aturrido por el ruido monótono de esa oración, se metió maquinalmente la mano en el bolsillo para darle una propina, pero se percibió de su equivocación y balbuceó algunas palabras ininteligibles acompañadas de una sonrisa de commiseración.

—Vamos, vamos—le dijo al señor Milaguine;—perdóneme usted si me llevo á su hija tan bruscamente, pero si retardamos la salida no podremos llegar de día.

Tendió la mano á Marta, ésta se apoyó en ella y se sentó en el carruaje. En el momento en que

se arrebujaba en los almohadones del coche, vió pasar una visión ante sus ojos. Contempló á Miguel, enfermo, agonizando, muerto, en la cama de una fonda, con los ojos cerrados, la faz rígida...

—Ya estoy casada—dijo—todo ha concluído.—Y su corazón, duro como una piedra, se cerró á todo sentimiento tras el corsé de seda.

Algunas palabras de ternura á los que dejaba, un último beso á Nastia que se había encaramado en el carruaje como un gato, y luego el príncipe que se sentó á su lado, fueron las últimas escenas de aquella escena memorable. Cerróse la portezuela, arrancó el coche y Marta se asomó á la ventanilla para ver á los suyos una vez más.

—Adiós, casa paterna! pensó Marta dando un suspiro inmediatamente contenido.

—Ahora ya eres mía—le dijo el príncipe en voz baja.—¡Te adoro!

Marta no contestó. Una tristeza inexplicable invadió su ser á modo de marea creciente que iba á sumergirla. El príncipe habló durante mucho tiempo.

Poníase el sol y la sombra de los grandes árboles se extendía por la carretera. El nuevo matrimonio se dirigía á una casa de campo que poseía Oghérof á orillas del lago Ladoga. En cinco horas tenían que recorrer el trayecto. Los rayos oblicuos del sol entraban por una de las ventanillas, estrellándose sus plateados reflejos en los pliegues de satén del carruaje.

Marta reflexionaba; no sabía lo que era el matrimonio; de saberlo, hubiera preferido morir antes que dar á otro hombre que no fuera Miguel el derecho de tutoría. Sin embargo, no se arrepentía; la cosa estaba hecha.

La carretera estaba desierta y los caballos iban al trote largo; de pronto el príncipe cogió á su

mujer entre sus brazos y acercándose á sus labios, le dijo?

—Me amas ¿verdad?

—Amaré á mi marido—respondió Marta, pálida de angustia pero resuelta á mantener siempre su juramento de casada.

A esta misma hora, Miguel que había llegado á Ginebra en el tren de mediodía, maldecía los ferrocarriles suizos que apenas andan de día y mucho menos de noche. Condenado á perder doce horas en espera de tren, subió, para no aburrirse, al Grand-Sacconex, desde donde divisaba el Mont Blanc, iluminado por los rayos de un sol poniente.

Aquella cantidad tan extraordinaria de nieve le fascinaba; quería descender y sin embargo subía siempre atraído por aquella blancura inmaculada á la que los últimos rayos de sol daban un tinte sonrosado indeciblemente tierno y puro. No podía apartar sus ojos de aquel espectáculo; en su imaginación le pareció franquear el Sálève y los valles, y hubiera querido abrazar con un solo abrazo, aquellas cimas tan nevadas, tan esponjosas, tan dulces, tan inaccesibles...

—¡Como Marta!—se dijo—inaccesible como la nieve de los Alpes... aunque sus mejillas, como estas cúspides, se colorean á veces...

No terminó el pensamiento; empezó á soñar con el recuerdo de la mujer amada y ensimismado en su cariño, contempló vagamente la silueta del Mont Blanc, dibujarse como un fantasma en el fondo obscuro de un cielo azul tachonado de estrellas.

## XIV

A las ocho de la mañana del día siguiente, recorría la princesa Oghérof el jardín de su nueva residencia.

Sin poner atención á sus bellezas, caminaba de prisa á lo largo de una espesa avenida de tilos que bordeaba el lago Ladoga, y como si fuera impulsada por un resorte, una vez llegaba al final volvía sobre sus pasos reanudando el paseo.

Por dos veces se enredaron los encajes de su vestido en las ramas de un espino, pero ella continuaba la marcha dejando los trozos del tejido que flotarán á impulsos del viento matinal, hasta que un pájaro furtivo se los llevaba en el pico para abrigar el nido.

El lago inmenso brillaba ante su vista; Marta fijaba sus ojos en las tranquilas aguas, pero en seguida salía de aquella especie de embobamiento y lanzaba su mirada errante por la arena de las orillas próximas, que le parecía sembrada de manchas negras.

Así estuvo cerca de una hora hasta que cansada se apoyó en el tronco de un añoso tilo, dejó caer los brazos y bajó la cabeza con expresión de profunda melancolía.

—¡Ultrajada! Esta era la palabra que, á pesar suyo acudía á sus labios mudos, á su revuelto espíritu. Desde hacía una hora, estaba esforzándose en sacudirla de su mente, en borrarla de su pensamiento, en olvidar hasta la existencia de la causa, pero siempre acudía ante sus ojos, con despia-

mujer entre sus brazos y acercándose á sus labios, le dijo?

—Me amas ¿verdad?

—Amaré á mi marido—respondió Marta, pálida de angustia pero resuelta á mantener siempre su juramento de casada.

A esta misma hora, Miguel que había llegado á Ginebra en el tren de mediodía, maldecía los ferrocarriles suizos que apenas andan de día y mucho menos de noche. Condenado á perder doce horas en espera de tren, subió, para no aburrirse, al Grand-Sacconex, desde donde divisaba el Mont Blanc, iluminado por los rayos de un sol poniente.

Aquella cantidad tan extraordinaria de nieve le fascinaba; quería descender y sin embargo subía siempre atraído por aquella blancura inmaculada á la que los últimos rayos de sol daban un tinte sonrosado indeciblemente tierno y puro. No podía apartar sus ojos de aquel espectáculo; en su imaginación le pareció franquear el Sálève y los valles, y hubiera querido abrazar con un solo abrazo, aquellas cimas tan nevadas, tan esponjosas, tan dulces, tan inaccesibles...

—¡Como Marta!—se dijo—inaccesible como la nieve de los Alpes... aunque sus mejillas, como estas cúspides, se coloreen á veces...

No terminó el pensamiento; empezó á soñar con el recuerdo de la mujer amada y ensimismado en su cariño, contempló vagamente la silueta del Mont Blanc, dibujarse como un fantasma en el fondo obscuro de un cielo azul tachonado de estrellas.

## XIV

A las ocho de la mañana del día siguiente, recorría la princesa Oghérof el jardín de su nueva residencia.

Sin poner atención á sus bellezas, caminaba de prisa á lo largo de una espesa avenida de tilos que bordeaba el lago Ladoga, y como si fuera impulsada por un resorte, una vez llegaba al final volvía sobre sus pasos reanudando el paseo.

Por dos veces se enredaron los encajes de su vestido en las ramas de un espino, pero ella continuaba la marcha dejando los trozos del tejido que flotarán á impulsos del viento matinal, hasta que un pájaro furtivo se los llevaba en el pico para abrigar el nido.

El lago inmenso brillaba ante su vista; Marta fijaba sus ojos en las tranquilas aguas, pero en seguida salía de aquella especie de embobamiento y lanzaba su mirada errante por la arena de las orillas próximas, que le parecía sembrada de manchas negras.

Así estuvo cerca de una hora hasta que cansada se apoyó en el tronco de un añoso tilo, dejó caer los brazos y bajó la cabeza con expresión de profunda melancolía.

—¡Ultrajada! Esta era la palabra que, á pesar suyo acudía á sus labios mudos, á su revuelto espíritu. Desde hacía una hora, estaba esforzándose en sacudirla de su mente, en borrarla de su pensamiento, en olvidar hasta la existencia de la causa, pero siempre acudía ante sus ojos, con despia-

dada obstinación, y la veía por todas partes sobre la arena de los paseos, sobre la hierba de los parterres. La palabra «ultraje» aparecía escrita en todos los sitios de su nueva residencia, que era la de su marido y por consiguiente la suya.

A partir de la noche pasada, se había descubierto para ella el velo que cubría un mundo nuevo. El príncipe, siempre y en todas partes, caballero irreprochable, le habría contado sin duda toda su pasada existencia. Le habría dirigido palabras de ternura que probablemente no habrían nacido espontáneamente del corazón de un marido enamorado.

—¡Ultrajada! se repetía Marta, luchando en vano contra la realidad. ¡Ultrajada! Y yo que me consideraba tan digna, dónde está hoy mi orgullo!

Su orgullo era de esos que no mueren. Apareció en la sonrisa que dirigió á su marido cuando éste fué á buscarla al comedor. Lo mismo que el resto del mundo, el príncipe no sabía nunca que esta mujer consideraba las ternuras de su marido como un insulto; que ella había soñado poseer un hombre cuyo corazón no hubiera palpitado más que por ella y cuyos labios no hubieran murmurado otro nombre que el suyo.

Hubiera querido *todo*, antes que volver á ver Miguel después de su abandono, y ese *todo* lo tenía en efecto: una vida de orgullo herido, de sufrimiento secreto, de profundo padecimiento, pero al menos, cuando Miguel regresara, la encontraría casada. Contrariamente á lo que esperaba, ésta idea hundió más el puñal en su alma.

Se sirvió el almuerzo; el príncipe comía con apetito y su conversación era la de esa gente perfectamente educada que está llamada á vivir siempre quieta. El servicio de plata, las porcela-

nas de Sajonia, la tapicería antigua, todo respiraba al rededor de los recién casados el lujo de una gran casa.

—Todo esto es para mí y nada me complace, hubiera preferido ser institutriz en la casa de alguna familia provinciana, porque al menos todavía sería libre—dijo Marta para sí.

En aquel momento el príncipe le dió un beso en la mano en la cual le alargaba un vaso.

Marta se sonrió. Era necesario acostumbrarse á esta vida.

Los ocho primeros días se hicieron interminables. Alejandro Ogherof era una bellísima persona, pero tan ligero y fútil como un globo inflado. Sin los caballos, los perros, los carruajes, el yatch para pasear por el lago, las flores, y en fin, sin todo ese lujo que ponía en manos de Marta á cada momento una distracción nueva, la vida de la princesa hubiera sido insoportablemente, su marido era tan activo para todas estas cosas, que el cansancio impidió á Marta recaer en sus antiguas melancolías, hasta el día en que llegó su familia.

La primera figura que apercibió en la ventanilla del carruaje, al desembocar éste por la avenida central, fué la de Paulina Opfer.

Devorada por el deseo de contemplar su obra, desde hacía mucho rato se había asomado á la portezuela. Quiso ser la primera en abrazar á su adorada princesa, pero á pesar de todas sus precauciones, Nastia pasó por encima de ella y estrechó entre sus brazos á su hermana, llorando y riendo á la vez y armando tal algarabía que el príncipe tuvo que preguntar á su suegro tres veces consecutivas si traían algún equipaje.

El señor Milaguine había envejecido un poco durante esta semana; sin darse cuenta precisa

de ello le parecía que todo esto había ido demasiado deprisa.

Marta estaba hermosísima, sonreía con aire de felicidad, no había adelgazado y aparecía fresca como una rosa. El señor Milaguine no cesaba en sus exclamaciones de alegría. Cualquiera hubiera dicho que iba á encontrar en casa de su yerno, la osamenta de su hija envuelta en un paño rojo, después de roída por el lobo.

Paulina no estaba contenta. Había coincidido con el señor Milaguine en lo relativo al lobo, y he aquí que se encontraba en presencia de un edil en donde reinaba la paz, en donde el canto de los pájaros reemplazaba la flauta clásica y en donde ni la más ligera nubecilla empañaba el sereno azul del horizonte.

—Esto va demasiado bien—se dijo Paulina con la perspicacia que la Providencia, á falta de otros dones, la había dotado—debe haber algo.

Marta, por otra parte, tuvo mucho cuidado en hacer las cosas de modo que no pudiera Paulina adivinar nada.

Su marido quedó sorprendido de la vivacidad de Marta en todas las conversaciones y de la amabilidad con que lo trataba durante el día y se devanaba los sesos pensando á que podría obedecer la apatía que observaba en ella durante las noches.

—Se cansa mucho—decía el príncipe para consolarse—todo eso pasará cuando estemos más tranquilos.

El pobre príncipe no estaba, sin embargo, llamado todavía á gozar de esta tranquilidad tan especial, puesto que Marta se fué con su familia al hotel de su padre.

Desde hacía tres semanas vivía sólo el príncipe en San Petersburgo, afanándose en preparar á Marta una casa digna de ella. A cada momen-

to iba al campo, pero «la vida de casado no era esa» según dijo un día á su coronel que le encontró en la Gran Morskaia.

—¡Ya volverá—contestó sonriendo el coronel que era un hombre de mundo.

—¡Ciertamente!

Aquella tarde salió el príncipe de su casa á las cinco. Ya era tarde para ir á ver á su mujer; su llegada á media noche hubiera sorprendido desagradablemente á la familia. Comió en un restaurant y se fué á dar un paseo por las orillas del río. El tiempo era magnífico y la noche calorosa. Un compañero de regimiento pasó por su lado al trote largo de su caballo.

—¡Ehl Demianof, gritó el príncipe. ¿Dónde vas?

—Casa de Isler, contestó el oficial, tocando en la espalda al cochero.

—¡Ah dijo el príncipe descortado. Tienes un bonito caballo.

—Un trotador Orloff, querido.

—¿Y á dónde dices que vas?

—A casa de Isler, te repito. Tiene una artista nueva. ¿Quieres venir?

—No... dijo el príncipe resueltamente después de haberlo pensado un momento. No tienes asiento en el carruaje.

—¡Que no hay asiento! Pero si este coche es exclusivamente para dos personas. Se sostienen mutuamente. Sube y verás qué modo de trotar mi caballo. Antes de un cuarto de hora estaremos allí.

—¿En un cuarto de hora?

—¡Cuando yo te digo Vamos, ¿vienes?

Oghérof subió al carruaje de su amigo sentándose casi sobre las rodillas de Demianof.

—Casa de Isler, le dijo éste al cochero. ¡Y de prisa!

Pocos momentos después desaparecía el drojki por el extremo del puente Troitsky.

¡Pareció cosa del diablo! Oghérof aquella noche se encontró en el concierto con una rubia preciosa a la cual, seis meses antes, había cortejado y que bruscamente desapareció de la ciudad sin saberse á dónde había ido.

Reanudó su conocimiento con ella, se cenó alegremente y cuando terminó el concierto, en vez de salir el príncipe en el incómodo carruaje de su compañero de armas, optó por el comfortable landó de la rubia artista.

Miguel regresó á San Petersburgo cuatro días después del casamiento de Marta; al entrar en su casa se encontró con una carta de su tía Averief escrita desde el mismo día de la boda, en la que le decía que fuera en seguida, pues tenía necesidad de hablar con él.

Se cambió de traje, tomó el tren y á las siete de la tarde llegaba á Tsarskoo-Selo.

Cuando la señora Averief oyó el ruido producido por las espuelas del oficial en el recibidor, hizo lo que no acostumbraba más que con su soberano; se levantó y fué á recibir á su sobrino. Sorprendido Miguel por este cambio en las costumbres de la casa miró á su tía con ansiedad, encontrándola más pálida que de costumbre y fatigada en apariencia.

—Te estoy esperando desde hace unos cuantos

días, le dijo después de los saludos. ¿Cuándo has llegado?

—Hace un rato, en el tren de las cinco.

—Luego ¿no has comido?

—Como me llamaba con tanta urgencia.

—Muy bien, contestó la señora Averief, agradecida á esta deferencia; comeremos juntos y tal vez tenga más gana.

La señora Averief no probó bocado; miraba cariñosamente á su sobrino saciar su apetito de viajero y con cariñosa solicitud iba sirviendo los platos á Miguel. Este, que estaba muy bien educado, no se atrevía á preguntar á su tía el motivo á que obedecía la urgencia en ir á su casa, y esperaba que ella eligiese el momento oportuno para explicarse.

Después de servido el café, la señora Averief se levantó, y acompañada de Miguel, se dirigió á su alcoba; instalóse en su butaca é indicó á su sobrino que hiciera lo propio en una silla. Sin despegar los labios pero con la angustia marcada en el semblante, esperaba Miguel las revelaciones de su tía.

—¿Has visto á alguien desde tu llegada?

—No, tía, á nadie.

—¿Ni á tus criados?

—A la vieja, pero cinco minutos solamente.

—¿No te ha dicho nada?

—Absolutamente nada de particular.

Miguel empezó á tener miedo. El semblante de su tía, siempre sonriente, tenía una expresión de seriedad que le desconcertaba. Sin embargo, se abstuvo de hacer ninguna pregunta.

—Vamos á ver, Miguel, siguió diciendo la señora Averief con acento bondadoso, ¿por qué saliste tan repentinamente de San Petersburgo sin decirme nada?

—Mi hermano estaba enfermo y me telegrafió para que saliera en seguida.

—¿Hiciste el viaje solo?

—¿Quién os lo ha dicho, tía? dijo Miguel un poco embarazado.

—Conversaciones de criados que han llegado á mis oídos, á pesar mio.

Miguel guardó silencio.

—¿Has llevado un niño, verdad?

—Puesto que lo sabéis, no os lo niego.

—Se ha dicho que era hijo tuyo, dijo tristemente la señora Averief.

—¿Y usted lo ha creído? contestó Miguel exaltado.

—No, Miguel, yo no lo he creído. Ese niño no es tuyo, porque sé que te tienes mucho respeto á ti mismo.

Y haciendo un movimiento lleno de dignidad, alargó su mano á Miguel que la besó respetuosamente.

—¿Por qué no me has revelado el secreto? Yo hubiera puesto tu nombre á cubierto de todas las murmuraciones.

—No podía hacerlo, querida tía. Se me ha exigido el más profundo silencio.

—Entonces has hecho bien, hijo mio, contestó únicamente la señora Averief.

Obscurecía; el jardín se iba envolviendo en sombras y la alcoba no estaba alumbrada más que por la lamparilla colocada en frente de las imágenes sagradas; el busto de la señora Averief, coronado de cabellos blancos, se destacaba vagamente en el fondo de los oscuros cortinajes.

Miguel creyó que se aproximaba una desgracia; la especial ternura de su tía y el misterio de ese interrogatorio que en apariencia nada significaba, le inquietó de tal modo que empezó á angustiarse.

—Querida tía, dijo en voz baja, si algún peli-

gro me amenaza, digamelo en seguida; prefiero saberlo.

—¿Sea cuál fuera? le preguntó la señora Averief.

—Sí, tendré valor para todo.

Reinó un momento de silencio y después, colocando su mano sobre la de Miguel y adelantándose hacia él como si fuera á abrazarlo, le preguntó la señora Averief:

—¿Has querido alguna vez?

—Sí, tía mía, con toda mi alma y por toda mi vida, respondió Miguel con la cabeza levantada, dichoso de confesar, por vez primera, este amor que hasta entonces era un secreto.

—Y la mujer que adoras es...

—¡Marta Milaguinel!

—¿Eras correspondido?

—No lo sé, contestó Miguel humildemente, mientras que desde el fondo de su corazón una voz secreta le decía: ¡Mientes, ya sabes que te quiere!

—¿Has tenido algún disgusto con ella?

—No... ¿por qué?...

—Marta está casada.

—¡Casada! exclamó Miguel fuera de sí, y de un impetuoso movimiento se puso en pie dispuesto á matar al impio que le había robado su ídolo.

—Dios te ve, Miguel, le dijo la señora Averief, ¡no pegues, hijo mio!

El joven oficial se puso de rodillas ante su tía y ésta, poniendo sus manos sobre la cabeza de Miguel, exclamó:

—Yo te quiero tanto como á mi nieto y no he querido que un extraño te diera esta noticia; he creído que una tía, casi una madre, sería más compasiva en abrirte una herida, para curarla en seguida. Si me he equivocado, perdóname...

Miguel, sin pronunciar una palabra, escondió la cara entre las manos de su tía que lo acariciaba como á un niño que se quiere hacer dormir.

—¡Casada! repitió Miguel después de un largo silencio.

Y deponiendo su actitud, preguntó á su tía:

—Explíqueme todo lo que ha pasado.

La señora Averief empezó á narrar los sucesos desde el mismo día del cumpleaños de Marta, tal y como habían pasado, sin reflexiones ni comentarios.

Aquellas cosas que la buena señora atribuía á una causa oculta, se las reservó para ella, pues falta de pruebas, no se consideraba con derecho á exponerlas. Pasó por alto la conversación que tuvo con Marta en aquella misma habitación. ¿Para qué hablar de ello, si Marta estaba casada? Era preferible intentar la separación completa de estos dos seres que no se habían comprendido, valia más que se apoderara de ellos el desdén y hasta el desprecio, antes que, á impulsos de un amor sin esperanza, llegara un día de deshonra para dos familias.

La señora Averief se abstuvo de hacer cargos contra Marta y dejó libre el campo á las suposiciones de su sobrino; ella no podía siquiera ofender á la «pobre princesa» como la llamaba; lamentó que Marta hubiera creído todo lo que de Miguel se dijo desde su ausencia; la pobre chica se equivocó al creer todas esas historias, pero desde el momento en que admitió como un hecho inconcuso la realidad de esas suposiciones, su conducta fué la de una mujer honrada y delicada. «Todo por el honor», decía la señora Averief y Marta había obrado atendida á esta divisa.

Cuando terminó, hizo Miguel el ademán de marcharse.

—Os doy las gracias, querida tía, desde el fon-

do de mi alma, dijo. No olvidaré nunca su bondad y sus atenciones. Quiera Dios que se presente la ocasión de probaros la certeza de mis palabras.

—¿A dónde vas? le preguntó la señora Averief alarmada por la calma profunda de su sobrino.

—A mi casa, á acostarme. He pasado estas tres últimas noches en el tren y estoy muy cansado.

—Y ¿qué vas á hacer?

—Volver al regimiento y procurar ser útil en la medida de mis fuerzas. Mi padre ha llegado ya ¿verdad?

—Sí.

—Mañana por la mañana iré á verlo. ¡Pobre padre! Si hubiera podido acudir dos meses antes no hubiera pasado nada de esto... En fin, el mal es irreparable. Buenas noches, querida tía, procure descansar.

—Supongo que no irás...

—¿A qué? ¿A matar á Oghérof? ¡Pobre diablo! No es culpa suya. ¡Estaría escrito...

Salió á la calle y el aire de la noche calmó su excitación. Cuando llegó á su casa se acostó, pero antes de que el sueño viniera a cerrar sus párpados, mordió varias veces la almohada para ahogar los sollozos.

Tres ó cuatro días después de la velada en casa de Isler, volvía el príncipe Oghérof del campo,

no sin haber llevado á su mujer, como expresi3n de su secreto arrepentimiento, un brazalete maravilloso y un perrito faldero—dos objetos 3nicos en su g3nero—como decían los que los habían vendido. Al desembocar en la plaza de Isaac se encontró cara á cara con Miguel Averief.

Ogh3rof, satisfecho de volver á ver á su compa3ero, de quien, á decir verdad, no se haba acordado desde hacía cuatro meses, le abrazó efusivamente, le preguntó acerca de su viaje, y le habló de sus caballos, de sus perros, de su nueva casa. De repente y como entre par3ntesis, le dijo:

—Ya sabes que me he casado?

—Lo sé, respondi3 tranquilamente Miguel. Con Marta Milaguine.

—Sí, querido. ¡Qué bella persona! Creo que tú eras uno de sus adoradores ¿verdad?

—En efecto, contestó Miguel con aire grave.

—Pues bien, puedes continuar haciéndole la corte ¿Quieres venir á cenar conmigo en casa Dussaux?

—No, gracias, tengo mucho que hacer.

—¿Cuándo regresas con tu familia?

—Estaremos aquí á primeros de Octubre. Los Milaguine están con nosotros. ¿Lo sabías?

—No, no lo sabía. Hasta la vista.

—Vendrás á ver á mi mujer, ¿eh? A primeros de Octubre.

—No faltaré—dijo Averief.

Este encuentro y la molestia que le ocasionó el tapicero que no le acertaba el gusto para la confección de los muebles, disiparon á Ogh3rof los remordimientos que trajo del campo y que engendr3 el ver á su mujer tan amable, lejos de pensar en las distracciones mundanales de su marido. Y tan rápidamente desaparecieron estos remordimientos, que al día siguiente volvi3 á casa

de Isler, completamente só'o, y poco á poco fué adquiriendo la costumbre de visitar al medio día, á aquella rubia tan bonita que, según decía ella, se aburría soberanamente los días que no le veía.

Marta regresó, en efecto, el primero de Octubre, pero Miguel no fué á su casa. La princesa no se extrañó de ello, aunque suponía que un día ú otro se encontrarían en la calle, en una visita, en cualquier parte. Marta no se acordaba de Miguel más que cuando oía hablar de él y aun en este caso prestaba tan poca atención, que su nombre caía en el olvido en el momento que dejaba de sonar en su oído.

Tenía que llegar, sin embargo, ese día, más temido por Miguel que por la princesa. Una tarde, en el momento en que entraba Marta en casa de su padre para presidir uno de los frecuentes banquetes, le dijo el señor Milaguine, que no podía prescindir de la presencia de su hija querida.

—A propósito, he visto á Miguel Averief y vendrá esta noche.

—¿Aquí esta noche?

—Sí, y eso te extraña?

—No, pero después de la brusca salida para el extranjero, sin dar una excusa, ni una explicación...

—Parece ser que te envi3 un bouquet. ¿Estás segura de no haberlo recibido?

—Perfectamente segura.

—Entonces será que el muchacho que lo llevaba se equivocaría ó lo vendería para beberse el dinero. También sé que ha escrito desde el extranjero, pero su carta no ha llegado á mi poder.

—Hay gente que no tiene suerte—contestó secamente la princesa, acercándose á un espejo para arreglarse un bucle de sus cabellos.

Miguel fué el último en llegar. Se haba pro-

metido no poner los pies en casa del señor Milaguine, pero había concluido por decidirse, convenido de que un día ú otro había de llegar el momento inevitable.

Los invitados se disponían á pasar al comedor y Miguel vió á la princesa en medio de un grupo de hombres. Vestida con un traje de terciopelo color violeta, con perlas en las orejas y un collar de brillantes en el cuello, estaba espléndida de hermosura. Al ruido de las espuelas, se volvió un poco, miró á Miguel un momento y le dijo con acento desdenoso:

—Buenos noches, señor.

Esto fué todo. Miguel contestó buenamente con un ceremonioso cumplido y pasaron todos al comedor.

El sitio que ocupó Miguel estaba en frente del de Marta y podía observar todos sus movimientos, todas las variaciones de su fisonomía. Y él las examinó en efecto. A pesar de la realidad, no podía creer que Marta fuera la princesa Oghérof. Había en ello un enigma que convenía descifrar.

La princesa era muy feliz en apariencia. Tan taciturna otras veces, hablaba mucho, reía con frecuencia, cogía al vuelo una frase escapada de la conversación general, daba las respuestas con aplomo y seguridad, y volvía otra vez á su charla con los que estaban á su lado, sin turbarse, sin perder un momento el hilo de la conversación interrumpida.

Al terminar la comida, se fué á servir agua y rompió el vaso.

—Eso es suerte—dijo riendo el señor Milaguine. Marta miró á Averief con el rabillo del ojo. La mirada de Miguel, fija en ella desde hacía un momento, aparecía con una expresión de gravedad, casi de reproche. Marta no pudo contener

su indignación; haciendo un movimiento rápido echó su silla hacia atrás y se levantó de la mesa, con gran sentimiento de algunos buenos gastrónomos que contaban todavía con dos ó tres minutos para volver á saborear un nuevo vaso de vino de Hungría.

En el salón, el encuentro era inevitable, so pena de llamar la atención; Miguel, pues, se aproximó á Marta con objeto de decirle una frase cualquiera, un cumplido, pero ella se adelantó á sus propósitos.

—¿Ha sido agradable su viaje?—le preguntó.

—Sí, princesa, muchas gracias; mi hermano está mejoradísimo—dijo Miguel con su calma habitual.

—Me alegro tanto. ¿Hace mucho tiempo que regresó usted?

—Cuatro días después de su casamiento. He tenido tiempo suficiente para aburrirme, pero no pude regresar antes.

—¿Y por qué aburrirse? La estancia en el extranjero es muy agradable y usted ha hecho muy bien en disfrutar de su licencia hasta el último día, ya que nada le obligaba á estar aquí.

Miguel miró á Marta con tal aplomo, y puso en su mirada tal expresión de reproche que la princesa sintió un estremecimiento.

—¡Hipócrita!—se dijo Marta, y le volvió la espalda para dirigirse á un anciano general que venía abriéndose camino por entre los muebles.

¡Qué angustias pasó Paulina Hopfer mientras duró esta conversación! retenida por el señor Milaguine que le hablaba de un licor de las Islas y de un curacao centenario guardado en un frasco que debía servirse sin agitarlo, deseaba escapar del lado del importuno señor.

Por fin vió que Marta y Miguel se separaron, y por la seriedad acentuada del oficial y por la

indignación que revelaban los ojos de la princesa, comprendió Paulina que, por esta vez, estaba conjurado el peligro.

—Sin embargo, esto es peligroso—se dijo;—no faltaría más sino que pudiesen hablar.—Y, corriendo, se fué á buscar el añejo curacao.

A media noche, y antes de marcharse á su casa, fué Marta á besar á su hermana dormida, y, contra su costumbre, se detuvo un momento para hablar con Paulina de cosas de la casa.

—Don Miguel ha vuelto—le dijo Paulina con voz dulce y los ojos bajos.

—¿Y qué?—contestó Marta.

—Que no creo que se vuelva á marchar en seguida.

—¿Por qué?

—Porque ya no tiene necesidad de hacer viajes tan largos para ver lo que quiere.

Marta no respondió.

—La niña se ha quedado allí. La niñera ha escrito á su familia diciéndole que pasará el invierno en Italia...

—Y la madre ha vuelto, ¿eh?—dijo Marta echándose á reír—no me parece mal!

Un movimiento de Nastia la hizo volver. La pequeña entreabrió los ojos, reconoció á su hermana, y tendiéndole los brazos se quedó nuevamente dormida, murmurando una frase incomprensible.

La princesa se avergonzó de este diálogo, de estos chismes de portería en la habitación de su hermana. Abrazó á Nastia y con sus besos de hermana, casi de madre, consiguió rebajar la tensión á las fibras de sus sentimientos.

Miguel y Marta se volvieron a ver con frecuencia; Averief fué dos ó tres veces á casa de la princesa, pero á la hora en que sus salones estaban llenos de gente.

Oghérof le había invitado á comer muchas veces, pero siempre encontró Miguel un medio de rehuir, y Marta pensaba que esta obstinación obedecía al deseo de no perder un tiempo precioso que Miguel sabía donde emplear á su gusto.

Por otra parte, Oghérof continuó haciendo su vida ordinaria, embebido en lo que él llamaba sus trabajos, y estos trabajos, que con frecuencia lo tenían separado de Marta, consistían principalmente en procurarse palcos en los teatros-conciertos y hacer el amor á las artistas.

Marta se acostumbró á pasar con su hermana la mayor parte del tiempo, bien en su casa, ó en la de su padre, y algunas veces olvidó el señor Milaguine, al despertar de sus habituales siestas que su hija mayor estaba casada.

## XVII

Algunos días después de la promulgación del decreto Imperial en virtud del cual se concedió la emancipación de los siervos (19 de Febrero de 1861) se encontró Miguel, en una reunión, á Sofia Liakhine, que le acogió con marcadas pruebas de cariño. Se sentía atraída hacia ese joven grave y simpático, tan reservado él como aturdida ella, pero á quien adivinaba franco y leal. Hablase, como es consiguiente, de la emancipación, tema obligado de todas las conversaciones.

—¿Y qué opina usted, Sofia?—le preguntó Miguel.

—¡Yo estoy encantada! mi marido se ha pro-

indignación que revelaban los ojos de la princesa, comprendió Paulina que, por esta vez, estaba conjurado el peligro.

—Sin embargo, esto es peligroso—se dijo;—no faltaría más sino que pudiesen hablar.—Y, corriendo, se fué á buscar el añejo curacao.

A media noche, y antes de marcharse á su casa, fué Marta á besar á su hermana dormida, y, contra su costumbre, se detuvo un momento para hablar con Paulina de cosas de la casa.

—Don Miguel ha vuelto—le dijo Paulina con voz dulce y los ojos bajos.

—¿Y qué?—contestó Marta.

—Que no creo que se vuelva á marchar en seguida.

—¿Por qué?

—Porque ya no tiene necesidad de hacer viajes tan largos para ver lo que quiere.

Marta no respondió.

—La niña se ha quedado allí. La niñera ha escrito á su familia diciéndole que pasará el invierno en Italia...

—Y la madre ha vuelto, ¿eh?—dijo Marta echándose á reír—no me parece mal!

Un movimiento de Nastia la hizo volver. La pequeña entreabrió los ojos, reconoció á su hermana, y tendiéndole los brazos se quedó nuevamente dormida, murmurando una frase incomprensible.

La princesa se avergonzó de este diálogo, de estos chismes de portería en la habitación de su hermana. Abrazó á Nastia y con sus besos de hermana, casi de madre, consiguió rebajar la tensión á las fibras de sus sentimientos.

Miguel y Marta se volvieron a ver con frecuencia; Averief fué dos ó tres veces á casa de la princesa, pero á la hora en que sus salones estaban llenos de gente.

Oghérof le había invitado á comer muchas veces, pero siempre encontró Miguel un medio de rehuir, y Marta pensaba que esta obstinación obedecía al deseo de no perder un tiempo precioso que Miguel sabía donde emplear á su gusto.

Por otra parte, Oghérof continuó haciendo su vida ordinaria, embebido en lo que él llamaba sus trabajos, y estos trabajos, que con frecuencia lo tenían separado de Marta, consistían principalmente en procurarse palcos en los teatros-conciertos y hacer el amor á las artistas.

Marta se acostumbró á pasar con su hermana la mayor parte del tiempo, bien en su casa, ó en la de su padre, y algunas veces olvidó el señor Milaguine, al despertar de sus habituales siestas que su hija mayor estaba casada.

## XVII

Algunos días después de la promulgación del decreto Imperial en virtud del cual se concedió la emancipación de los siervos (19 de Febrero de 1861) se encontró Miguel, en una reunión, á Sofia Liakhine, que le acogió con marcadas pruebas de cariño. Se sentía atraída hacia ese joven grave y simpático, tan reservado él como aturdida ella, pero á quien adivinaba franco y leal. Hablóse, como es consiguiente, de la emancipación, tema obligado de todas las conversaciones.

—¿Y qué opina usted, Sofia?—le preguntó Miguel.

—¡Yo estoy encantada! mi marido se ha pro-

puesto para ser árbitro de paz y mañana le compraré las insignias. Pasaremos un año en el campo, lo que me servirá mucho para la salud; mi tío Milaguine está rabioso, pero esto también será bueno para la suya.

—¿Pero está rabioso de verdad?

—Moderadamente; ya sabe usted que es muy bueno; eso le ayudará á hacer bien las digestiones. Ahora se queda dormido después de comer, murmurando contra los aldeanos, la emancipación y el rescate. Le faltaba algo en que entretenerse desde el casamiento de Marta, y ya ha encontrado ocupación; eso es muy natural.

Hablando Sofia al parecer con este aturdimiento, no dejaba de observar á Miguel y lo que dedujo de sus impresiones le dió el aplomo necesario para continuar.

—¿No tiene usted ningún enemigo?—le preguntó de repente.

—Que yo sepa, ninguno—respondió Miguel menos sorprendido por la pregunta que lo hubiera estado el año anterior.

—Pues mire usted lo que son las cosas; usted no sabe nada y yo creo que tiene usted un enemigo oculto, misterioso,—implacable, añadió Sofia riendo para disminuir el sentido de sus palabras..... ¿Ha matado usted á alguien alguna vez?

—Ni en sueños,—respondió Miguel alegremente.

—¿Ha quitado usted alguna vez la novia á algún rival menos afortunado?

—Tampoco.

—Ha desdeñado usted el cariño de una mujer locamente enamorada de usted?—volvió á decir Sofia en voz menos alta y más seriamente; esta clase de enemigos no perdonan.

Miguel miró á Sofia con un aire tan interrogan-

te que ésta se vió obligada á hablar más claro.

—Mire usted, Miguel, circunstancias especiales me han hecho pensar que tiene usted un enemigo que le odia. Y este enemigo, ha debido emplear armas tan pérfidas, que no puede ser más que una mujer. A usted le toca buscarla, si tiene usted algún motivo para crear en la realidad de lo que le he dicho. Si me he equivocado, si ningún acto de su vida le puede demostrar la posibilidad de esta enemistad secreta, es que yo estaba alucinada; mi tío Milaguine dice que lo estoy siempre. De cualquier modo, le pido perdón por meterme en asuntos que no me atañen y le dejo porque me voy con mi marido á quien estoy viendo con su jefe y al que deseo saludar.

Miguel se quedó emocionado y perplejo. Muchas veces, después de los acontecimientos que habían sucedido á su regreso, se había preguntado cómo había podido Marta cambiar tan rápidamente de opinión y por qué ni su carta ni su bouquet llegaron á su destino, y la pregunta de Sofia Liakhine de si no tenía ningún enemigo, le había venido más de una vez á la imaginación.

Miguel era excesivamente cándido para sospechar en enemistades y esas preguntas quedaron sin respuesta. Sin embargo, la idea de Sofia, de que el enemigo pudiera ser una mujer, abrió á su pensamiento nuevos horizontes; pero por más que esforzaba su memoria, no dedujo conclusión alguna ni sacó nada en claro. El único resultado de sus reflexiones fué el de que si alguien podía informarlo acerca de este asunto, era Paulina Haffer y resolvió interrogarla en la primera ocasión.

¿Cómo se explica que un hombre tan inteligente como Miguel no se hubiera fijado nunca en la

admiración de Paulina, ni en el odio que reemplazó al primitivo afecto? Es que Miguel no conocía la fatuidad y hubiera creído ofender la dignidad de una mujer suponiéndola enamorada de él. Además, Paulina, no era una mujer para él, era una institutriz, una señorita de compañía, un ama de llaves, un ser neutro en fin, con el cual se podía tener una conversación, pero que no pertenecía ni poco ni mucho á ese mundo en el que Miguel vivía, en el que se ama, y en el que se sufre.

Afortunadamente Paulina no conocía ni se daba cuenta de toda la extensión de su rebajamiento social.

Desde el casamiento de la princesa, un nuevo orden de ideas reemplazó al antiguo en el espíritu de la señorita Hopfer. Se había convencido de que no se casaría con Miguel, pues lo poco frecuente de sus visitas y su indiferencia, le habían demostrado hasta la saciedad que su proyecto había pasado á la categoría de los irrealizables. Desde entonces, empezó á sacudir la pasión que había sentido por ese hombre que escamoteó á Marta con sus habilidosas falsedades. Miguel era un buen partido y no convenía dejarlo escapar para que otra lo aceptara, sobre todo si esta otra era la hija del señor Milaguine, pero en el momento en que dejó de ser un posible marido de Marta, perdió Miguel á los ojos de Paulina aquella aureola de que estaba revestido.

Por otra parte, á Paulina, que era una mujer práctica, le quedaban por tocar otros resortes; podía preveer que dentro de pocos años se casaría Nastia y que entonces el señor Milaguine se quedaría solo, viejo y afligido. Esta sería la ocasión para presentar su ultimatum. Pondría de manifiesto la inconveniencia de quedar en una posición indeterminada, en la casa de un hom-

bre sólo; su reputación su honra, le obligarían á dejar la casa de su bienhechor, con el corazón destrozado por el sentimiento, después de tantos años... y el nombre de señora Milaguine, sería lo único que arreglaría la situación.

Sin embargo, esta solución era muy lejana y aunque el matrimonio sería muy bonito para Paulina, el marido no lo era ni pizea. Pensando en esto, llegó á arrepentirse más de una vez de haber casado á Marta con el príncipe, ya que ella se atribuía el honor de este enlace, y colérica contra ella misma y olvidando su loca pasión por Miguel lamentaba no haber podido casar con Oghérof en vez de haber hecho que se uniera con Marta.

¡Princesa Oghérof! Este nombre que sonaba en sus oídos cien veces al día, la ponía colérica y desde el fondo confuso de sus ideas destacábanse dos sentimientos: un odio profundo á Miguel, causa de todo esto, y una aversión acentuada á Marta que no había querido nunca tratarla como á una amiga, y que, por su diferente rango social, había trazado entre ellas una línea de demarcación infranqueable.

Se prometió, un día ú otro, hacer pagar á estos dos insolentes la falta que ella había cometido dejando escapar al príncipe y el día en que Miguel (que desde hacía tiempo venía buscando la ocasión de hablar con ella) la encontró sola en el portal, vió Paulina acercarse el momento tan deseado de las represalias.

Esta vez se equivocó; Miguel no abrigó otra intención que la de hacerle unas cuantas preguntas cuyas contestaciones las tenía Paulina dispuestas desde hacia seis meses.

—Ante todo os pido perdón Paulina, le dijo el joven, voy á haceros unas preguntas insignifican-

tes, pero que para mí revisten alguna importancia.

—Hable usted, don Miguel, estoy á sus órdenes, respondió Paulina con acento de extremada dulzura.

—El día siguiente de mi salida para el extranjero era, si no me equivoco, el aniversario de la señorita Marta... de la princesa Oghérof, quiero decir.

—Me parece recordar que sí, dijo Paulina enderezando las orejas como un caballo al sonido del clarín.

—Envíe un bouquet. ¿Sabe usted si lo recibirán?

—No se lo sabría decir como no venía para mí dijo Paulina sonriendo graciosamente.

—Es que... el señor Milaguine tampoco sabe nada. Es cosa que no tiene importancia, pero....

—Debería usted preguntar al jardinero si lo remitió ó nó.

—El jardinero me ha asegurado que sí y me ha enseñado los apuntes de aquel día en sus libros; pero el criado á quien envió con el ramillete ya no está á su servicio ni sabe dónde para.

Paulina respiró.

—¡Ah! pues entonces es que el muchacho lo vendería por el camino, dijo en tono persuasivo; estas cosas ocurren todos los días; estamos tan mal servidos, por desgracia!

Miguel se quedó un momento silencioso y luego añadió:

—Escribí al señor Milaguine desde Menton y tampoco ha recibido mi carta.

—¿Estaba usted en Menton?

—Sí. ¿Esta carta cree usted que se ha extrañado fuera de la casa ó puede usted sospechar de algún criado?

—Acabo de decirle á usted que estamos muy

mal servidos, pero por lo que á la correspondencia afecta hasta hoy no me había enterado de cosa semejante. Yo recibo todas las cartas que me escriben... aunque es verdad que recibo muy pocas, añadió Paulina con una sonrisa melancólica que ponía patente su soledad en este valle de lágrimas. Y á propósito de Menton, don Miguel, ¿qué ha hecho usted con la niñera que le proporcioné?

—¿No os ha escrito? contestó bruscamente Miguel apercibiéndose algo tarde de que el secreto de su hermano era un gran peligro por este lado.

Paulina no había previsto la pregunta, pero esta mujer había nacido para poder ser un gran hombre de Estado. Presintiendo que Miguel podría preguntarse y hasta sospechar acerca de quién habría podido ser el indiscreto que había puesto en circulación los rumores sobre su supuesta paternidad, resolvió hacer deshechar esas ideas con un golpe de efecto, evitando para siempre suposiciones indiscretas.

—Sí, me ha escrito; es una mujer excelente, de buen corazón y sencilla. No tendrá usted por qué arrepentirse de haber depositado en ella su confianza.

Miguel permanecía callado

—Es muy prudente y poco comunicativa, añadió Paulina; en una palabra, una preciosa adquisición para los que sepan apreciarla.

—¡Tanto mejor! dijo bruscamente Miguel, pero eso no me interesa. Otra pregunta, Paulina, y dispense...

—Diga, diga, contestó Paulina sonriendo.

—¿Ha habido alguien que le haya hablado á usted mal de mí, ó al señor Milaguine?

—Nadie, don Miguel, nadie. De un joven tan bien educado, tan digno... ¿Quién se hubiera permitido cosa semejante?.. Le aseguro bajo mi pa-

labra de honor que nadie ha hablado mal de usted ni al señor Milaguine ni a mí ¡Ya comprenderá usted que tampoco lo hubiéramos tolerado!

—Os doy las gracias, Paulina, por vuestra atención, dijo Miguel; estas preguntas os habrán parecido extrañas y hasta indiscretas.

—No señor, no... yo le he comprendido.

Miguel levantó los ojos y la miró fijamente al oír estas palabras.

—Crea usted que he sentido mucho lo que ha pasado, y se lo dije a la señorita Marta... a la princesa, quiero decir. Esta franqueza la indispuso conmigo. Las jóvenes, usted lo sabe, están siempre sujetas a tener caprichos...

—Muchas gracias, Paulina—interrumpió Miguel que había palidecido—sois muy buena y os pido perdón por haberos molestado. Hasta la vista.

Y se marchó.

—Busca, busca! dijo Paulina entre dientes.— ¡Eres un estúpido! Y con la alegría del triunfo pintada en el semblante, ganó las escaleras y entró en la casa.

## XVIII

El invierno fué muy triste para todo el mundo. No se celebraban bailes a causa del luto de la corte y únicamente algún que otro teatro y los conciertos ofrecían esa distracción que llega a aburrir cuando se toma en fuertes dosis. Marta parpateada en su orgullo veía declinar su salud, Mi-

guel trataba de olvidar, y el príncipe se volvía melancólico.

Un día que encontró a Miguel en la Perspectiva se lamentaba amargamente de la poca suerte que le acompañaba en sus negocios. Prestó dinero a un amigo para una empresa y éste le dejó en garantía seis magníficos caballos que le dieron muchos disgustos y le proporcionaron un gasto enorme.

—Nada de lo que me sucede, me extraña, le decía el príncipe. Soy hombre de poca suerte.

La noche anterior, a la misma hora en que acostumbraba a hacer su visita cotidiana a una tiple morena y muy graciosa, se encontró con un diplomático desconocido que en lugar de marcharse, fué retenido por la diva, viéndose obligado Oghérof a cederle su sitio. Este incidente provocó un disgusto y la ruptura de aquellas relaciones.

Verdaderamente el príncipe no era hombre de suerte.

—Vente a comer con nosotros, dijo a Miguel sin querer revelar su principal disgusto.

—No, gracias, respondió Averief; estoy invitado en casa de mi tía.

—Parece que lo haces expresamente, el comer en casa de tu tía los días que yo te invito.

—No, no lo hago expreso, dijo Miguel riendo; lo que pasa es que no tienes nunca la suerte de invitarme los días que tengo libres.

Aquel invierno fué desagradable para Oghérof. Llegó por fin la primavera y Marta tan aficionada a las flores, no dió pruebas de sus deseos ni prestaba atención a aquel hermoso despertar de la naturaleza.

Al verla tan pálida y tan displicente, creyeron muchos que estaba tísica. Llegaron a oídos del señor Milaguine algunas caritativas observaciones

y éste, que consultó á tres médicos, agotándoles la paciencia, concluyó por decir á Marta que no le dejaría marchar de su lado hasta que estuviera completamente restablecida.

Un viaje al extranjero fué aconsejado, aceptado y organizado en pocos días.

Oghérof dejó marchar á su mujer con una grandeza de alma que ocultó completamente el dolor del sacrificio. Después de todo no tenía necesidad de la prudencia de Marta durante el verano, puesto que él tendría que estar en el campo, ocupado en las maniobras de su regimiento... y en las no menos importantes de una troupe contratada en el teatro de Krasnoeselo.

La única persona que hizo resistencia, fué Nastia. Este viaje, con el cual había soñado desde niña, le producía ahora un efecto desagradable; desapareció su buen humor y gruñía á propósito contra la maleta, contra los vestidos, contra los ferrocarriles y los hoteles, como si ella hubiera conocido ya, por una experiencia de veinte años, los inconvenientes de la vida del viajero.

—Estariamos mejor en las Islas, ó en Tsars-Koé-Selo, dijo un día.

—¡Qué idea más extraña! murmuró Marta pasiva é indolente como estaba desde hacía algún tiempo.

—¿Cualquiera pensaría—dijo el señor Milaguine rebasando los límites de su extremada paciencia, que no quieres á tu hermana, y que lamentas un viaje del cual tiene Marta necesidad para curarse. ¿Qué atracciones tienen para tí los alrededores de San Petersburgo, cuando los prefieres á la vida de tu hermana?

Nastia se arrojó en brazos de la princesa llorando con tal fuerza que costó mucho trabajo consolarla.

Antes de partir, tuvo la habilidad de hacerse

invitar para pasar un domingo en Tsars-Koé-Selo en casa de la señora Averief, que la quería mucho. Esta niña de quince años la distraía y sus juegos y sus entretenimientos con Sergio Averief alegraban aquella casa tan severa.

Cuando regresó por la noche estaba seria y silenciosa contra su costumbre y sus ojos brillaban como diamantes.

El señor Milaguine, que había ido á buscarla, hablaba con Miguel, y Nastia iba del brazo de Sergio, que los había acompañado hasta la estación.

—Cuatro meses, dijo Nastia, ¿cuánto tiempo

—¡Bah! replicó Sergio, lo necesario para las maniobras, hacerme el uniforme, presentarme á los jefes y hacer ejercicios, puesto que cuando regreséis ya seré todo un oficial! Y para usted el Tirol, los bordados suizos, los relojes de bolsillo y las cabritas de los Alpes.

—¡Ande, tonto! le dijo Nastia dándole un golpe en el brazo con el mango de la sombrilla.

Llegó el tren.

—Adios, señor Milaguine, dijo Sergio; buen viaje. Hasta la vista Anastasia Paulovna, añadió ceremoniosamente dirigiéndose á Nastia.

Esta le contestó con un movimiento de cabeza y no despegó los labios hasta llegar á San Petersburgo.

Los cuatro viajeros—puesto que Paulina también fué con el señor Milaguine, con Marta y con Nastia—cumplieron cada uno con sus deberes durante los meses de verano. Marta, que absorbía grandes cantidades de agua mineral, daba interminables paseos á pie, siempre indolente y siempre pálida. El clima de Suiza le sentó bien y el aire de las montañas empezó á llenar de glóbulos rojos su sangre.

Se paró un mes en Ginebra y, como Miguel,

sintió la tentación del Mont Blanc. Quiso ir a Chamounix, y como sus deseos eran órdenes, á Chamounix fué.

Cuando se encontró al pie de Mont Blanc, tuvo miedo de la enorme masa blanca, sintió el vértigo de las alturas sin haberlas abordado y regresó á Ginebra desde donde podía contemplar de lejos al coloso de los Alpes, sin ese temor de lo inmenso que le asaltó en Chamounix.

Lo veía misterioso al resplandor de la luna, azul en las primeras horas de la mañana, amarillo á medio día, tenebroso bajo las nubes tormentosas, tierno y severo ante la tempestad, rosado por la noche, tal como Miguel lo había visto. Lo contemplaba sin cesar, deleitada, absorta, y cuando se enteró de que una vez más había sido hollada por la planta humana la purísima nieve de sus cumbres, sintió agolparse las lágrimas á sus ojos, como si hubiera arrancado á su alma la postrera ilusión.

Lloró y con el dón del llanto volvió la vida á su corazón dolorido. Desde aquel día, las lágrimas, tanto tiempo contenidas, se resbalaron por el semblante fáciles y abundantes. Volvió el color rosa á enseñorearse de sus mejillas y la energía vital á invadir su cuerpo. Marta estaba salvada.

Próximo el otoño, regresaron á San Petersburgo.

### XIX

A las ocho de la noche de un día de octubre, estaba Miguel sentado en su escritorio revisando

la contabilidad del regimiento. Las cifras se alineaban con precisión en el extremo de su pluma, pero su pensamiento estaba muy lejos de allí.

Durante el verano había perdido á su padre y este fué el primer disgusto que le causó el autor de sus días. Jamás la más pequeña nubecilla obscureció la afección recíproca, tierna y superficial por la parte del padre, devota y profunda por la parte del hijo. El general Averief iba poco á San Petersburgo; su muerte, por consiguiente, no abrió ningún hueco ni entorpeció las habituales costumbres de Miguel; pero éste adaba á su padre ausente, le escribía con frecuencia y de él recibía cartas larguísimas de gruesos caracteres en líneas muy espaciadas y en las cuales á falta de fondo, abundaban las expresiones de ternura paternal.

Miguel se encontraba sólo; su hermano estaba siempre en el extranjero y el extranjero es casi el otro mundo. La frontera no es una línea puramente imaginaria, ni el trazo de un lápiz sobre un mapa geográfico; es la ruptura de los usos, de las costumbres, de la lengua familiar del país.

Miguel pensaba en su padre muerto, en su hermano ausente; de Marta no se acordaba más que por la noche, y es que durante el día se esfumaba su imagen en las turbulencias de su cerebro y en las debilidades de su espíritu.

Mientras supo que la princesa estaba enferma, tuvo el corazón invadido por una angustia cruel y esperaba el golpe mortal que acabaría con Marta... y con él.

Cuando la volvió á ver curada, transfigurada por el sufrimiento, pero sana y hermosa como siempre, renació la calma en su pecho y se sintió feliz.

De qué mal secreto, se preguntaba Miguel, pa-

decerá esta mujer, cuyo rostro parece que ha pasado por el crisol de las penas?

—¿De qué mal? Del abandono de su marido. Oghérof no se apercibía de nada y estaba entregado de pies y manos á sus perros de caza, á los coches de lujo, á las artistas de concierto.

Ensimismado en estos pensamientos encontróse Miguel, cuando sonó la campanilla de la puerta; sintió unos pasos precipitados en el recibidor, se abrió la mampara y á la luz indecisa de la lámpara de despacho, vió acercarse á su hermano Pablo con los brazos abiertos.

Fué tan grande y tan inesperada esta sorpresa que Miguel no pudo contener las lágrimas.

—¡Hermano mío! ¡mi Pablo! repitió dos ó tres veces.

—Heme aquí, dijo Pablo pasados aquellos momentos de expansión, completamente bueno. ¿Y sabes quién ha sido mi médico?

—No.

—Mi hija. Sus caricias, sus risas, sus sollozos y sus lágrimas, han hecho más que todos los médicos y que todos los climas. Esta niña es mi vida; yo la educo, la instruyo yo mismo y no puedes formarte una idea del placer que me proporciona el ver como se va poco á poco desarrollando su inteligencia. Sus mismos defectos tienen para mí un gran interés, porque bien llevados se cambiarán en cualidades. Pero te estoy diciendo cosas que tú no puedes comprender. Es preciso ser padre para sentirlo. En una palabra, querido Miguel, ya estoy de regreso, me quedo definitivamente en San Petersburgo y volveré al servicio, feliz y curado, dos curaciones como ves.

—¿Y que harás de tu hija?

—Siempre conmigo. La niñera que me trajiste no es tal niñera, sino cocinera, hace algunos pla-

tos á la perfección; pero es una mujer excelente, que ha tomado mucho cariño á la niña, que la tiene muy bien cuidada y á la cual no enseña ningún mal principio. ¿Qué puedo pedir más?

—Pero no podrás ocultar á la niña; pronto se sabrá que es tuya!

—Es lo que deseo. Ya he incoado el oportuno expediente para poder darle mi nombre. ¿Qué daño me puede hacer eso? ¿Impedir que me case? Eso no me preocupa puesto que abrigo la intención de no hacerlo nunca.

—Luego lo declararás abiertamente, mientras esperas la autorización de adoptarla.

—Ya lo creo.

—Muy bien, dijo Miguel, y estoy muy contento.

Pablo estrechó calurosamente la mano de su hermano.

—¡Cuando pienso que fuiste tú quien me trajó este ángel consolador! Sin tu interés y tu abnegación es posible que ignorara todavía las dulzuras de ser querido por mi hija, que no tiene á nadie más que á mí y que no quiere más que á mí. ¿Qué egoísta soy, verdad? Añadió Pablo. Y á propósito, aunque un poco tarde, no he dejado de pensar en la extraña misión que te encargué rogándote vinieras á Menton con una criatura y una niñera. En los primeros momentos, estaba tan enfermo y tan preocupado por la suerte de ese pedazo de mi alma que no se me ocurrió pensar que tu misterioso viaje pudiera dar pábulo á algunas habladurías. ¿Le he ocasionado algún contratiempo por ese viaje? He ahí una cosa que no me la perdonaría nunca.

—No, respondió Miguel satisfecho del sacrificio y apartando de su imaginación un tropel de recuerdos amargos. No he tenido ningún disgusto.

—¿No te ha hablado nadie del asunto?

—Sí, la tía Averief.

—¿Y qué le has dicho?

—Que era un secreto.

—Ha creído que la niña era tuya?

—Mi palabra bastó para convencerla de lo contrario.

—¿Estais en buenas relaciones?

—La quiero como á una madre.

—¿Crees que acojerá bien á mi hija?

—No sé, contestó Miguel después de un momento de reflexionar; en otro tiempo te hubiera dicho desde luego que no; pero ahora conozco mejor á la tía y veo que ha cambiado mucho en su modo de pensar. Sin embargo, no sé lo que hará en estas circunstancias.

—Iré á verla y le suplicaré. Es un ángel severo pero un ángel al fin del género de esos que guardan la puerta del Paraíso, verdad?

Y se puso á reir tan de buena gana que Miguel no pudo tampoco contener la risa.

—Me voy, hasta mañana, dijo Pablo levantándose de repente.

—¡Tan pronto! ¡Si todavía no son las nueve y media!

—Tengo que acostar á mi hija, respondió Pablo sonriendo; no se dormiría si no fuera yo quien la pusiera en la cama. ¡Oh! la cuido muy bien, ya lo verás! pero créeme, chico, que se lo merecé! Pablo salió contento. La paternidad lo había rejuvenecido.

Miguel que se había colocado otra vez en el escritorio para seguir repasando las cuentas del regimiento, se quedó un momento pensativo, mirando el espacio. Una alegría amarga, pero intensa, fué invadiendo su ser.

—Mi sacrificio no ha sido inútil—se dijo;—he perdido á Marta, pero he salvado á mi hermano. Estoy contento.

Y daba gracias á la suerte, sin poder contener las lágrimas que el recuerdo de sus torturas hacía brotar en sus ojos.

—Es extraordinario lo que cansan la vista los números, decía, atribuyendo á éstos la causa de sus lágrimas. Por hoy, ya hay bastante.

Aquella noche durmió profundamente.

## XX

Una mañana en que se encontraba en el despacho el señor Milaguine, abrazado á Nastia, y apoyada la frente en los cristales de la ventana, contemplando como llovía, vió aproximarse un lujoso carruaje arrastrado por un magnífico tranco de caballos. Alargó el cuello y... ¡oh sorpresa! el lacayo de la señora Averief, colocado en pie detrás del coche, había levantado la cabeza, lo había visto y saludado y bajaba para abrir la portezuela.

—¡Esto no es posible! se dijo el señor Malaguine pensando volverse loco. Prascovia Petrovna que no sale nunca de casa!...

—La señora Averief pregunta si puede ser recibida, dijo un criado abriendo la puerta.

—¡Ya lo creo! gritó Paulina! ¡Nastia!...

A Nastia parecía que se la había tragado la tierra.

El señor Milaguine hubiera querido poner á toda su familia y servidumbre en hilera para recibir á tan encopetada dama, pero pensó que era mejor salir él mismo á recibirla y se precipitó

—Sí, la tía Averief.

—¿Y qué le has dicho?

—Que era un secreto.

—Ha creído que la niña era tuya?

—Mi palabra bastó para convencerla de lo contrario.

—¿Estáis en buenas relaciones?

—La quiero como á una madre.

—¿Crees que acojerá bien á mi hija?

—No sé, contestó Miguel después de un momento de reflexionar; en otro tiempo te hubiera dicho desde luego que no; pero ahora conozco mejor á la tía y veo que ha cambiado mucho en su modo de pensar. Sin embargo, no sé lo que hará en estas circunstancias.

—Iré á verla y le suplicaré. Es un ángel severo pero un ángel al fin del género de esos que guardan la puerta del Paraíso, verdad?

Y se puso á reír tan de buena gana que Miguel no pudo tampoco contener la risa.

—Me voy, hasta mañana, dijo Pablo levantándose de repente.

—¡Tan pronto! ¡Si todavía no son las nueve y media!

—Tengo que acostar á mi hija, respondió Pablo sonriendo; no se dormiría si no fuera yo quien la pusiera en la cama. ¡Oh! la cuido muy bien, ya lo verás! pero créeme, chico, que se lo merece! Pablo salió contento. La paternidad lo había rejuvenecido.

Miguel que se había colocado otra vez en el escritorio para seguir repasando las cuentas del regimiento, se quedó un momento pensativo, mirando el espacio. Una alegría amarga, pero intensa, fué invadiendo su ser.

—Mi sacrificio no ha sido inútil—se dijo;—he perdido á Marta, pero he salvado á mi hermano. Estoy contento.

Y daba gracias á la suerte, sin poder contener las lágrimas que el recuerdo de sus torturas hacía brotar en sus ojos.

—Es extraordinario lo que cansan la vista los números, decía, atribuyendo á éstos la causa de sus lágrimas. Por hoy, ya hay bastante.

Aquella noche durmió profundamente.

## XX

Una mañana en que se encontraba en el despacho el señor Milaguine, abrazado á Nastia, y apoyada la frente en los cristales de la ventana, contemplando como llovía, vió aproximarse un lujoso carruaje arrastrado por un magnífico tranco de caballos. Alargó el cuello y... ¡oh sorpresa! el lacayo de la señora Averief, colocado en pie detrás del coche, había levantado la cabeza, lo había visto y saludado y bajaba para abrir la portezuela.

—¡Esto no es posible! se dijo el señor Malaguine pensando volverse loco. Prascovia Petrovna que no sale nunca de casa!...

—La señora Averief pregunta si puede ser recibida, dijo un criado abriendo la puerta.

—¡Ya lo creo! gritó Paulina! ¡Nastia!...

A Nastia parecía que se la había tragado la tierra.

El señor Milaguine hubiera querido poner á toda su familia y servidumbre en hilera para recibir á tan encopetada dama, pero pensó que era mejor salir él mismo á recibirla y se precipitó

por la escalera, encarnado y sin aliento, en el momento en que la señora Averief, conducida en una silla de tijera por dos criados, llegaba al último escalón.

—¿A qué dichosa casualidad debo el honor... balbuceó el señor Milaguine, después de haberse sentado ambos en el salón.

—No es ninguna casualidad, amigo don Pablo, respondió la señora Averief alzando ligeramente los hombros; si usted supiera! Con seguridad que va usted á pensar que estoy loca; pues bien, yo doy á usted mi palabra de honor, que desde ayer estoy pensando en lo mismo. ¿Donde está Nastia?

—¿No sé. Estaba conmigo cuando llegó usted en carruaje; pero ha desaparecido. Tal vez se estará arreglando un poco...

—Esté usted tranquilo; no la volverá usted á ver mientras no la llame yo.

—Cree V. —dijo indeciso el señor Milaguine.

El buen señor no comprendía una palabra de lo que estaba sucediendo.

—¿A qué preámbulos? volvió á decir la señora Averief; vamos al grano. Vengo, en nombre de mi nieto Sergio, á pedirlos la mano de vuestra hija Anastasia.

El señor Milaguine, á pesar de su corpulencia, dió un salto en la butaca que la hizo crujir.

—Si, sí, repitió la señora Averief, inclinando la cabeza en señal de afirmación; ni yo estoy loca ni usted ha dejado de entender lo que he dicho. Sergio pide á usted la mano de Anastasia.

—Vamos á ver, dijo el señor Milaguine aturdido; si ni usted ni yo somos locos, ¿quién es el loco? ¿Sergio?

—Eso ya es otra cosa y os lo concedo. Pero parece que lo ha tomado en serio.

—¿En serio! ¿Qué edad tiene?

—Diez y nueve años y cuatro meses.

El señor Milaguine se puso á reír de tal modo que la señora Averief perdió su gravedad. Cuando concluyeron, dijo el señor Milaguine.

—Se burla de nosotros; es necesario darle unos azotes y enviarlos con los ayos.

—Ya ha terminado sus estudios! respondió la señora Averief que estaba predispuesta al buen humor. Es formal, os repito. ¿Qué edad tiene Nastia?

—No lo sé... catorce años... no, quince cumplidos... no me acuerdo. Espere, ahora se lo diré.

—No vale la pena de que se moleste, interrumpió la señora Averief. Nastia cumplirá diez y seis años la semana próxima. Saque usted la cuenta.

—Es verdad, dijo el señor Milaguine después de un pequeño cálculo; ¿ómo lo sabe usted?

—Sergio me lo ha dicho. Inútil es manifestaros que ellos están de acuerdo.

—¿De acuerdo?... ¡Oh! ¡infames! ¡Nastia!

Y furioso se dirigió hacia la puerta del salón. La señora Averief lo llamó.

—Escuche don Pablo, esos niños se quieren y la culpa no es suya. Como ve usted, he venido yo misma—y la señora Averief recalco estas palabras—lo cual demuestra que no desapruero el proyecto. Son muy jóvenes, es verdad, pero el casamiento es una lotería tan singular! Aquellos que parece han de reunir todas las condiciones precisas para ser felices, muchas veces no lo son. En fin, qué le hemos de hacer; y puesto que se aman, casémosles antes de que nos muramos para poder velar por ellos y enseñarles á vivir.

—De este modo ya no habrá niños! exclamó el señor Milaguine. Dentro de poco se casará la gente al dejar el pecho de la nodriza. Nastia va todavía vestida de corto y usted pretende... Vamos, eso es un absurdo.

—Si, un absurdo, todo lo que usted quiera; pero en seguida se le harán vestidos largos y los casaremos, ¿verdad? ¿cuándo?

—Es que no quiero que se case!—exclamó el señor Milaguine en el colmo de su indignación. ¡Cómo! la princesa se casó á los veinte años con un hombre de treinta, y esta mocosa quiere casarse con un niño que acaba de salir del colegio!...

El señor Milaguine había dado tres ó cuatro vueltas por el salón y sin darse cuenta sintió la necesidad de descansar, dejándose caer en una butaca. Este cambio modificó sus ideas.

—Haga usted el favor de contarme, señora, como ese boquirubio le ha anunciado su propósito. Debería ser un paso bien cómico, dijo el señor Milaguine mitad enfadado mitad riendo.

—Pues está usted equivocado, respondió la señora Averief, y precisamente, el modo de decirme lo es lo que me ha decidido á dar este paso tan absurdo en apariencia. Anoche á las diez entró Sergio en mi habitación; creyendo yo que era para darme las buenas noches, levanté la mano, como de costumbre, para bendecirlo, pero Sergio en vez de inclinarse en la forma ordinaria, se dejó caer de rodillas ante mí. Lo miré, un poco sorprendida, y noté en sus ojos un brillo especial y en su semblante una animación anormal. Creí que estaría enfermo y ya iba sobresaltándome cuando me dice de repente:—Abuelita, usted que me ha educado, usted que ha hecho conmigo las veces de madre, concédame usted la felicidad de toda mi vida dándome por esposa á la única mujer que adoro...

No puedo ocultarle, don Pablo, que esta inesperada salida me dejó estupefacta y durante un momento tuve miedo al pensar si este chiquillo había caído en las garras de alguna de esas vi-

—¡Mire la taimada! murmuró la señora Averief en el oído del padre, mientras que Nastia atravesaba el salón,—¡se ha alargado el vestido.

En efecto, el traje de la delincuente tocaba el suelo.

Se aproximó á la señora Averief y le besó la mano con aire sumiso, quedándose luego en medio del salón en espera del sermón de su padre.

—¿Cómo és, señorita, le dijo el señor Milaguine con voz áspera, que se ha permitido usted sin el consentimiento de su padre, hacer proyectos de casamiento? En vez de ocuparos en vuestros estudios, cual conviene á su edad, se entretiene usted en pensar en casarse.... en dejar la casa paterna.....

Faltóle la voz al señor Milaguine; rompió en sollozos y atrajo á su hija hacia su pecho, balbuceando.

—Quieres abandonarme, quieres que me muera solo, sin nadie, á mi vejez.

—No, papá, nó, interrumpió Nastia sollozando; nosotros no queremos que usted se muera. Usted se vendrá á vivir con nosotros; Sergio y yo hemos convenido en ello.

La señora Averief no pudo contener la risa y besando á Nastia le dijo:

—Bueno, anda, ya está todo arreglado; pero mucho cuidado con lo que se hace hasta que llegue el día de la boda, porque si nó, os meteremos á Sergio y á tí, en un rincón cada uno, dándoos la espalda para que aprendáis á vivir.

Así fué como Nastia se vistió de largo.

En seguida que se fué la señora Averief, le faltó tiempo á Nastia para ir á dar la grata noticia á su hermana. Marta experimentó una sensación de tristeza al considerar que su hermana, casi su hija, le había tenido oculto ese afecto, sin darle

noticias de sus esperanzas ó de sus decepciones, y sin enfadarse, pero con acento de profunda pena, recriminó á Nastia por su falta de franqueza.

—Escucha, Marta, le contestó esta. Tu tienes la culpa de ello. Te acuerdas de aquel día en que te dije que yo hubiera preferido por cuñado á Miguel Averief mejor que al príncipe?

—Sí, contestó Marta volviendo la cabeza.

—Tú me preguntaste el porqué, ¿verdad?

—Sí, lo recuerdo.

—Y yo te dije: porque es un Averief, á lo cual no respondiste. Aquel día estaba dispuesta á contártelo todo, pero creí que por razones que desconozco, habías tomado ojeriza á los Averief y no quise hablarte nada de mis propósitos, ni confiarte mi secreto.

—Pero si yo no tengo ojeriza á los Averief! contestó Marta con voz débil; la prueba es que mantengo muy buenas relaciones con la señora Averief.

—Sí, todo lo que tú quieras, pero tú aborreces á Miguel, y no te esfuerces en negarlo, pues es una cosa que salta á la vista, añadió Nastia con aplomo. Eso me ha producido á mí un gran disgusto, puesto que quiero mucho á Miguel, que es muy agradable y además es primo de Sergio.

—Te prometo no aborrecer á Sergio, dijo Marta haciendo un esfuerzo para reír; ya sabes que le quiero. Hablemos de él.

La paz se restableció en seguida entre las dos hermanas.

vidoras que tanto abundan; así es, que en tono muy severo le pregunté: ¿Quién es esa esposa que pides? — Nastia Milaguine, me respondió. Oh, abuelita, la adoro como un loco, ella me corresponde, no pensamos en otra cosa desde hace mucho tiempo y seremos tan felices! Deme usted abuelita, su permiso para casarme y suplique usted al señor Milaguine que no me rechaze, porque sino moriría de pesar.

Digamos aquí que la señora Averief, en su mejor deseo, acababa de echar un pequeño embuste sobre su inmaculada conciencia. Su nieto no había nombrado tan siquiera una vez al señor Milaguine por la razón excelente de que no podía imaginar nunca que este señor pudiera estar conforme con sus deseos.

Sin embargo, esta inocente mentira no cayó en saco roto, pues el señor Milaguine, halagado por esta prueba de respeto, dijo en voz baja.

—Es un buen chico, Sergio, á pesar de todo, y por lo menos tiene respeto á la familia. ¿Y qué contestó usted, señora?

—Le hice las mismas observaciones que acaba usted de hacer ahora y muchas más; pero amigo mío, encontré un argumento que me dejó sin fuerzas y...

La voz de la abuela se alteró sensiblemente, se llevó el pañuelo á los labios é interrumpió la conversación.

—¿Que os dijo? preguntó inquieto el señor Milaguine.

—He aquí sus mismas palabras: soy muy joven para casarme, demasiado joven, ya lo sé; pero soy militar, abuelita; la carrera que he abrazado siguiendo los deseos de mi padre y los míos, es de todas las otras, la que más corresponde á un Averief. Sería feliz sucumbiendo, como mi abuelo, en el campo de batalla defendiendo mi

para con ella, y que nos tiene tanto afecto que se moriría de pena si tuviese que dejarnos

—¡Ah pobre Milaguine,—dijo la señora Averief que hasta entonces había guardado silencio, tiene usted necesidad de que se venga en su ayuda. Tal vez encontremos un medio de deshacernos de ella, aunque exija un poco de tiempo y muchas precauciones. ¿Quiere usted seguir mi consejo?

—Con mucho gusto, exclamó el señor Milaguine.

—Pues bien, Marta se hará cargo de Paulina desde el día en que usted deje su antigua casa, pues no me parece decoroso que esa mujer viva con usted en el pisito de soltero que para usted se ha preparado. Diremos á Paulina que los recién casados tendrán necesidad de ella para que dirija su casa, y que, por lo tanto, el otoño próximo irá á vivir con ellos. Y digo el otoño porque mi casa de IsarkoeSelo no es muy grande y estos chicos...

—¡Oh! abuelita, nosotros no necesitaremos mucho sitio,—interrumpió Nastia.

—Con un cuartito tenemos bastante,—dijo Sergio.

—¡todo esto está muy bien,—dijo la señora Averief sonriendo,—pero para Paulina repito que aquella casa es muy pequeña. Sería necesario poner muchas cerraduras y acolchonar muchas puertas y no vale la pena!—A Marta le reservaré una habitación para que pase todo el tiempo que quiera al lado de su hermana, y mientras tanto, Paulina se quedará guardando, durante el verano, la casa de campo de la princesa.—¿Me entienden ustedes? Llegará el mes de Octubre; Paulina vendrá á vivir aquí con los jóvenes desposados y lo demás queda de mi cuenta. Aseguro á ustedes que no tardará un mes en procurarse ella misma un medio para irse con la música á otra parte.

## XXI

Cuando se trató de fijar la época para el casamiento, no podían llegar á un acuerdo.

—El próximo otoño, decía el señor Milaguine.

—Después de la cuaresma, intimaba la señora Averief, más indulgente.

—En seguida, respondió Sergio, ó me la llevo.

Por fin se convino que la boda se efectuaría á mediados de Enero.

Pablo Averief que no tardó en renovar sus buenas relaciones con su tía, no encontraba nunca el momento propicio para hablarle de su hija. De acuerdo con Miguel resolvió esperar á que se efectuase la boda de Nastia, que por lo inesperada había introducido el desorden en aquellas familias.

Los dos hermanos pasaban los días felices. Miguel había encontrado en quien depositar su cariño y adoraba á su sobrina María. Esta niña, dotada de esa inteligencia tan precoz que caracteriza á los que han sufrido antes de tiempo, tenía unas originalidades que dejaban sorprendido á Miguel; sus gracias infantiles, sus caricias y sus abandonos lo distraían á cada momento, y comprendía que su hermano hubiera recobrado la alegría y la salud en los brazos de esta niña tan inteligente.

Miguel tenía otra razón para querer á su sobrina; esta criatura era la causa inocente de su desgracia y la menor desatención, la más pequeña rudeza, le hubiera parecido una venganza inconsciente contra la pobre niña. Cuando estaba

triste se esforzaba en olvidar jugando con María y de este modo volvía la tranquilidad á su espíritu. Algunas veces le decía su sobrina: «Tío Miguel, estás triste; pero espera que te voy á contar una historia muy bonita» y entretenido con las agudezas de aquella imaginación infantil, iba poco á poco borrando de su espíritu las impresiones dolorosas para dar cabida á las alegres y jugetonas que su sobrina le proporcionaba.

De este modo pasó el otoño, y una noche en que el señor Milaguine estaba tomando el té en casa de la señora Averief, quedó profundamente sorprendido cuando le dijo Nastia que no faltaban más que dos días para su boda. El pobre señor había visto terminar todos los preparativos, había visitado la casa de los futuros esposos, había admirado el traje de novia, pero no había experimentado aún la sensación de la realidad.

—¿Cómo! ¿dentro de dos días? dijo. ¿Dentro de dos días me he de quedar sólo?

—No, papá, no, ya sabes que vivirás con nosotros. Ten un poco de paciencia mientras dura nuestro viaje de novios y después nos instalaremos todos juntos.

—Un viaje de novios! en Enerol exclamó el señor Milaguine.

—¡Oh! no iremos muy lejos, contestó Nastia...

Una señal de Sergio la hizo enmudecer y cambiaron un signo de inteligencia.

El señor Milaguine no vió nada.

—¿Y Paulina? dijo. ¿Qué es lo que vamos á hacer con Paulina?

Nastia y Sergio se miraron con extrañeza; pero la señora Averief contestó;

—Creo que lo mejor que puede usted hacer es despedirla.

—Sí, respondió el señor Milaguine, eso he pensado, pero cuando le hablé de que se fuese y

la ceremonia fué brillantísima y una gran multitud rodeó á los jóvenes desposados que recibían de todos lados pruebas tangibles de cariño y simpatía. Se sirvió en casa de la señora Averief un espléndido lunch, y á las nueve, el coche de viaje de Marta, amablemente cedido á su hermana, se paró delante del portal. Sergio quiso seis caballos y muchos cascabeles. Hizo subir á Nastia en el carruaje, saltó detrás de ella y salieron para lo desconocido.

Nunca quiso decir Sergio donde proyectaba pasar los quince días que obtuvo de licencia. Todo cuanto se intentó para averiguarlo fué inútil, y un día que le preguntó su abuela acerca del particular, eludió la respuesta contentándose con decir que irían á la casa que tenía preparada para llevarse á Nastia si no hubieran consentido en casarlos.

El señor Milaguine, cumpliendo su palabra, empezó á trasladarse de vivienda. Paulina, que llegó á inspirarle un miedo horroroso, parecía multiplicarse para tenerlo siempre en su presencia. La despedía en la Serguievskaja y la encontraba en el muelle de la Corte; creía haberla dejado muy atareada con unos botes de confitura y se presentaba de pronto, en la nueva casa, con un péndulo bajo el brazo.

Esta ubicuidad llegó á inspirar al señor Milaguine una especie de terror supersticioso y al tercer día se decidió á pernoctar en su nueva casa, todavía sin ultimar, haciendo que su ayuda de cámara durmiera en la alcoba inmediata. Creía el buen hombre que sin estas precauciones, había de encontrarse una noche á Paulina, montada en la cabecera de su cama, alargándole las zapatillas.

La señorita Hopfer permaneció en la antigua casa el mayor tiempo posible. Le gustaban mu-

cho aquellas habitaciones grandes y ventiladas, aquellos salones vastos y suntuosos, su habitación, en la cual había reinado por espacio de tantos años. Dejó la casa el mismo día en que ya no quedaba ni un trapo. Cuando los porteros le dijeron: «Señorita, ya no queda más que su cama», echó á su alrededor una profunda mirada, lanzó un suspiro y salió embargada por un sentimiento de melancolía indecible...

Al franquear el portal se le ocurrió una idea, llamó al portero y, dándole un rublo, le dijo:

—Si se presentara alguien para alquilar el piso, no adquiera usted compromiso alguno hasta que haya hablado conmigo. Conozco á una familia que se lo quedará probablemente.

Paulina creía que su celibato no duraría un mes.

Cuando llegó á casa de Marta, lo primero que hizo fué pedir las llaves á su querida princesa, pero ésta no le dió más que las del armario de la ropa blanca y la de la despensa. Los muebles particulares de la princesa le quedaron vedados.

Cuando Paulina se convenció de la imposibilidad de poder meter la nariz por todos los rincones y de escudriñar los secreteres y armarios de Marta, sintió una rabia feroz, y esa nueva ofensa fué á sumarse á las anteriores escondidas cuidadosamente en un rincón de su corazón.

Además, otra desgracia: el señor Milaguine, instalado definitivamente en su entresuelo, no parecía sentir la ausencia de Paulina. Venía á ver á su hija, sin importársele nada la salud de la institutriz, y si por casualidad se encontraba con Paulina, le dirigía una sonrisa muy amable y le hablaba del próximo deshielo ó del estado de la atmósfera.

No era eso lo que había soñado la ambiciosa y al ver que esta presa se le escapaba, se sintió poseída de un odio inexorable contra Marta.

—¿Paulina se iría? ¡Paulina! —dijo el señor Milaguine.

—Si señor, sí, repitió la señora Averief elevando la voz; usted es un hombre excelente y cualquier mujer que se lo proponga hará de usted lo que quiera, por aquello de ser mujer y de poder usar las lágrimas á voluntad; pero vuestra Paulina no vale ni tan siquiera la cuerda con que la han de sujetar un día ú otro, y acuérdesese usted de lo que le dice Prascovia Petrovna, que no suele equivocarse.

—¿Que os han podido decir? —balbuceó el infortunado Milaguine.

—Nada; pero vengo observando sus actos desde... desde hace mucho tiempo y yo sé lo que me digo.

—¿Pero qué ha hecho? —murmuró el señor Milaguine vencido por el peso de esta convicción.

—¿Qué ha hecho? Pues muy sencillo; pretende casarse con usted.

Sergio y Nastia, lanzando una carcajada, se dejaron caer en un sofá, de tan ridícula como les pareció la afirmación de su abuela, y Milaguine, absorto, contemplaba á la señora Averief como para convencerse de que estaba en su pleno juicio.

—¿Casarse conmigo?

—Si señor, y probablemente lo hubiera conseguido á no mediar yo; contestó la señora Averief implacable.

—¿Conseguido? yo os aseguro que nó, —dijo el señor Milaguine con energía.

—Y yo os aseguro que sí, á pesar de vuestra protesta, replicó la señora Averief. Usted vé que no ha encontrado medio para deshacerse de ella, y es que esa mujer es de la madera de esas plantas que echan profundas raíces en donde se las siembra y no hay fuerza humana

que las arranque. Pero yo sé el modo de quitarla de enmedio.

—¿Y será necesario que la conserve á mi lado hasta que mude de habitación?—dijo Milaguine inquieto ya por lo que había oído

—Sí, esto será lo más conveniente, contestó la señora Averief que había recobrado su buen humor, puesto que nada os impide hacer el traslado al día siguiente de la boda.

—¡Aprobado! Empezaré la mudanza mañana mismo. ¿De modo que tú te encargas de ella, no es eso Marta?

—Puesto que es necesario!—respondió ésta alzando los hombros.

—A aquella misma hora, estaba Paulina encargando con la imaginación su traje de novia á la mejor modista de San Petersburgo. Cuando el señor Milaguine le comunicó sus propósitos, no despegó los labios.

—¡Imbéciles!—se decía con esa desenvoltura que caracterizaba sus actos. No saben que me hacen el caldo gordo. Este pobre hombre no podrá estar solo ni ocho días y vendrá á buscarme á casa de su querida princesa.

—¡Señora Milaguine! ¡Qué buen efecto hará esta inscripción en mis tarjetas de visita!

XXII

La boda se celebró el día fijado á las seis de la tarde. Como todos los casamientos de gente rica,

—¿Usted que es tan severa, tan rígida en el cumplimiento del deber, acoge con tanta bondad?...

—Tu mismo lo has dicho, es una inocente. La única condición que impongo es que esa niña ignore hasta que se case y después, si es posible, que su madre no estaba casada. No es necesario que una niña pueda atreverse á juzgar á su madre, aun cuando ésta haya pecado ante su conciencia.

—Ante el murdo, si, tía; pero ante su conciencia, jamás dijo Pablo. Era...

—Una mujer honrada ¿verdad? Tanto mejor; pero no hablemos más de este asunto. Traeme á tu hija cuando quieras; es una Averief, y todo lo demás lo he olvidado.

Se estaba por aquel entonces en pleno invierno y pasaron muchos días antes de que Pablo se atreviera á sacar á su hija. Sin embargo, el día en que expiraba la licencia de Sergio, se decidió á hacerlo, pues no quería presentar su hija á los recién casados, curiosos como niños, y los cuales debían llegar aquella noche.

Marta, que había ido á pasar el día con la señora Averief, se encontraba sentada enfrente de la puerta cuando un criado anunció á Pablo Averief y su hija. Creyendo que era un error de nombre, se inclinó sobre los brazos de la butaca y miró á la puerta.

La niña entró con mucha timidez, llevada de la mano por su padre, que la animaba por lo bajo. De este modo atravesó el salón y al llegar enfrente de las dos señoras se quedó parada y confusa.

—Vamos, dijo el padre, ves á abrazar á tu tía.

María ya estaba prevenida, pero no esperaba encontrarse con dos señoras en vez de una. Dudó un momento, miró los semblantes de aquellas da-

mas y atraída por los cabellos negros y los brillantes ojos de la princesa, se adelantó hacia ella, puso una de sus manos entre las de Marta y le presentó sus frescas mejillas.

Marta, inmóvil, la dejó hacer; la abrazó maquinalmente, como si estuviese en un sueño, y la siguió con la mirada, mientras que, conducida por Pablo, fué á excusarse ante la señora Averief.

Los cabellos rizados, la forma de sus ojos y el óvalo de su semblante eran de Miguel; pero los labios y la barba reproducían exactamente la fisonomía de Pablo.

Miró por largo espacio de tiempo al padre y á la hija, y después quedó sumida en una meditación profunda. Con la mirada vaga y apoyada la barba en la palma de la mano, vió reproducida ante su imaginación aquella sonrisa falsa y obsequiosa de Paulina en el día de su cumpleaños. Intentó distraerse y dirigiéndose á Pablo le preguntó, sin emoción aparente:

—¿Esta niña es vuestra?

—Sí, princesa, respondió Pablo con orgullo.

—¿La educa usted mismo? Es lindísima y os felicito. ¿Ha estado con usted en el extranjero?

—Ya lo creo.

—Pero es rusa de nacimiento á lo que parece, porque habla muy bien el ruso...

Pablo comprendió que esta pregunta no era ni un cumplido de cortesía, ni una averiguación indirecta. Midió el alcance de sus respuestas y se propuso decir la verdad.

—Nació en Rusia antes de mi salida.

—¿Y la ha llevado usted de viaje, tan pequeña? ¿No ha tenido usted miedo á las fatigas del viaje?

—No, princesa. Mi hermano Miguel me la trajo cuando perdió á su madre; en el mes de Mayo hará dos años.

Detestaba á todos los Milaguines, que, según decía ella, eran unos ingratos (olvidando la donación de seis mil rublos que le hizo Nastia el día de su boda) pero Marta era la que ocupaba el primer lugar en su aborrecimiento.

¿No era Marta la mujer por la cual le había traicionado Miguel? Sí, ¡traicionado! Porque Paulina estaba convencida de que Miguel la amaba al en principio, arrebatándole ese cariño las coquetías de Marta. Y además, la princesa aprovechaba cualquier ocasión para decir á todo el mundo que Paulina no era en su casa más que una especie de comensal, un vasallo, sin derecho á hacer el té ni el café, y á quien se le daba de comer por caridad.

De cualquier modo, la señorita Hopfer era injusta con el destino; si Marta la hubiera hecho su absoluta ama de llaves, esta señorita de confianza hubiera tenido demasiadas ocupaciones para poder estudiar, á su gusto, el mecanismo de dos seres cuya existencia se desarrollaba ante ella sin confundirse.

El príncipe era feliz. Se levantaba tarde; tenía buen humor y un gran apetito á la hora de almorzar; hablaba cinco minutos con su mujer; tomaba nota de sus encargos—hubiera sido injusto acusarlo de indiferente, pues nadie se prestaba con tanto gusto como él á escoger una tela ó á comprar un bibelot;—salía, volviendo para comer á las seis de la tarde, exceptuando los días de Club, y luego se marchaba otra vez desapareciendo hasta el día siguiente.

Paulina, que se había informado de algunos detalles, no ignoraba que el corredor que ponía en comunicación la alcoba del príncipe con la de su mujer estaba cerrado por ambos lados.

Desde hacía mucho tiempo tenía Paulina formada su opinión de Oghérof, pero Marta permanecía para ella siendo un misterio. Entraba de

improvisó en su alcoba, en su tocador ó en su gabinete, y siempre encontraba á la princesa leyendo, bordando ó escribiendo una carta que entregaba á Paulina para que ésta á su vez ordenara se llevara á destino; pero hecho todo esto con tal naturalidad que Paulina hubiera dado uno de sus ojos con tal de encontrar el defecto secreto que hiciera desmerecer á aquel brillante.

Algunos días después del casamiento de Sergio, Pablo Averief fué á ver á su tía y la encontró completamente sola, contra la costumbre. Al sentarse, notó que la mirada de la señora Averief parecía precisa é interrogadora, y pensó que la ocasión era oportuna para hablarle de su secreto.

—Tía, le dijo, tiene usted ante sí un gran pecador.

—¿De verdad, sobrino? Pues el Señor ha dicho que con todo pecador hay que ser misericordioso. Confésate.

—Me da usted valor. Pero cuando lo sepa, tal vez sea menos indulgente.

—Habla, ya veremos.

—Pues bien, voy derecho al asunto. He cometido una locura de la juventud, de la cual me arrepentiré toda la vida, y me ha quedado una hija. La estoy educando, quiero darle un nombre y es por ella, más que por nada, por lo que le pido perdón para el culpable.

—¿Vive la madre? preguntó la señora Averief con la mayor tranquilidad del mundo.

—No existe.

—¿Esa niña es la que Miguel te llevó á Menton hace dieciocho ó veinte meses?

—Sí, tía.

—Pues bien, puedes traerla.

Pablo besó con ternura, con adoración, la mano que le tendió la abuela.

Marta se recostó suavemente en la butaca, pero venciendo un momentáneo desvanecimiento, llamó á la niña y dijo:

—Es muy bonita.

Y levantándola en sus brazos, la estrechó contra su pecho y le besó la cabeza. Una lágrima rodó por los cabellos de la niña.

La señora Averief hizo un movimiento. Hacía rato que seguía con interés esta escena y se sentía impotente para evitar una declaración.

—Perdóneme usted, dijo la princesa dirigiéndose á Pablo y dejando en libertad á la niña; ¡como no tengo ningún hijo! añadió bajando la cabeza para ocultar su rubor.

Marta acababa de mentir.

La señora Averief respiró; por esta vez quedó evitado el peligro. Decididamente Marta era una mujer heroica que se sabía guardar el respeto á sí misma en circunstancias difíciles. Así es, que cuando se fué Pablo con su hija, entendió que no podía disimular por más tiempo, y tendiendo los brazos á Marta la atrajo hácia sí y las dos rompieron á llorar silenciosamente.

Al cabo de un rato, dijo la señora Averief.

—Hágase la voluntad de Dios, ¿verdad, hija mía?

—Así sea, respondió Marta.

Aquel día se le quitó á la princesa un peso enorme, y quedó su alma libre de las cadenas que la aprisionaban. En el secreto de su conciencia. Miguel Averief era digno de su cariño.

## XXIII

Sonaron unos pasos ligeros en la habitación inmediata y apareció Nastia en el dintel de la puerta, encarnada, sonriente, y con el majestuoso aspecto que le daba un magnífico vestido de moaré antiguo.

—Espérame, dijo Sergio desde lejos; es menester que entremos juntos.

Nastia se detuvo y con la mano enviaba puñados de besos á su abuela y á su hermana, que no se atrevía á moverse temerosa de que conocieran sus recientes lágrimas.

—Anda deprisa, dijo Nastia volviendo la cabeza hacia el sitio por donde debía llegar su marido; me muero de impaciencia y si tardas un minuto, entro sola.

Se oyó el ruido producido por las espuelas de Sergio y al aparecer cogió la mano de Nastia y ambos fueron á arrodillarse á los pies de su abuela. Esta se levantó para bendecirlos y darles el pan y la sal.

—Bienvenidos seáis á vuestra casa bajo la protección del Señor, dijo gravemente; y después, tendiéndoles los brazos, añadió: abrazadme, hijos míos. ¿De dónde venís?

Nastia se echó á reír.

—¡Pst! exclamó, poniéndose un dedo en los labios; es un secreto que mi marido me ha prohibido decir.

—Ya lo sabrá usted, abuelita, dijo Sergio; pero no de momento. Es un secreto.

—¡Seal dijo sonriendo la abuela. Jugad al escondite mientras eso os distraiga.

Oghérof entró y colmó de atenciones y galanterías á su cuñada, á quien llamaba expresamente señora Averief Nastia no contestaba cuando la llamaban por este nombre, y el príncipe reía á carcajadas. Nunca se conoció una alegría tan grande en el comedor de aquella casa. Hasta los criados más antiguos se quedaban sorprendidos.

—¡Qué encanto! dijo la señora Averief aprovechando un momento de calma; esto me rejuvenece.

—Todos los días será lo mismo, abuelita, dijo Sergio; y cuando tengamos hijos, ¿a ver á usted.

Marta no pudo resistir tampoco á este arrebatado de alegría contagiosa. Sentía el dolor de lo irreparable, pero en el fondo de su conciencia experimentaba el íntimo gozo que le producía poder amar á quien había menospreciado.

En esta disposición de ánimo entró en su casa. El príncipe, como de costumbre, se había ido á las nueve.

Marta se acostó y aquella noche durmió profundamente.

Sonó que estaba paseando por la misma avenida desde la cual estuvo esperando á Miguel el día de su cumpleaños, y que éste venía á su encuentro, radiante, transfigurado. Ella le tendió la mano y Miguel dijo:

—No; soy un sueño; mis manos son rayos de sol que no se pueden tocar; pero estaré aquí siempre y las flores de vuestro jardín no se marchitarán nunca.

Cuando se despertó al día siguiente, conservaba todavía el recuerdo de su sueño, y aunque la realidad no correspondió á la ficción, la vida le pareció más alegre que antes. Empezó á vestirse sin prisas y cuando bajó al comedor se encontró á su marido que almorzaba.

Paulina llegó un poco después; esperaba siempre á que la princesa estuviera en el comedor para entrar ella, pues estos minutos los aprovechaba para sus observaciones. Por lo general, su aparente interés no disminuía ante la manifiesta indiferencia de Marta, pero aquella mañana, la indiferencia de la princesa le pareció más desdenosa y despreciativa que nunca. Sin dar á conocer sus impresiones empezó á almorzar como un pájaro que pica acá y allá los granos diseminados.

—¿Sabes á quién ví ayer, Marta? dijo de repente el príncipe. A Pablo Averief, que iba con una niña muy bouita. Los encontré en una confitería.

Paulina se quedó desconcertada y con el tenedor en el aire.

Se había olvidado de Pablo y de su hija en el ardor de sus nuevas combinaciones. ¿De modo que estaban en San Petersburgo y la niñera no le había dicho nada, ni le había escrito, ni había ido á verla? Contuvo su indignación y esperó conocer la respuesta de Marta.

—Sí, la conocí en casa de la señora Averief, dijo la princesa; por cierto que es una niña encantadora. Es hija suya.

¡Su hija!... Paulina sintió una especie de choque interno parecido al de un ariete demoliendo una fortaleza. Estaba Marta tan tranquila y hablaba con un tono tan natural que la institutriz le dirigió una mirada. La princesa removía el té con la cucharilla, sin aparentar la menor emoción.

—Pues no sabía que tuviera Pablo ninguna hija, dijo el príncipe; pero si me parece que no es casado! ¡Tal vez sea viudo! Yo tenía entendido que era su hermano Miguel quien tenía un hijo natural; recuerdo que se habló algo de eso un tiempo.  
hace alg

—Pura calumnia, respondió la princesa con la misma dulzura de voz y la misma tranquilidad en el rostro; algún mal intencionado hizo correr ese rumor para perjudicarlo.

—¿Para perjudicarlo? dijo el príncipe. ¿En qué?

—Tal vez para impedir que se casara. Vaya usted á saber...

—¡Oh! dijo el príncipe alzando los hombros.

Le pareció su mujer muy ingenua, aunque, después de todo, como mujer, tenía razón. A él no le hubiera impedido casarse, ni un niño ni veinte.

—Luego la niña, ¿es de Pablo?

—Sí, el señor Averief me dijo ayer que su hermano Miguel le llevó la niña á Mentón, cuando murió la madre.

—Sí, sí, tengo un recuerdo. ¿De modo que fué Miguel quien condujo á la niña? Estaría bien en su papel. Me parece estar viéndolo convertido en nodriza.

Oghérof soltó la carcajada y Marta también. Paulina al ver que era la única que permanecía seria, empezó á reír de un modo seco y nervioso. Lo princesa se volvió hacia ella.

—¿Está usted indispueta. Pau ina? le dijo.

—¿Yo, princesa? no... ¿Por qué?

—Porque se rie usted como si fuera á darle un ataque de nervios.

—No, no, me encuentro muy bien.

—¡Mejor, dijo Marta con acento desdenoso, y se volvió hacia su marido á quien dió media docena de encargos.

Paulina salió del comedor, se puso el sombrero y el abrigo y alquiló un drojki por horas. Se hizo conducir á la oficina de direcciones en donde se enteró del número y calle en que vivía Pablo Averief, y cuando llegó allí, penetró en la cocina por la escalera de servicio y preguntó por la niñera.

Esta apareció en seguida y sin demostrar mucha sorpresa condujo á Paulina á su habitación. El señor Averief acababa de salir con su hija y la ocasión era excelente para hablar.

— No me parece mal! dijo Paulina con voz patética; os saco de la nada, os procuro un sueldo con el cual no podíais soñar nunca, os doy una casa en donde os tratan bien y en la cual tendrá usted una pensión si sabe usted cumplir, y me hace usted traición, á mí, á su bienhechora, á su paisana! ¡Ah, Margarita, eso no está bien! vuestro primer deber no era el de haberme prevenido este regreso inesperado?

— Dispéñeme usted, señorita Paulina... dijo la niñera interrumpiendo aquel discurso que amenazaba ser interminable.

Margarita se había afinado con el roce de la gente bien educada, y sus gestos y sus palabras, si no muy distinguidas, eran, por lo menos, bastantes correctos.

— Dispéñeme usted, señorita Paulina... siguió diciendo, está usted hablando de beneficios y de traiciones y he de contestarle; es verdad que á usted debo mi entrada en esta casa, pero don Miguel y don Pablo son mis verdaderos bienhechores, don Pablo sobre todo. Cuando me encargó usted que le escribiera todo lo que pasara en nuestra casa, no sabía yo lo que era ser ama de gobierno, y consentí. Pero después, cuando he comprendido que hacía muy mal contando á personas ajenas, las interioridades de mis amos, que tan buenos son para mí...

— ¡También yo he sido buena para usted...

— Es verdad, señorita. pero su bondad me exigía, como compensación, una cosa que yo considero no ser buena, mientras que mis señores son excesivamente amables conmigo y no me piden, en cambio de ellos, mas que el cumplimiento de mi deber.

— ¡Luego reniega usted de su bienhechora! ¡Le hace traición! ¿No le da vergüenza ser ingrata?

— Puesto que, por desgracia, he de hacer traición á alguien, prefiero no cometerla con los que no me piden nada malo y se portan bien conmigo sin interés alguno.

— ¡Ingrata! exclamó Paulina.

— Prefiero ser ingrata con usted que no con el señor Averief, dijo Margarita levantándose.

Paulina salió con la hiel en los labios.

## XXIV

Mientras Paulina Hopfer efectuaba tan desgraciada visita, la princesa había salido á dar un paseo en trineo. El espectáculo de la nieve inmaculada calmaba los ímpetus de su reprimida cólera.

Desde la noche anterior estaba absorta en una idea fija y no había querido pensar en Paulina, pero la presencia de la institutriz había levantado una tempestad en su alma. Esa era la miserable que con fines desconocidos había inventado y esparcido la calumnia contra Miguel; esa era la que diluyendo á sabiendas un poco de verdad en multitud de fábulas, los había separado para siempre.

— ¡Y con qué objeto? — se preguntaba febrilmente la princesa. — ¿Qué motivos de odio puede tener esa miserable contra nosotros?

Marta no podía sospechar que hubiera gente que pagara con odio los beneficios recibidos, y

que para ciertas almas viles el deber del reconocimiento constituye una constante humillación.

Pero aunque lo hubiera comprendido, su sentimiento sería análogo, pues el horror que le inspiraba Paulina había llegado al colmo. Durante aquella mañana pudo Marta conservar su sangre fría, pero ¿podría siempre tener el mismo imperio sobre sí misma?

—Es necesario—se dijo;—la señora Averief sabe ciertamente á qué atenerse y ella vendrá en mi ayuda sin que tenga yo necesidad de pedirlo.

Este razonamiento, sin embargo, no la convenía. El buen parecer, las conveniencias sociales, la absoluta necesidad de velar por su honra y por la de su marido, la certidumbre de que si despedía á Paulina, ésta para vengarse sería capaz de mezclar el nombre de la princesa Oghérof con una de esas invenciones calumniosas de las que algo queda, todo eso hacía que no pudiera resignarse á volver á ver á esa vibora, hablar con ella y mostrarse indiferente.

Marta hubiera querido aplastarle con los pies, como se hace con un insecto, y apartar en seguida la vista de tan repugnante espectáculo.

La princesa dió una vuelta por las Islas sin encontrar la tranquilidad de espíritu que apetecía. Cuando el cochero le preguntó á dónde quería dirigirse, una idea súbita se le ocurrió á Marta.

—Toma el camino de la orilla del río y pasa por delante de nuestra antigua casa de campo—dijo.

El trineo avanzó por la carretera desierta; el caballo undía sus patas en la nieve que en algunos sitios le llegaba al vientre; corpúsculos de nieve revoloteaban al rededor del trineo, y un polvo impalpable de agua helada se fué depositando en el vestido de la princesa.

¡Qué poco se parecía esta carretera á aquella que tomó con su marido cuando el día de la boda dejó la casa paterna! Ni las azules aguas del río brillaban al contacto del sol, ni los altivos sicómoros ostentaban su verde follaje; la nieve, de un metro de espesor, cubría los jardines y las zanjas, dejando entrever solamente algún que otro zarzal ó el obscuro remate de una empalizada.

En el extremo de una curva de la carretera, apareció la casa en donde celebró su boda. Estaba habitada; en las ventanas se habían puesto cortinas, un sendero abierto en la nieve conducía á la puerta principal; el patio estaba perfectamente limpio y una columna de humo blanco salía de la chimenea.

—Gente nueva—se dijo Marta;—tal vez amen y sufran; quiera Dios que no vean, como yo, disiparse como la bruma sus sueños de felicidad.

Al trote corto del caballo pasó por delante de la casa, dirigió una mirada al jardín desde donde había estado esperando á Miguel, y unas cuantas lágrimas humedecieron sus mejillas.

—A casa de la señora Averief—le dijo al cochero.

La señora Averief no estaba sola; su casa se encontraba llena de parientes y amigos. Marta tuvo la paciencia de esperar una hora, pero viendo que la gente que se iba era reemplazada por otra nueva, se acercó á la señora Averief para despedirse, y le dijo en voz baja:

—¿Qué debo hacer con Paulina?

—Conservarla, aunque te disguste—respondió la señora Averief en un tono que demostraba haber estudiado el asunto detenidamente.

—Sea—dijo Marta suspirando.

—No olvides venir mañana á la noche á tomar té con nosotros—le dijo la señora Averief besán-

dola.—Reuno á toda la familia en casa de los recién desposados.

¡Toda la familia! Marta iba á ver á Miguel. Y no poder decirle: lo sé todo, os amo. ¡Que suplicio el de no depender de sí misma, el de llevar el nombre de otro, el de tener que hacerlo respetar, el de no poder obrar ó hablar sin atraer sobre su marido las mofas del mundo y sobre ella la deshonra!

¡Si ella hubiese esperado un poco, á lo menos! Si hubiera sido menos orgullosa, si hubiera tenido en Miguel bastante confianza para darle tiempo á regresar y á que se explicara!

Pero, ¿y su orgullo?—Yo no me arrepiento nunca—le había dicho á Sofia... Entonces era verdad, pero y ahora?

Ahora, su orgullo deshecho se desplomaba á sus pies y hubiera querido hacer de él un pedestal para decirle á Miguel desde encima:—Si os acusé, perdonadme.

Pero aquí se interponía el príncipe á quien había jurado guardar fidelidad.

Y, prisionera de estos dos guardianes que la echaban del paraíso, Marta, vencida, quebrantada, doblaba las rodillas y pedía perdón á Dios por haber dudado de su bondad y por haber juzgado culpable á un inocente. En eso consistía su falta... ¡Pero qué castigo! Se decidió, sin embargo, á hablar á Miguel; no podía vivir bajo la idea de que este hombre la considerase como una coqueta sin corazón ni cabeza.—Que sepa que lo he querido, se dijo. Que sepa, ahora, que al herirlo me he herido á mí misma, y que mi llaga sangrará toda la vida.

Marta no quiso ir más allá en sus pensamientos. Entre la princesa Oghérof y Miguel Averief no podía haber otra cosa; pero la princesa no cometía ninguna falta confesando á Miguel la equi-

vocación de Marta Milaguine y solicitando un perdón. Fija en esta idea, empezó á ocuparse en buscar el medio de su ejecución.

Cuando vió á Paulina, le costó mucho trabajo contener su indignación, pero la presencia de su marido la distrajo.

—¿Has salido hoy?—le preguntó Oghérof.

—Sí, he ido á las Islas. Es un paseo muy bonito en invierno.

—Algo monótono—añadió el príncipe—pero muy bonito en efecto y á propósito para adiestrar potros; la dificultad de trotar en la nieve modera sus ímpetus. ¿Has visto á tu hermana Nastia?

—No, pero estamos invitados para mañana por la noche en su casa.

—¿Algún banquete?

—No, reunión de familia.

El príncipe se mordió el bigote durante medio minuto, reflexionó un poco, y como si hubiera encontrado una salvación á sus propósitos, dijo:

—Yo te llevaré y luego iré á recogerte. Tengo una cita mañana por la noche y es cuestión de negocio...

—Muy bien—dijo Marta con cierta prontitud;—no te inquietes por eso.

Paulina dirigió una mirada escrutadora á la princesa, y después miró su plato; de un momento á otro esperaba una alusión ó una burla que según pensaba no podía faltar, pero con gran sorpresa suya se deslizó la comida sin el menor incidente. El príncipe se marchó, como de costumbre, y las dos mujeres se quedaron solas, hablando de cosas indiferentes.

Paulina hubiera dado cualquier cosa para que terminara pronto esta conversación vanal que Marta parecía complacerse en alargar. ¿Qué serie de encontrados sentimientos luchaban en lo

que Paulina llamaba su corazón! El temor, la rabia, el deseo de haber terminado con una catástrofe inevitable, la angustia del porvenir... En este momento recordó Paulina el regalo que le hizo Nastia de seis mil rublos y, sin agradecerle, empezó á formar planes de venganza para el momento en que fuera despedida. Marta se levantó de su asiento cerrando el libro que había cogido momentos antes, y dijo:

— Buenas noches, Paulina.

— Buenas noches, princesa, contestó esta que estaba sumida en sus proyectos. ¿He de ir mañana á casa de la señora Averief?

— Como usted quiera, respondió friamente la princesa; no me han dicho nada de particular por lo que á usted concierne; y se dirigió á su alcoba.

Paulina se llevó la mano á la cara como si hubiera recibido una bofetada.

— Aquí hay algo, se dijo para consolarse. La princesa está muy tranquila y oculta su juego; pero no sabe que soy más lista que ella y que he de descubrirlo.

XXV

La vivienda de los recién casados estaba espléndidamente iluminada. Profusión de flores adornaban las ventanas, las rinconeras y todos los sitios en donde pudo ponerse un bouquet ó una maceta. Las flamantes tapicerías y los muebles nuevos daban un magnífico aspecto á los sa-

lones, iguales en un todo á los del piso principal habitado por la señora Averief.

El señor Milaguine estaba encantado; contemplaba á sus dos hijas, vestidas de blanco y espléndidas de hermosura, del brazo de dos jóvenes oficiales del ejército, que eran sus esposos, y su corazón de padre se ensanchaba ante este espectáculo.

— ¡Pero qué bonita eres! le decía á Marta. Pareces, tan joven como tu hermana.

Marta, en efecto, estaba transfigurada. La palidez nacarada de su semblante y el color rosa de sus mejillas, habían reemplazado al cerco violáceo de sus ojos, desterrando toda sombra de inquietud. Todo su ser vibraba de juventud y de vida; reía con los otros, iba y venía y estaba animada, tranquila y contenta. De vez en cuando besaba á su hermana con una efusión tal, que Nastia quedaba sorprendida.

— ¡Qué buena eres! le decía ésta. ¡Cómo se conoce que estás curada! vuelves á ser lo que eras antes!

Al oír estas palabras, una ligera sombra empañaba la vista de la princesa, que después sonreía y apretaba la mano de su hermana.

— ¿Quieres darme un gusto? le dijo Nastia en la oreja; es un favor que te voy á pedir. Mira á Miguel que entra con su hermano Pablo; ves á darle la mano; me harás muy feliz.

Sin contestar una palabra, se retiró Marta á un lado para dejar que los hermanos Averief saludasen á Nastia y después, con voz clara, dijo á Miguel tendiéndole la mano.

— Miguel, hénos aquí parientes por afinidad. Podemos felicitarlos.

Miguel se apresuró á coger la mano de la princesa, la llevó ceremoniosamente á sus labios y se quedó contemplando á Marta. Esta tendió la otra mano á Pablo diciéndole.

—¿Por que no ha traído usted á su angel?

Pablo contestó algunas palabras y después, iluminado por una claridad súbita, miró á su hermano, mudo de extrañeza, y su alma se estremió de compasión y de remordimientos. Había adivinado el drama de estos dos seres. Alejóse de allí, dejando á Miguel con la princesa en medio del salón.

Marta se sentó en una butaca; temblaba hasta el punto de no poderse sostenerse; Miguel permaneció en pié delante de ella.

—Es usted un buen hermano, le dijo Marta en voz baja.

Su mirada concluyó de expresar el pensamiento, y Miguel sintió que un rayo de alegría inundaba su ser. Por fin llegaba el día de la rehabilitación!

—Hace mucho tiempo que no hemos tenido el gusto de hablar, continuó diciendo la princesa.

Segura de sí misma y poseída de su austera virtud, no se recataba de nadie para expresar á Miguel lo que sentía.

—Y ha sido por mi culpa, añadió; estoy convencida, pero quiere usted que olvidemos esta falta?

—Oh! princesa, le dijo Miguel en voz baja, no puede usted suponer el gran favor que me está haciendo; lamentaba mucho el ver que pesara sobre mí su inmerecida cólera...

Marta inclinó la cabeza. Aquella voz que no había vuelto á escuchar desde el día de su separación evocaba en su memoria los recuerdos del pasado.

Levantó la vista y dirigió á Miguel una mirada de súplica.

—Paulina os espía, le dijo éste sin alzar la voz; desconfíe usted de ella, pues la aborrece.

En efecto, la institutriz, colocada en el dintel de una puerta, estaba en observación.

Marta respondió con una inclinación de cabeza, dejó su asiento y se dirigió hacia donde estaba la señora Averief.

Esta señora ocupaba el centro de un grupo por el cual iban y venían los recién casados cumpliendo con sus deberes de anfitriones, con un buen humor comparable sólo á su inexperiencia. Burlándose de sus propios descuidos, encontraban á cada momento un medio para evadirse y desaparecer.

—Se van á un rincón para besarse, decía riendo la señora Averief.

—¡Veamos, Sergio, ya ha llegado el momento! dijo el príncipe á su cuñado sujetándolo por un brazo; no queremos que te burles por más tiempo de la familia, vas á decirnos en donde habéis pasado estos quince días de luna de miel.

—¡Jamás! gritó Nastia, que estaba cerca.

—¡Si, si; que lo diga! dijeron todos. Es necesario que se confiesen ante el consejo de familia. Daros la mano y hacer el propósito de revelar el secreto.

Sergio, obediente, tomó la mano de su mujer.

—¿Lo decimos? le preguntó.

—Dilo tú; de todos modos ya no nos importa guardar reserva.

—Pues bien, dignos y respetables parientes y amigos; el día de nuestro casamiento, me llevé á mi esposa, aquí presente, y la conduje...

Sergio se detuvo para dirigir una mirada á la concurrencia que estaba suspensa de sus palabras.

—¡A las Islas! al propio hotel de mi suegro, en donde hemos comido en su mismo comedor y hemos dormido en su misma alcoba!

Una carcajada general acogió esta declaración. A nadie se le había ocurrido pensar en cosa semejante.

—¿Y habéis estado allí encerrados quince días sin salir? dijo Sofía Leakhuie ¡miren los enamorados!

—Perdóname, prima, pero hemos salido todos los días.

—¿Y á dónde habéis ido, pues? ¿con los lobos?

—¡No, nol íbamos á nuestro jardín, en donde florece el naranjo y en donde las camelias...

—Y allí pasábamos la mitad del día, añadió Nastia

—¿Y donde está eso? preguntaron todos.

—En los invernaderos del Jardín Botánico, señores, dijo Sergio, saludando á los concurrentes y dejando que Nastia se inclinara para hacer una graciosa reverencia.

Pareció á todo el mundo la idea tan nueva y original que empezaron á aplaudir. Este tesoro único estaba al alcance de todo el mundo.

En el momento en que Miguel se despedía de Marta esta le dijo en voz baja.

—Os espero mañana á las diez en el Jardín Botánico. Tengo muchas cosas que deciros.

Miguel saludó profundamente y salió sin mirar á la princesa, pero no sin que Paulina se hubiera fijado en la mirada de Marta y en el súbito rubor del joven oficial.

—Ya los tengo, se dijo, no se me escaparán esta vez.

## XXVI

Amaneció sin una nube en el horizonte. Marta se levantó temprano, ordenó al cochero que enganchase un trinco ligero y á las nueve y

media salió de su casa dejando al príncipe, que se había recogido muy tarde, sumido en un profundo sueño.

No creyéndose culpable, no tenía miedo de ser sorprendida, y al recorrer las calles al trote largo de su caballo, miraba tranquilamente á su alrededor dispuesta á saludar al primer conocido que encontrase.

Hacía un frío glacial; una especie de vapor medio congelado rodeaba á modo de nubecilla blanca las narices del caballo; las aceras recién barridas y salpicadas de arena fina, dibujaban dos líneas amarillas á lo largo de las calles; la escarcha, deslumbrante bajo los rayos de un sol de invierno, revestía de lentejuelas los techos de las casas y los salientes de los edificios, y el humo, que se escapaba de las chimeneas en grandes copos negros, se iba disipando en caprichosas nubes, á impulsos del viento, desgarrándose en girones violáceos.

Marta contemplaba este espectáculo y gozaba de la vida con intensidad. Sobre su pecho había gravitado por espacio de veinte meses, un peso enorme, y al verse libre de este fardo que le oprimía el alma, respiraba á su gusto, ensanchando los pulmones. El camino se le hizo largo; atravesó el Neva y le pareció que era una extensión inmensa, infinita, un océano de hielo, detrás del cual la verdad y el honor la esperaban en la orilla.

Al llegar á la puerta del Jardín Botánico se detuvo un momento. Aquella enorme masa brillaba al sol como un diamante gigantesco; no se veía ni un árbol, ni una rama en la cual la escarcha no dibujase sobre un cielo azul la silueta de sus contornos.

Hubiérase dicho que era una inmensa roca de coral blanco, puesta allí por milagro.

—¿Y habéis estado allí encerrados quince días sin salir? dijo Sofía Leakhuie ¡miren los enamorados!

—Perdóname, prima, pero hemos salido todos los días.

—¿Y á dónde habéis ido, pues? ¿con los lobos?

—¡No, nol íbamos á nuestro jardín, en donde florece el naranjo y en donde las camelias...

—Y allí pasábamos la mitad del día, añadió Nastia

—¿Y donde está eso? preguntaron todos.

—En los invernaderos del Jardín Botánico, señores, dijo Sergio, saludando á los concurrentes y dejando que Nastia se inclinara para hacer una graciosa reverencia.

Pareció á todo el mundo la idea tan nueva y original que empezaron á aplaudir. Este tesoro único estaba al alcance de todo el mundo.

En el momento en que Miguel se despedía de Marta esta le dijo en voz baja.

—Os espero mañana á las diez en el Jardín Botánico. Tengo muchas cosas que deciros.

Miguel saludó profundamente y salió sin mirar á la princesa, pero no sin que Paulina se hubiera fijado en la mirada de Marta y en el súbito rubor del joven oficial.

—Ya los tengo, se dijo, no se me escaparán esta vez.

## XXVI

Amaneció sin una nube en el horizonte. Marta se levantó temprano, ordenó al cochero que enganchase un trinco ligero y á las nueve y

media salió de su casa dejando al príncipe, que se había recogido muy tarde, sumido en un profundo sueño.

No creyéndose culpable, no tenía miedo de ser sorprendida, y al recorrer las calles al trote largo de su caballo, miraba tranquilamente á su alrededor dispuesta á saludar al primer conocido que encontrase.

Hacía un frío glacial; una especie de vapor medio congelado rodeaba á modo de nubecilla blanca las narices del caballo; las aceras recién barridas y salpicadas de arena fina, dibujaban dos líneas amarillas á lo largo de las calles; la escarcha, deslumbrante bajo los rayos de un sol de invierno, revestía de lentejuelas los techos de las casas y los salientes de los edificios, y el humo, que se escapaba de las chimeneas en grandes copos negros, se iba disipando en caprichosas nubes, á impulsos del viento, desgarrándose en girones violáceos.

Marta contemplaba este espectáculo y gozaba de la vida con intensidad. Sobre su pecho había gravitado por espacio de veinte meses, un peso enorme, y al verse libre de este fardo que le oprimía el alma, respiraba á su gusto, ensanchando los pulmones. El camino se le hizo largo; atravesó el Neva y le pareció que era una extensión inmensa, infinita, un océano de hielo, detrás del cual la verdad y el honor la esperaban en la orilla.

Al llegar á la puerta del Jardín Botánico se detuvo un momento. Aquella enorme masa brillaba al sol como un diamante gigantesco; no se veía ni un árbol, ni una rama en la cual la escarcha no dibujase sobre un cielo azul la silueta de sus contornos.

Hubiérase dicho que era una inmensa roca de coral blanco, puesta allí por milagro.

Marta se dirigió á pie por el camino que conduce á los invernaderos; los árboles extendían por encima de su cabeza su virginal magnificencia. De vez en cuando, un pájaro volaba, sacudiendo sobre el camino el agua helada de las hojas, pero en seguida perdiase el ruido de sus alas en el gran silencio de la nieve. El reino del hielo no pertenecía más que á Marta.

Se detuvo un momento en las oficinas de la administración del parque para enterarse en dónde podría adquirir algunas semillas y plantas de salón y después se dirigió á los invernaderos.

Desde que salió de su casa no había experimentado la menor inquietud, pero cuando vió á Miguel Averief que la esperaba en el vestíbulo de cristales, sintió un estremecimiento que recorrió todo su ser.

Se saludaron sin despegar los labios, entraron juntos, y de repente, por una bagatela insignificante, se sonrojó Marta. Un empleado del parque, sin fijarse en ella, le presentó la pluma con la cual debía inscribir su nombre en el registro preparado á este efecto. Dudando lo qué hacer, miró á Miguel, y éste cogió la pluma y escribió un nombre cualquiera.

Después ofreció el brazo á Marta, avergonzada y confusa, y entraron en el invernadero.

La primera bocanada de aire que les dió en el rostro, estaba tan cargada de perfumes, era tan penetrante el olor de sávia y el calor era tan húmedo, que Marta intentó retroceder para volver á su casa. No había previsto el efecto que podía causar en su naturaleza joven aquel ambiente tan saturado de emanaciones vitales; sabía que aquel sitio estaba desierto, porque su hermana estuvo yendo por espacio de quince días sin encontrar á nadie, y al citar allí á Miguel no pensó en otra cosa, pero sintió remordimientos y vergüenza.

Miguel no le dió tiempo á realizar sus propósitos.

Iban paseando despacio por entre dos hileras de camelias en flor. Colocadas al borde del pasadizo, formaban una muralla de verdura por entre la cual brotaban flores de todos colores, las unas abiertas completamente mostrando orgullosas la riqueza de sus hojas, las otras, á medio abrir, indicando todavía la forma indecisa del capullo reventado; otras, por último, verdaderos botones cuidadosamente metidos en sus oscuras vainas y al extremo de los cuales una puntita color rosa, apenas perceptible, dejaba adivinar la florescencia próxima.

Marta se detuvo admirada.

—No he visto nunca tantas flores! le dijo á Miguel.

Esta frase rompió el hielo. Ninguno de los dos se había atrevido á proferir una palabra y he aquí que las flores se cuidaron de descartar el peligro.

Continuaron hablando como si un abismo no los hubiera separado de aquel dichoso tiempo en que podían decirse todo sin obstáculo alguno.

El guarda del invernadero, esclavo maquinal de su consigna, los seguía con aire taciturno y de fastidio. Poco le importaba saber si esta pareja eran hermanos ó enamorados que se ocu tan. Su consigna era impedir que estropearan las plantas; lo demás le tenía sin cuidado.

Sin embargo, Marta no hacía más que volver la cabeza para ver si les seguía alguien.

—Espere un momento—dijo Miguel que comprendió su temor.

Abrió una puerta y Marta no pudo contener un ligero grito de sorpresa.

Ante su vista apareció una alta cúpula de cristales, dentro de la cual los bananos, los chirimo-

yos y las palmeras desenvolvían á sus anchas su altura gigantesca. Las palmeras, ávidas de sol, enderezaban sus hojas hacia el espacio, buscando en el cielo la patria ausente; por dos veces habían tenido que renovar los cristales de la cúpula; las vigorosas ramas, en su impulso continuo, habían vencido el obstáculo abriéndose camino con perseverancia indomable. Una multitud de pájaros de los trópicos con plumaje multicolor, revoloteaban por entre el espléndido follaje. Musgos y helechos de todos tamaños extendían sus menudas hojas por todos los rincones, y los naranjos en flor embalsamaban el aire con su perfume penetrante.

—Ya estamos en vuestra casa, dijo Miguel á la princesa. Venga usted por aquí.

Y se dirigió hacia una escalera de hierro que aparecía medio oculta entre el follaje. La princesa le siguió, fija la vista en la oscura masa de hojas lustrosas.

Llegaron á la primera meseta. En un balcón aéreo se extendía á su vista atravesando el invernadero de un extremo á otro. Anduvieron un trozo y se detuvieron apoyados en la balaustrada.

Por encima de ellos, había emplazada otra segunda galería aérea. Las grandes hojas de los cocoteros la cubría con una lluvia de verdura. En todo lo alto, los cristales de la cúpula permitían ver el sol y el cielo. A sus pies, un mar de follaje, zarzales de ramas erizadas; tallos nudosos de ficus serpenteando con sus largas hojas charoladas; troncos de palmera elevándose como columnas cubiertas de escamas sobrepuestas; hojas de banano arrollándose en volutas lucientes; áloes y cactus desenvolviendo sus agujas; racimos de frutos colgantes de los muros, la vida vegetal con todo el esplendor de los trópicos.

—Esto es la primavera--dijo Miguel á media voz.

—La primavera eterna... murmuró Marta poseída de una insuperable melancolía.

Y haciendo un esfuerzo sobre sí misma, se volvió hacia Miguel apoyando una mano en la barandilla.

—Os he querido ver, comenzó, para deciros las injusticias que he cometido con usted y para explicaros el modo cómo he sido engañada.

Miguel la miraba fijamente; pero la princesa continuó sin turbarse, poseída de que estaba cumpliendo con un imperioso deber de conciencia.

—Os hubiera querido ver en mi casa el día de mi cumpleaños me parecía que vuestra presencia me hacía feliz y experimentaba un disgusto cuando después de haberos esperado, no aparecáis. Y aquel día más que ningún otro.

La voz de Marta se debilitaba por instantes; guardó un momento de silencio y luego continuó:

—¿Me envió usted un bouquet?

—Sí.

—No lo recibí y claramente se ve que impidieron su llegada á mis manos. ¿Qué decía usted á mi padre en aquella carta que escribió usted desde Mentón y que tampoco se recibió?

—Le decía que tan pronto regresara del viaje, iría á hacerle una súplica de cuyo resultado dependía la felicidad de toda mi vida.

Marta bajó los ojos y reflexionó.

—Este bouquet y esta carta han sido ocultados por una misma mano.

—¿Sospecha usted?...

—¡De Paulina, estoy segura! El día de vuestra marcha me dijo...

Marta no pudo continuar de tan absurda como le pareció su conducta. ¡Qué credulidad la suya en aquel entonces! ¡Y cómo se supo Paulina aprovechar de ella!

—Termine usted, se lo ruego; hemos venido

aquí para hablar francamente,—dijo Miguel emocionado con Marta.

—Pues me dijo que se llevaba usted á su hija para reunirse en Italia con la madre.

—¿Y usted lo creyó? gritó Miguel indignado.

—Yo lo creí, repitió Marta bajando la cabeza.

—¡Pero si eso era inverosímil!

—Sí, pero...

—¿Qué?

—Estaba celosa y lo creía todo—contestó Marta en voz tan baja que más bien se adivinó su respuesta.

Un gran silencio reinó en el invernadero. Únicamente el agua del surtidor con su ruido argentino parecía llorar lo irreparable. Una hoja seca se desprendió de lo alto de un árbol y de rama en rama cayó al suelo lentamente. Marta levantó la cabeza con los ojos bañados en lágrimas.

—¿Me perdona usted?—dijo. ¡Ya estoy castigada!

—No tengo nada que perdonaros, respondió Miguel con una dulzura que llegó al alma de la princesa. Somos dos víctimas y es necesario que castigemos al verdugo. Si no fuera una mujer!... añadió con un rayo de cólera en los ojos

—Un ser semejante, no es mujer, ha deshonrado hasta la propia debilidad de su sexo.

Miguel explicó á su vez los motivos por los cuales no se atrevió á pedir la mano de Marta, su encuentro con Oghérof, el casamiento de Sofia Liakhine...

—Mi padre no hubiera querido saber nada sin contar con el previo consentimiento del vuestro,—dijo Marta con tristeza. ¡Estaría escrito!

Volvió otra vez á reinar el silencio. Miguel no apartaba los ojos de la princesa y ésta dirigía su mirada vaga á las hojas de los árboles sobre las que veía flotar sus sueños de otras veces.

—¿Cómo era vuestro bouquet?—le preguntó á Miguel.

—Blanco con flores de azahar. El os tenía que decir lo que yo estaba obligado á callar.

Marta suspiró y continuó mirando el follaje.

—Y ahora, dijo Miguel en voz baja ¿qué es lo queréis de mí!

—Que salgáis de San Petersburgo, con objeto de que yo, que estoy obligada á permanecer, no os vuelva á ver. No os podría hablar nunca más como lo he hecho desde .. —aquí se detuvo;— y no os puedo dirigir la palabra de otro modo distinto al que lo estoy haciendo. Bien ve usted que es necesario nos separemos!

—¿Para siempre?

—Para mucho tiempo. Hasta que se haya usted casado...

Miguel sacudió la cabeza.

—¿Jamás?

—¡Mejor! respondió la princesa casi sin querer. Entonces hasta que seamos viejos.

—¿Me lo exige usted?

—Os lo suplico.

—Obedeceré, respondió Miguel, pálido de emoción pero tan decidido como ella. Sin embargo, yo no puedo irme de San Petersburgo mañana mismo. Tengo que pedir una permuta. ¿Hasta entonces, qué quiere usted que haga?

—Me iré yo; saldré para una cualquiera de mis propiedades lejanas y no volveré hasta el invierno próximo. ¿Y usted dónde irá?

—Al Cáucaso.

Marta no respondió. Su mano temblaba imprimiendo á la barandilla un movimiento nervioso.

—Si no vuelvo, continuó Miguel, acordaos de mí, y no olvidéis que desde el primer día hasta el último, os he...

—No, no, interrumpió Marta; no me digáis lo que no debo oír; ¡os lo suplico!

Miguel inclinóse y cerró sus labios.

En aquel momento se sintió ruido en la planta baja, y abrióse la puerta del invernadero.

—Nos han cogido! murmuró la princesa llena de angustia; ¡estamos perdidos!

Miguel intentó tranquilizarla.

—Hay dos escaleras; si suben por una, nosotros bajaremos por la otra. Lo mejor es esperar aquí hasta ver lo que hacen.

Ocultos por el espeso ramaje de un árbol permanecieron silenciosos, hasta oír alguna voz que los orientase.

Los visitantes inesperados se detuvieron un momento, emprendieron nuevamente su camino y pasaron por debajo de Miguel y Marta, colgando uno del otro y hablando bajo.

—¡Es mi hermana!—dijo Marta palideciendo.

—¿Subimos, Sergio? se oyó decir á Nastia.

—Hoy no, tesoro mío, contestó Sergio. La abuelita nos reñiría si llegásemos tarde para almorzar.

Y se alejaron, siempre del brazo y hablando bajo.

Miguel permanecía mudo. Marta, inquieta, levantó hacia él su semblante lleno de lágrimas.

—¡Esta felicidad nos estaba reservada á nosotros!—dijo Miguel como contestando á la muda pregunta de la princesa.

Marta lloró amargamente.

—Adiós, le dijo á Miguel al cabo de un rato, procurando secar sus lágrimas.

—Adiós, contestó éste, mirándola ensimismado. Y le alargó las dos manos.

—No, no, ni eso; no empañemos nuestra dignidad ni con una sombra. Delante de las gentes, sí, aquí solos no. Marta Milaguine os amará

siempre; pero no pidais nada á la princesa Oghérof.

Al oír este nombre, Miguel frunció el entrecejo; la imagen detestable del marido venia á turbar la serenidad dolorosa de una despedida tal vez eterna. Marta lo comprendió.

—El príncipe será siempre un extraño para mí; pero llevo su nombre y esto es bastante para que no tenga nunca que avergonzarme ante él. Si su mano estrecha la mía, no quiero que pueda encontrar en ella otra clase de apretón...

—¿Nada, entonces?

—¡Nada, repitió Marta; nada en este mundo, y todo mi cariño hasta más allá de la muerte.

Y rápida como el deseo, atravesó el invernadero, salió á los jardines descubiertos, llegó á la puerta, y montó en su trineo.

Miguel, vencido por la lucha de tantos sentimientos opuestos, permaneció un momento como si estuviera sumido en un sopor profundo; pero sobreponiéndose á todos salió del Jardín Botánico, dirigiéndose á los muelles. Llegó al Neva y quiso atravesarlo á pie.

Cuando se encontró en medio del cauce, miró á su alrededor. Por delante, por detrás, por todas partes, se encontraba rodeado de enormes bloques de hielo erizados y confusos. Aquel año la helada había sido rápida; grandes témpanos, impulsados por un fuerte viento, se habían unido los unos á los otros, sembrando, en la misma superficie del río, obstáculos difíciles de franquear. Aquello era el movimiento en su majestuoso horror.

—El invierno, ¡el invierno eterno para mí! se dijo Miguel desesperado.

Las cúpulas de los campanarios de las iglesias brillaban al contacto del sol en el firmamento azul.

Imágenes de la fe, elevaban incesantemente al cielo sus fervientes ruegos.

Miguel se conmovió y consolado por la fe, se dijo:

—Creo en ella, puesto que me ama... y confío en la misericordia de Dios: ¡al Cáucaso!

Quando la princesa regresó á su casa, estaban su marido y Paulina almorzando uno frente al otro; ella reservada como de costumbre y al acech; el príncipe, muy disgustado, porque no le probó bien la cena de la noche anterior.

—¿Cómo te has atrevido á salir esta mañana, con un frío tan horrible? le dijo el príncipe; no has encontrado otro medio más á propósito para resfriarte? Alguna obra de caridad, con seguridad. ¡Pues está el día para esos Belenes!

—No, amigo mío, no, respondió Marta, desdoblado su servilleta; vengo del Jardín Botánico.

Al oír estas palabras, Paulina dirigió á la princesa una mirada oblicua.

—¡Qué idea! exclamó Oghérof saliendo de su apatía. Debías haberme llevado contigo.

—Me habían dicho que dormías.

—Es un paseo muy agradable, ¿verdad? Has hecho que enganchen á Black?

La princesa hizo un signo de cabeza afirmativo.

—¿Anda bien por el hielo?

—A maravilla.

—¡Oh! no lo dudo. Será necesario volver al Jardín Botánico. ¡Es delicioso en invierno! También son preciosos los invernaderos de Gromof. ¿No los has visto?

—No.

—Iremos juntos cualquier día.

—Cuando quieras, respondió Marta.

El príncipe salió de su casa, como de costumbre, sin sospechar lo más mínimo, pero Paulina notó en Marta una cierta precipitación febril en las respuestas.

Ni corta ni perezosa, se arrojó para salir y tomó un drojki de alquiler, no sin reflexionar en lo caro que le iban resultando sus averiguaciones, sin resultado alguno positivo. Pero la venganza!

Quando llegó al Jardín Botánico, entró en el vestíbulo y preguntó si se había encontrado allí un brazalet, que la princesa Oghérof suponía haber perdido en los invernaderos aquella mañana, entre diez y once.

—No se ha encontrado nada, respondió el empleado.

—Ni ha venido hoy nadie que se llamara así, añadió el que se cuidaba del registro.

—Tal vez fuera ayer; quizás no haya entendido bien la fecha. Permítame ver el libro.

El registro estaba al alcance de sus manos y como no encontró inconveniente, lo estuvo Paulina hojeando, pasando la vista por los nombres de todos en que habían visitado el Jardín desde hacía una semana. El nombre de la princesa no aparecía.

—Me habrán informado mal, dijo. Iré á los invernaderos Gromof. Tal vez fuera allí.

Paulina regresó descorazonada. Por dos veces habían fracasado sus intentos. ¿Le iría á abandonar su estrella? ¿No podría averiguar en donde había estado Marta aquella mañana?

Su estrella no le había abandonado y la prueba la tuvo aquella misma noche.

Los recién casados se quedaron á cenar en casa de la princesa. A media comida, Nastia preguntó á su hermana:

—¿ómo es que no te hemos visto esta mañana en el Jardín Botánico? Tu trineo estaba en la puerta.

Marta sonrió, y conteniendo su angustia dijo:

—Os he visto pasar, cuando me encontraba en la galería del primer piso del invernadero grande.

—¿Y por qué no nos llamaste? hubiéramos regresado juntos, dijo Nastia.

—Ibais tan encantados que no quise interrumpir vuestro ídilio, respondió Marta siempre sonriendo.

Además hubiera podido ser la causa de que llegarais tarde para almorzar y la abuelita os hubiera reñido.

—¿Sergio! ¡nos ha oído! dijo Nastia dirigiéndose á su marido.

—No oí más que eso, añadió Marta sorprendida de su sangre fría.

Paulina prestaba extraordinaria atención á este diálogo.

—¡Esta mañana no me dijiste que habías visto á esa pareja de palomos! dijo el príncipe en tono de reproche jovial.

—No sabía si les sentaría bien que se divulgara su secreto, respondió la princesa. Los enamorados aman la soledad y el misterio, añadió con tono indiferente.

Paulina estaba tan encantada que hasta perdió el apetito. ¿Cómo es, se decía, que va al Jardín Botánico y no da su nombre? Es que tendría miedo á que pudiesen buscarla. Y el hecho es cierto...

Marta estaba en la galería con Miguel Averief

cuando pasaron estos badulaques. Y han sido tan tontos que no los han visto!

Paulina, después de estas reflexiones, alzó los hombros llena de piedad por la bestia humana y le volvió el apetito.

Pero cuál no sería su sorpresa, cuando dos ó tres días más tarde, anunció Marta su intención de ir á una de sus propiedades situadas al sud de Moscou, para esperar la llegada de la primavera, en un clima menos riguroso!

—¿Se va? decía Paulina para sí; se va en el preciso momento en que acaban de ponerse de acuerdo. No lo entiendo y lo peor es que me llevará consigo y que el señor Milaguine se desentenderá de mí para siempre!

En efecto, Marta, había decidido llevarse á Paulina; el príncipe insistió en lo contrario, sin comprender el interés que tenía su mujer, pero ésta no quería de modo alguno dejar á Paulina entre los suyos y prefirió tenerla cerca para vigilarla mejor.

Por lo que respecta al señor Milaguine, el asunto estaba ya resuelto, pero Paulina, como los gorriones en tiempo de escasez, abrigaba todavía algunas ilusiones con las migajas de sus esperanzas.

¡Esta maldita princesa no dejaba nunca de interponerse en los proyectos de Paulina! Pensó resistirse y quedarse en San Petersburgo; pero, ¿con qué pretexto? No encontró ninguno y se vió obligada á ir embalando los vestidos de Marta, en cuya ocupación tan humillante para su ambicioso carácter, tuvo que invertir algunos días.

A duras penas pudo conseguir Marta que su familia no se opusiera á este viaje tan precipitado.

Nastia recurrió á las lágrimas de su niñera para obligar á su hermana á que se quedara, y el

señor Milaguine, desolado, no sabía qué medios emplear para obtener un resultado análogo.

—Vente conmigo, papá, le dijo un día; poco te distraerás por allí, pero seré muy feliz teniéndote á mi lado!

—¡En este tiempo, con mi reuma y mi asma! Qué ocurrencia tienes! Este viaje será mi muerte, como será la tuya, añadió desesperado. Es necesario que tu marido haya perdido la cabeza para dejarte marchar en esta época!

Este sentimiento general había concluido por entristecer á Marta sin quebrantar su resolución. Encontró una firme aliada en la señora Averief, confidente obligada de todos los disgustos de la familia.

—Dejar á la princesa, decía á todo el que la quería oír. Ella sabe lo que le conviene porque es mujer inteligente. Cuando dice que el clima de San Petersburgo no le prueba, es porque será verdad. ¿Quereis que se ponga enferma otra vez, como la primavera pasada?

A fuerza de insistir sobre el mismo tema concluyó por convencerlos y Marta pudo ocuparse de su viaje sin que la interrumpieran á cada momento las lágrimas de su hermana ni las lamentaciones de su padre.

Cuando fué á despedirse de la señora Averief la encontró sola.

—Te marchas, le dijo, y haces bien, pero no juegues con tu salud. Tu vida no te pertenece á ti sola, es también de los que te aman. Piensa en tu padre.

—Nada temáis, respondió Marta; velaré por mi salud. Usted lo ha dicho; no me pertenece. Pero tengo necesidad de reposo, volveré pronto.

La señora Averief la miraba con aire de duda.

—Sí, continuó Marta, volveré pronto, más

pronto de lo que usted se figura. ¿No sabe usted nada?

—No.

—Se va al ejército de operaciones, dijo Marta en voz baja.

Reinó el silencio. La señora Averief se acordó de todos los suyos que en la guerra habían sucumbido.

—Hubiera querido volverlo a ver otra vez, la última, aquí, en vuestra casa, dijo Marta con voz casi imperceptible. Esto no perjudica á nadie...

La señora Averief dudó un momento. La mala sana moral le impedía ciertamente proteger una entrevista de esa naturaleza, pero; habían sufrido tanto los dos y se presentaba un porvenir tan siniestro!

—Invitaré á toda la familia, aquí, la víspera de tu salida, contestó la abuela, cuyos ojos estaban cansados de llorar durante toda su vida y que comprendía todos los dolores humanos.

Marta besó la mano de la señora Averief.

No tardó en llegar el día designado. El último de Febrero, toda la familia se encontró reunida en casa de la señora Averief para despedirse de Marta.

Individualmente todo el mudo estaba triste; colectivamente se dijeron miles de locuras, como suele suceder cuando existe tensión en el espíritu y los nervios se encuentran excitados. Marta reía de tal modo que parecía tener diez y siete años. Miguel, por su parte, situado lejos de ella, bromeara con el príncipe.

A medida que avanzaba la hora, fueron languideciendo las conversaciones y la tristeza volvió á sentar sus reales entre la concurrencia. Marta tuvo el valor de dar la señal de la salida, anunciando que á primera hora del día siguiente abandonaba San Petersburgo.

—Hasta la vista todos, amigos y parientes, dijo levantándose. Que Dios os conceda salud y felicidad. Espero que á mi vuelta, estaréis todos como ahora.

Todo el mundo la saludó cariñosa y efusivamente.

Pablo Averief, que siempre que veía á la princesa, sentía remordimientos, estuvo con ella cariñosa y deferente.

Marta se dirigió á Miguel.

—Adiós! le dijo únicamente.

—¡Adiós! contestó éste, é inclinándose hacia la mano que la princesa le tendía, se la besó con profundo respeto.

Marta, con la vista baja se acercó á la señora Averief que la recibió en sus brazos.

—Ya no te veré más, Marta, le dijo la buena señora en voz muy queda. Soy muy vieja. Hubiera querido, antes de morir, ver dichosos á todos los que amo; pero no tendré esta alegría. Que Dios te proteja, hija mía, y que el cielo te dé la recompensa que mereces.

Y con su mano temblorosa bendijo á la princesa que salió pálida, pero digna y tranquila como siempre.

Su última mirada, á pesar suyo, fué para Miguel, y con ella se fueron todas las alegrías de su alma.

De Paulina no se despidió nadie.

## XXVIII

El príncipe acompañó á su mujer. Este marido indiferente que vivía tan separado de Marta como

si habitaran en hemisferios opuestos, hubiera considerado indigno de ser un caballero á cualquiera que le hubiese propuesto dejarla viajar sola. Abandonó la vida bulliciosa de San Petersburgo, por carreteras desiertas y los deshielos peligrosos del mes de Marzo, y es que Oghérof era todo un gentleman que no se fiaba de sus criados para la conservación de la vida de su esposa la princesa.

El viaje fué largo y cansado. Obligados por las alternativas de lluvia y nieve á cambiar constantemente el trineo por el carruaje y el carruaje por el trineo, se detenían con mucha frecuencia perdiendo tiempo en estas operaciones. Cinco días después de haber salido de Moscou divisaron la silueta de su casa señorial dibujarse sobre la nieve de la planicie.

Un río bastante caudaloso los separaba.

Aquella mañana fué la más peligrosa del viaje. La capa del hielo que cubría la superficie del río era tan delgada que se veía el agua por debajo deslizarse en impetuosa corriente. ¿De qué modo había de pasar el carruaje sobre esta frágil superficie?

Los viajeros atravesaron el río á pie, en tanto que el barquero buscaba, con los criados, un sitio más sólido para el coche. Después de muchas tentaciones se encontró á una versta más abajo y al obscurecer entraba la princesa en aquella casa que debía resguardar su voluntario aislamiento. Un sol de lluvia inundaba con amarillos rayos la fachada de la mansión.

—El sol os saluda, señora y soberana, dijo galantemente el príncipe á su mujer, ofreciéndole el brazo para bajar del carruaje.

Marta recordó involuntariamente su viaje de novios.

—,Con tal de que él no se acuerde! dijo para sí.

—Hasta la vista todos, amigos y parientes, dijo levantándose. Que Dios os conceda salud y felicidad. Espero que á mi vuelta, estaréis todos como ahora.

Todo el mundo la saludó cariñosa y efusivamente.

Pablo Averief, que siempre que veía á la princesa, sentía remordimientos, estuvo con ella cariñosísima y deferente.

Marta se dirigió á Miguel.

—Adiós! le dijo únicamente.

—¡Adiós! contestó éste, é inclinándose hacia la mano que la princesa le tendía, se la besó con profundo respeto.

Marta, con la vista baja se acercó á la señora Averief que la recibió en sus brazos.

—Ya no te veré más, Marta, le dijo la buena señora en voz muy queda. Soy muy vieja. Hubiera querido, antes de morir, ver dichosos á todos los que amo; pero no tendré esta alegría. Que Dios te proteja, hija mía, y que el cielo te dé la recompensa que mereces.

Y con su mano temblorosa bendijo á la princesa que salió pálida, pero digna y tranquila como siempre.

Su última mirada, á pesar suyo, fué para Miguel, y con ella se fueron todas las alegrías de su alma.

De Paulina no se despidió nadie.

## XXVIII

El príncipe acompañó á su mujer. Este marido indiferente que vivía tan separado de Marta como

si habitaran en hemisferios opuestos, hubiera considerado indigno de ser un caballero á cualquiera que le hubiese propuesto dejarla viajar sola. Abandonó la vida bulliciosa de San Petersburgo, por carreteras desiertas y los deshielos peligrosos del mes de Marzo, y es que Oghérof era todo un gentleman que no se fiaba de sus criados para la conservación de la vida de su esposa la princesa.

El viaje fué largo y cansado. Obligados por las alternativas de lluvia y nieve á cambiar constantemente el trineo por el carruaje y el carruaje por el trineo, se detenían con mucha frecuencia perdiendo tiempo en estas operaciones. Cinco días después de haber salido de Moscou divisaron la silueta de su casa señorial dibujarse sobre la nieve de la planicie.

Un río bastante caudaloso los separaba.

Aquella mañana fué la más peligrosa del viaje. La capa del hielo que cubría la superficie del río era tan delgada que se veía el agua por debajo deslizarse en impetuosa corriente. ¿De qué modo había de pasar el carruaje sobre esta frágil superficie?

Los viajeros atravesaron el río á pie, en tanto que el barquero buscaba, con los criados, un sitio más sólido para el coche. Después de muchas tentaciones se encontró á una versta más abajo y al obscurecer entraba la princesa en aquella casa que debía resguardar su voluntario aislamiento. Un sol de lluvia inundaba con amarillos rayos la fachada de la mansión.

—El sol os saluda, señora y soberana, dijo galantemente el príncipe á su mujer, ofreciéndole el brazo para bajar del carruaje.

Marta recordó involuntariamente su viaje de novios.

—,Con tal de que él no se acuerde! dijo para sí.

Paulina, que esperaba de un momento á otro el desbordamiento de la cólera de Marta, empezó los preparativos para realizar su nefasta obra. Durante las veinticuatro horas que siguieron á su llegada no cesó de perseguir al príncipe con sus antiguos cumplimientos.

—No puede pedirse un marido más amable, le decía.

Un hombre que abandona la ciudad y sus placeres para venir aquí para enterrarse vivo con su mujer, es un ser extraordinario!

—¡Pero si no me entierro! contestaba el príncipe. ¡Dentro de quince días me voy otra vez!

—Vamos, un viaje de novios, como si dijéramos, añadía Paulina con marcada intención.

—En este caso estaría usted de sobra, respondió el príncipe... Lo cual no puede ser, añadió por maquina galantería.

Llegaron, sin embargo, á tal extremo las insinuaciones de Paulina, que un día el príncipe, molesto por tanta impertinencia, le dijo;

—¡Cualquiera diría que este viaje os fastidia!

—Al contrario, príncipe, me divierte extraordinariamente, ó por lo menos tanto como la señora princesa!

—Lo dudo. Pero, vamos á ver, continuó diciendo Oghérof algo rudamente, si este viaje no es de placer será un viaje de utilidad. No teniendo usted con quién hablar, almacenará los tesoros de su ingenio para el invierno próximo. Eso hace la hormiga previsora, añadió volviéndole la espalda.

Paulina no le pudo contestar, pero una rabia inmensa invadió todo su ser. Jamás había pasado por su imaginación la idea de que pudiera odiar á Oghérof, tan amable, tan alegre y tan nulo! Pero he aquí que por una sola palabra había descendido en un momento á la categoría de aquellos que merecían su aborrecimiento. Miren uste-

des por dónde, se decía Paulina, puedo matar de un tiro dos pájaros.

Decidida la institutriz á jugar su última carta, arregló sus cosas y adquirió un trineo que dejó guardado en casa del aldeano que lo hubo vendido. Cuando fué á comprar azúcar al poblado vecino se enteró allí de que la diligencia de Moscú pasaba dos veces á la semana; cambió algún dinero en moneda pequeña y se cosió entre el forro de su vestido, los seis billetes de á mil rublos, regalo de Nastia, que le aseguraban la vida por algún tiempo. Tomadas todas estas precauciones, esperó á que llegara un día de diligencia.

Aquella mañana, precisamente, se encontraba el príncipe de mal humor. Las insinuaciones de Paulina habían producido efecto; se había fijado mucho en su mujer y la encontraba tan bonita ó más bonita que nunca. Sus amabilidades y sus pretensiones cerca de ella no daban otro resultado que un exceso de somnolencia á la princesa imposible de resistir.

El príncipe se decía que después de todo, Marta era su mujer con la cual se había casado por cariño y que si entre ellos había pasado algo, no era una razón para que estuviesen dando eternamente al mundo el espectáculo de un matrimonio unido solamente por el lazo de las conveniencias. Estaba dispuesto á hacerle el sacrificio de quedarse indefinidamente en esta Tebaida, si el clima le probaba á Marta; pero por lo menos que pudiese ejercer libremente todos sus derechos de esposo.

Sumida estaba en estas reflexiones cuando entró Paulina para hacer el té.

—¿Ha pasado buena noche la princesa?—preguntó en tono meloso después de saludar al príncipe.

—No sé nada—respondió bruscamente.

—Pero sobreponiéndose, añadió:

—Así lo creo, aunque ayer se encontraba enferma. Y continuó paseando por el comedor.

Después de cinco minutos de mover y remover las tazas, ejercicio que tenía la propiedad especial de irritar los nervios del príncipe, puso Paulina la tetera sobre una fuente, y dijo con voz plañidera:

—¡Pobre princesa, qué triste está!

Oghérof se detuvo y miró á Paulina con un aire interrogador. Esta pareció no hacer caso.

—Príncipe, ¿ha leído usted el periódico de antes de ayer?—dijo Paulina al cabo de un rato.

—No, contestó Oghérof volviendo á su interrumpido paseo.

—¿Dónde estará? continuó diciendo Paulina, dirigiéndose á buscarlo. Trae noticias de algunos amigos de usted.

—¿Qué?—dijo el príncipe maquinalmente.

El teniente Graab asciende á capitán de caballería en reemplazo de don Miguel Averief que permuta, á su instancia, para el ejército del Cáucaso.

—¿Averief al Cáucaso?—repitió el príncipe.—Eso no es cierto. ¿Dónde lo dice?

Y cogió el periódico de manos de Paulina, leyendo él mismo en alta voz esta extraordinaria noticia.

—Pues Averief no me ha dicho nada de este proyecto!

—¡Oh, príncipe no es á usted á quien tenía que decirselo—dijo Paulina arteramente.

—¿Por qué?

El príncipe, nervioso, hablaba en forma desusada. Paulina no respondió y empezó á hacer ruido con las cucharillas.

—¿Por qué? os he preguntado—repitió Oghérof dando un paso hacia delante.

Paulina se tocó la ropa para cerciorarse de

que llevaba su dinero encima, y mirando al príncipe con marcada expresión, le dijo:

—No lo sé, pero aunque lo supiera tampoco lo diría. Son asuntos que no me interesan.

Con los ojos bajos y con la tetera en la mano derecha y el colador en la izquierda se disponía á llenar las tazas, cuando el príncipe la cogió por una muñeca obligándola á dejar la tetera sobre la mesa.

—¡Hable usted!—le dijo con voz imperiosa.—Ha dicho usted ya demasiado para callarse. Por qué está triste mi mujer y porque Averief sale para el Cáucaso?

—¡Pero que tiene que ver una cosa con la otra!—dijo Paulina.

—¿Usted me toma por un imbécil—añadió el príncipe;—una cabeza desequilibrada, sí; un imbécil ¡no! Va usted á decirme inmediatamente lo que sepa, ó lo que haya usted inventado, sino... Hable usted, Paulina—añadió con calma aparente, y no me haga usted olvidar que soy un hombre, y usted una mujer.

—Usted lo ha querido, príncipe, el cielo es testigo...

—¿Concluirá usted de hablar?—gritó exasperado Oghérof dando un puñetazo sobre la mesa.

Con los ojos bajos, contó Paulina al príncipe cómo Miguel Averief había querido á Marta; cómo, el día de la salida de Averief para el Extranjero, había estado Marta llorando todo el día, primero en el jardín y luego en su habitación.

—¿Llorando?—interrumpió el príncipe que la escuchaba con calma impasible.—¿Por qué?

—Porque había circulado el rumor de que don Miguel tenía una hija...

—¡Oh, sí, lo sé! ¿Y qué?

—Pues que se habrá usted convencido de que la pobre princesa amaba al señor Averief.

—¿Ya?—rugió el príncipe. —Luego hay alguna cosa todavía. Pero soy loco, al escuchar estos chismes de criadas. Es usted una miserable, Paulina, contándome esas patrañas.

—Miserable si usted quiere—respondió Paulina dirigiéndole la envenenada mirada de sus ojos de víbora; pero eso es tan verdad como el hecho de que vuestra mujer y Miguel Averief han tenido algunas citas. Tengo las pruebas.

—¿Citas?—respondió el príncipe, palideciendo y dando un paso atrás.

—Citas en el Jardín Botánico.

—¡Estúpida!—gritó Oghérof—si allí se encontró con su hermana.

—¡Pero no inscribió su nombre en el registro!—replicó Paulina triunfante—lo que prueba que no estaba sola en la galería, allí en aquel balcón del primer piso donde no la veía nadie. ¿Si no tiene por que ocultarse, por qué no puso su nombre? Además, yo he visto como se daban las citas. Yo las he presenciado. Miguel Averief es el amante de vuestra mujer y la princesa está triste porque Miguel la abandona.

Oghérof dió un salto hacia Paulina, pero ésta corrió é interpuso la mesa entre los dos.

—Iba á llenarme de babas—dijo el príncipe conteniendo su indignación; y á olvidar que es usted una mujer. Señorita Hopfer, os echo de mi casa.

—Esto no cambiará los sucesos—replicó Paulina con risa satánica, cerrando la puerta tras de ella.

A duras penas pudo contener Oghérof su deseo de retorcerle el cuello. Se detuvo, sin embargo, y atravesando el comedor franqueó unas cuantas habitaciones al extremo de las cuales se encontraba la alcoba de Marta. La puerta estaba entrecerrada; dudó un momento para entrar, pero

llamó con los nudillos y penetró en la habitación sin esperar respuesta.

La princesa se encontraba delante de un espejo; sus magníficos cabellos, trenzados, pero sin recoger, se extendían á lo argo del peinador. Al ruido producido por la puerta, volvió la cabeza y se quedó estupefacta, esperando una explicación. Con la mirada interrogaba al príncipe. Este respondió francamente:

—Acabo de echar á Paulina Hopfer.

Marta comprendió que llegaba la hora. Se puso una mano sobre el corazón para calmar su angustia y siguió mirando á su marido.

—Es una infame calumniadora. Se ha atrevido á decirme que has querido á Miguel Averief.

—Esa mujer es una infame, en efecto, y deshonra nuestra casa—respondió Marta;—pero te ha dicho la verdad: yo he querido á Miguel Averief.

—¿Y te atreves á decírmelo—dijo el príncipe pálido de coraje y con los dientes cerrados.

—No se lo he dicho á nadie más que á ti. Si me lo hubieras preguntado antes de casarnos, te hubiera dicho lo mismo que te digo hoy.

—¿Por qué no eres su mujer, entonces, en lugar de ser la mía?

—Porque Paulina le calumnió como me está calumniando á mí hoy, é hizo que le despreciara.

—Pero este desprecio no ha durado mucho tiempo, ¿verdad?—dijo el príncipe cuyos celos le ahogaban.

—Hasta que regresó Pablo Averief con la niña de que se acusaba á su hermano ser el padre.

—¿Y después?...

—Como es mi marido quien interroga—respondió Marta con dignidad—contestaré, porque está en su derecho. Después, comprendiendo que mi conducta había sido injusta, lastimando con

ello á un hombre digno de estima, le puse de manifiesto el sentimiento que me había causado el obrar tan á la ligera.

—¿Una cita, ¿verdad?

—Sí, príncipe; confieso mi falta. Yo no debía haber solicitado esta cita, puesto que yo fui quien la pedí.

—¿En dónde?

—En el Jardín Botánico.

—¿Y no maldeciste el obstáculo, el marido que os impedía ser felices? ¿No os jurasteis un amor eterno?

—No hemos maldecido á nadie; nos separamos para siempre, demasiado dignos para delinquir. Si yo le hubiera estrechado la mano, no hubiera intentado nunca más apretar la tuya.

Y diciendo esto, Marta extendió su mano derecha al marido con un gesto de dignidad tal, que la cólera de Oghérof cambió en seguida de objetivo.

—¿Sabes que Miguel se ha ido al Cáucaso?—le preguntó el príncipe después de haber dejado la mano de Marta.

—Y yo te he pedido que me trajeras aquí—contestó la princesa por toda respuesta.

Oghérof, subyugado, dobló una rodilla ante su mujer.

—Te pido perdón por haber sospechado de ti; pero esa víbora de Paulina tiene un modo de decir las cosas que hace á uno salir de sus casillas.

—La conocía, respondió la princesa.

—Y ¿por qué la conservabas á tu lado?

—Porque quería evitar lo que ha ocurrido hoy. Si me hubieras preguntado, te hubiera respondido. Recuerdas los obstáculos que te puse antes de decidirme á darte mi consentimiento.

—Ya lo creo que me acuerdo ¡Ah! si yo hubiera sabido... Pero, querida Marta, no me detestas por eso ¿verdad?

—No, príncipe, respondió Marta; te estimo y te amo como un hombre honrado y excelente amigo.

—Pero, y á él ¿le amas todavía?

—Nos hemos separado para siempre; no debe existir más para mí.

El príncipe suspiró.

—Y ahora que recuerdo, dijo, ¡esa víbora se va! Es capaz de ir extendiendo por el mundo todas esas calumnias infames. A cualquier precio, por interés ó por terror, es necesario asegurar su silencio. ¡Con tal de que no se haya marchado todavía!

Y salió de prisa para reaparecer nuevamente.

—Marta, dijo, eres una mujer honrada.

Miguel Averief vale más que yo; es un hombre formal y yo no soy más que una cabeza ligera; pero puesto que la suerte te ha concedido al príncipe Oghérof, haré todo lo posible para merecer tu cariño.

Y haciendo un signo de despedida, salió nuevamente.

Marta se sintió abrumada. Una nueva cruz aparecía sobre sus hombros. ¿Tendría que verse obligada ahora á luchar con el amor de su marido?

Anonadada, se echó á rodar hasta el fondo de un abismo de desolación.

huracán que le amenazaba. Tomó posesión de su trineo, compró y pagó un caballo que el labriego le proporcionó á buen precio, se instaló en el vehículo con una maleta y tomando las riendas, se puso en camino.

¡Qué talento el suyo! En un momento y de un solo golpe había hecho desgraciado al príncipe, había deshonrado á la princesa y preparado la bala que un día ú otro tenía que matar á Averief de manos del marido ofendido.

Fustigaba al caballo con las riendas, pues en su precipitación se olvidó de comprar un látigo. Pronto quedó tras ella un buen trozo de carretera surcada de rastros oscuros. Era á fines de Marzo y el deshielo, desde hacia algunos días, proseguía su obra con actividad. El caballo, al trotar, levantaba grandes cantidades de lodo y nieve fundida que salpicaba el semblante de Paulina; pero ésta parecía no cuidarse mucho de ello. En la nueva vida emprendida, tenía que soportar tantas desazones!

—La última palabra ha sido la mía, se decía satisfecha. Y se hubiera frotado las manos si no hubiera tenido que guiar al caballo. Reemplazó, sin embargo, este signo de satisfacción por una fuerte sacudida á las riendas que quedaron marcadas en el lomo del pobre animal. Este se vengó echando una porción de lodo á la cara de su dueña.

—Espera, espera, le decía al caballo, no te castigaré, no, pero te venderé á mejor precio de lo que me has costado.

El río, oculto por un pequeño bosque de abetos, serpenteaba al pie de un escarpado talud. Paulina descendió tomando todo género de precauciones; pero al llegar abajo, levantó los ojos y se quedó estupefacta. La mitad de la superficie helada que cubría el río había desaparecido reem-

plazándola una corriente de agua limpia y cristalina; la otra mitad, protegida por la sombra del bosque, cubría el resto del río adherida á la orilla, formando una especie de puente hasta en medio del agua.

¿Cómo se había de hacer para pasar? En la orilla opuesta se veía una barca, pero el hielo le impedía abordar la orilla contraria. Por todos lados á donde Paulina dirigió la vista el problema quedaba sin resolver.

Paulina llamó al barquero, pero éste, que no tenía nada que hacer, se había ido á dormir sobre el heno cercano y no contestaba. La voz de Paulina era, sin embargo, tan penetrante, que hubiera despertado á un muerto. El barquero llegó estirándose y bostezando.

—¿Cómo se puede pasar? le preguntó Paulina sin preámbulos de ninguna clase.

—No se puede, respondió el barquero. Vuelva usted á su casa.

—No puedo, tengo mucha prisa. Es un asunto urgente. Te pagaré bien si me encuentras un medio para pasar.

Esta oferta concluyó de despertar al barquero.

—Hay un medio, dijo, aunque incómodo.

—¿Qué medio es ese?

—Pues acercar el trineo hasta el borde del hielo; yo aproximo la barca, se fustiga al caballo y ya está.

—Pero ¿puede ir el trineo en la barca?

—Sí.

—¿Y no se romperá el hielo?

—Algunas veces sucede, pero como tiene usted tanta prisa...

En lo alto de la carretera se sintió el galopar de un caballo, y Paulina tuvo miedo.

—Anda, desatraca, le dijo al barquero; vengo enseguida.

El barquero condujo lentamente la barca.

—La corriente es muy rápida, dijo, y hay mucha agua. Espérese un momento que voy á buscar los remos.

—Concluye de una vez... ¡te daré un rublo! gritó Paulina nerviosa.

El galope del caballo se sentía más próximo.

El barquero reapareció con los remos y se puso á remontar la corriente en dirección oblicua para llegar de este modo al sitio más favorable. En aquel momento el galopar del caballo dejó de oírse y Paulina, horrorizada, vió á Oghérof en el extremo del talud, á quince pies por encima de ella.

—Paulina, gritó el príncipe. Esperadme, tengo que hablaros.

—No, contestó ésta. Todo ha concluído.

—Tengo que hacer os una proposición.

—¡Nada! respondió Paulina tomando las riendas.

El trineo avanzó sobre el hielo.

—¡Os daré mucho dinero! le decía el príncipe haciendo descender con mucha precaución á su caballo por la peligrosa pendiente del talud.

—Soy moderada en mis gustos, respondió Paulina. Ya tengo lo suficiente. Adiós.

Y su trineo había llegado á la mitad de la superficie helada que cubría una parte del río.

—¡No os iréis! gritó el príncipe encolerizado.

—Tengo las pruebas, dijo Paulina sin volver la cabeza.

—¡Son falsas!

—Ya lo veremos, dijo la alemana que estaba próxima á llegar á la barca.

—¡Pues viva ó muerta me las dará usted! gritó el príncipe en el colmo de su cólera, y lanzó su caballo sobre el hielo.

—¡Pasaremos juntos!

Un espantoso grito le respondió. Percibióse un ruido seco y el hielo cedió al peso de tan inesperada carga. Loca de terror, Paulina golpeó violentamente al caballo y éste dió un salto, pero no pudo llegar á la barca y desapareció en la corriente arrastrando consigo al trineo y á Paulina.

—Sálvela usted, príncipe, sálvela, gritaba el barquero; el río no es profundo.

Oghérof contemplaba el agua que seguía describiendo círculos concéntricos.

—Al fin y al cabo se trata de una mujer, se dijo el príncipe. Y mi vida vale tan poco! ¡Ni siquiera me llorará Marta! ¡A la bondad de Dios!

Espoleó al caballo para que saltara al agua; pero el animal tenía miedo y se encabritó; un segundo estremecimiento quebrantó el hielo hasta la orilla y Oghérof con su caballo desaparecieron por entre una enorme grieta.

Por dos veces caballo y caballero aparecieron en la superficie y por dos veces el barquero, horrorizado, tendió el remo. A la tercera vez, el caballo, rendido, pudo ganar la orilla... ¡solo!

Paulina dormía para siempre en el fondo del río... ¡Marta había quedado viuda!...

honero. El señor Milaguine estaba de tal modo abatido que hubo de renunciarse á que dijera una palabra del suceso. Su pensamiento no estaba más que en Marta.

—¡Pobre princesa, pobre princesa, repetía; después de dos años de matrimonio! ¡Y tanto como se querían!

Inmediatamente se puso en camino, con Sergio y Nastia, para rendir el último tributo á su yerno y traer a su hija.

El cuerpo del príncipe había sido conducido á su casa y Marta lo estuvo contemplando mucho rato sin que una lágrima brotara de sus ojos dilatados por el pasmo. Aquel semblante que la muerte no deformó y en el cual las penalidades de la vida no habían tenido todavía tiempo de marcar sus señales, tenía para ella una especie de misteriosa atracción.

En vano se pretendió alejarla de la cámara mortuoria; se dejaba llevar como un autómata, pero al cabo de un momento se la volvía á encontrar absorta en la contemplación del cadáver, sin lágrimas y sin palabra.

Una duda espantosa le torturaba el alma.

—¿Habrá muerto queriéndome vengar? ¿Se habrá suicidado porque yo no lo quería?

Por la noche, se levantaba sin hacer ruido y echándose un abrigo por encima de sus hombros, se dirigía á la cámara frigorífica en donde reposaba el príncipe hasta que se hicieran los funerales. Allí y mientras que un diácono medio dormido entonaba con monótona voz los versículos fúnebres á la luz vacilante de los cirios, ella estudiaba aquel semblante inmóvil cada uno de cuyos pliegues tenía para su espíritu atormentado, un nuevo y horrible significado. De rodillas, al pie del abierto ataúd, rozando su cuerpo con el paño dorado del catafalco, rezaba é interroga-

ba á Dios. Su conciencia le decía que había cometido una imprudencia, tal vez un crimen.

De este modo encontró á Marta su familia, á los cinco días del luctuoso suceso.

Los funerales se celebraron al día siguiente, asistiendo á ellos inmensa muchedumbre acudida de doscientas verstas á la redonda. Desde hacía mucho tiempo no se habían visto en el país, funerales tan suntuosos.

Los restos de Paulina, encontrados un día después del accidente, se enterraron sin pompa alguna en un rincón del cementerio. Su religión era distinta á la de la iglesia griega. Marta no quiso verla.

Después de los funerales y cuando los invitados abandonaron la casa mortuoria, la familia se reunió en un salón. Había de tomarse una determinación.

El señor Milaguine no quería oír nada que se refiriese á que se quedara su hija en el campo; á sus súplicas, contestaba invariablemente la princesa. «Yo no puedo abandonar los restos de mi marido.» En vano su hermana y su cuñado le rogaban que se fuera con ellos; siempre contestaba con el mismo razonamiento; como si aquella frase fuera una obsesión.

Así estaban, cuando una criada anunció á la princesa que el barquero se encontraba en la casa y pedía permiso para verla.

—¿El barquero? ¿Y quién es ese individuo? preguntó la princesa.

—El barquero que estaba en el río, el día...

—¿Había un barquero? gritó Marta levantándose. ¿Y ese hombre ha visto...?

—Sí, Alteza, lo ha visto todo y viene á entregarnos un objeto que ha encontrado.

—Yo creía que no había allí nadie, dijo Marta después de un momento de silencio. ¿Cómo es que no he sabido nada?

—Se le dijo á usted el mismo día, Alteza; lo que es que no estaba su Alteza para nada.

—Está bien, dijo la princesa, ahora voy.

Y se dirigió hacia la puerta; pero á medio camino flaqueó y extendió los brazos en el vacío para apoyarse. No podía andar. Se la sentó en una butaca y el señor Milaguine ordenó que entrara el barquero.

—No, no, dijo Marta probando á levantarse. Quiero verlo yo sola.

—Para eso, no, gritó el señor Milaguine colérico; no faltaría más sino que después de haber perdido á mi yerno, perdiera á mi hija! Decid á ese hombre que entre, y de prisa, dijo al criado con un tono de autoridad absoluta.

Marta, impotente, bajó la cabeza. Después de todo ¿qué le importaba que este hombre pudiera acusarla ante su familia, no sabiendo nada y contando lo que había visto?

El barquero entró, deteniéndose á pocos pasos de la puerta.

—¿Estabas allí, cuando ocurrió la desgracia? empezó á preguntarle el señor Milaguine.

—Sí, Excelencia.

—¿Estabas solo?

—Solo, Excelencia; cuando la señorita llegó estaba durmiendo.

—¿Y qué fué lo que te dijo?

—Me preguntó por dónde se podía pasar y yo le dije que por ninguna parte, y que por lo tanto tenía necesidad de regresar. Ella respondió que quería pasar á la fuerza.

—¡Pero usted no debió haberlo permitido! dijo el señor Milaguine en tono de reproche.

—Verá usted, Excelencia, nosotros pasamos muy bien y no nos ocurre nunca ninguna desgracia.

Si caemos al agua, salimos en seguida y he ahí

todo; pero la señorita no sabía lo que se hacía y quería atravesar el río cuanto más pronto mejor.

—¿Y por qué quería atravesar con tantas prisas? interrumpió Sergio que escuchaba con atención.

Desde su llegada, y por explicaciones de los criados había deducido las causas probables del suceso; pero en todo ello había un misterio que importaba mucho aclarar.

—Pues porque su Alteza el príncipe difunto quería impedirle lo pasara.

—¿Y no sabe usted por qué?

—No sé nada, dijo el barquero rascándose la oreja. Son cosas que no me interesan...

—Di, di, y nada temas, interrumpió el señor Milaguine para animarle.

—Pues bien, siguió diciendo el barquero, cuando el príncipe llegó á lo alto, gritó á la señorita: Deseo hablaros, espéremel y ella respondió que no. Entonces se aproximó un poco más y le dijo: ¡Te daré mucho dinero! y la señorita volvió á decir que no.

En vista de esto, yo no sé lo que le dijo nuevamente su Alteza, pero el caso es que ella se puso á reír. El príncipe se encolerizó y quiso sujetarla y entonces fué cuando la señorita fustigó á su caballo y se rompió el hielo.

—¿Y el príncipe?

—El príncipe estaba á caballo.

—¿Y no se arrojó tras ella?

—No, dijo el barquero reflexionando un poco. Se conoce que su Alteza no tenía la intención de tirarse al agua. Yo grité: ¡Sálvela usted! ¡sálvela usted! En estos momentos ya saben ustedes que uno no tiene la cabeza muy segura... si yo hubiera sabido... bien seguro que nada hubiera dicho...

—Bueno, bien, y saltó...

—Sí, señor, se santiguó y saltó...

Marta levantó la cabeza y miró al barquero.

—Su caballo se conoce que aborrecía el agua, continuó diciendo el barquero, puesto que se resistía como un diablo. Por dos veces aparecieron en la superficie; la primera vez, extendí un remo y creí que el príncipe iba á cogerlo—no le faltó una pulgada;—la segunda vez, ya estaba lejos, pues la corriente se lo había llevado. Puede decirse que su caballo lo ha matado, tan verdad como soy cristiano!

Marta no apartaba la vista del barquero.

—¿Puedes jurar ante Dios de que dices la verdad? le preguntó ésta con un acento de voz tan extraño que toda la familia miró sorprendida.

—Ante Dios juro, por la salvación de mi alma, de que he dicho la verdad, dijo el buen hombre.

—¿El príncipe no tenía intención de saltar?

—Yo hice mal, señora, sí, hice mal; ¿pero qué es lo que me puede ocurrir? dijo el barquero asustado. Yo le dije que saltara, es verdad, pero yo mismo lo hubiera hecho si no hubiera sido porque tenía que sujetar la barca contra la corriente. No es culpa mía, el que haya querido Dios que ocurriera una desgracia!

—¿No tenía intención de saltar? ¿Estáis seguro? repitió Marta con insistencia.

—Seguro. ¿Quién es la persona que desea echarse al agua en el mes de Abril?

El buen hombre comenzaba á arrepentirse de haber ido. Marta no contestó, pero sus labios morados se agitaron convulsivamente y tenía tan apretados los dedos, que quedaron señalados en la palma de sus manos.

—Y he aquí lo que he encontrado, rastreando por el fondo del río, dijo el barquero poniendo sobre una mesa un pedazo de cadena en el extremo de la cual pendía un medallón con el retrato de la princesa.

—Gracias, le dijo el señor Milaguine, recompensando su servicio con un puñado de monedas, eres un buen hombre. ¿Se puede marchar? le preguntó á su hija.

—Espera un momento, respondió Marta. ¿Has dicho que el príncipe luchaba con el agua y que intentó coger el remo?

—Sí, señora.

—¿Luego crees que eso ha sido un incidente?

—¿Seguro! ¡Un señor tan joven y que tanto podía disfrutar de la vida!...

—¿De modo que se tiró al agua para salvar á la señorita? ¿Estás seguro?

—Sí, señora, segurísimo.

Marta se levantó, agitó los brazos y cayó desvanecida.

Aquella misma noche, mientras que Marta por primera vez, desde su viudez, dormía profundamente, Nastia se llevó á Sergio á un rincón.

—¿Sabes, dijo ella, que estoy segura de que Marta ha creído que el príncipe se había suicidado?

Sergio no contestó.

—¿Y tú, qué piensas?

—¿De qué?

—¿Crear que Marta ha supuesto lo que te he dicho?

—Ciertamente, contestó Sergio con alguna repugnancia.

—¿Y tú, lo crees?

—Yo no, dijo después de un momento de silencio. ¿Para qué había de matarse? Tenía todo lo que hace falta para ser feliz.

En el país, Oghérof no pasó nunca por ser un santo y todo el mundo creyó que se había ahogado persiguiendo á su querida que le abandonaba.

Después de algunos días de tranquilidad, consiguió la familia que Marta se fuera con ella á

San Petersburgo y toda la comitiva entró en la ciudad, en la época en que la gente pudiente la abandona.

La señora Averief, después de enterarse minuciosamente de todos los detalles, instaló á Marta en su casa y ella misma la atendía con maternal solicitud, puesto que la joven viuda estaba muy débil y guardaba cama con mucha frecuencia. La conversación de esta señora, fundida en el crisol de tantas desgracias soportadas dignamente, era para Marta un lenitivo á sus angustias.

Un día decidióse á hablar con la señora Averief.

—Es posible que mi marido no se haya suicidado, pero lo que es cierto es que en aquel momento no hacía mucho caso de la vida. ¿Qué podía esperar de una existencia que yo no podía hacerle agradable? Si, como era de temer, había vuelto á enamorarse de mí, hubiéramos sido muy desgraciados!

—Hija mía, lo que Dios hace bien hecho está, contestó la señora Averief. Eres todavía muy joven y la vida es larga. Tienes el derecho de ser feliz, puesto que no has faltado nunca á ninguno de tus deberes.

A fuerza de insistir, concluyó por convencer á Marta, que poco á poco fué recobrando la salud.

## XXXI

La guerra del Cáucaso podía darse por virtualmente terminada desde que Schamyl dejó de es-

tar á la cabeza de la resistencia insurgente. Alguna que otra partida suelta combatía con la tenacidad de la desesperación, y la lucha, circunscrita á un pequeño territorio, tendria forzosamente que acabar pronto. Miguel no encontró grandes facultades para permutar y á mediados de Marzo ya estaba en camino.

Dejó San Petersburgo en un estado de espíritu excelente; y había escogido el Cáucaso porque aquel teatro de luchas y de gloria era el único en donde podía prestar servicios á su país. Sin embargo, su inclinación no nació del entusiasmo de las armas; sabía que aquella era una guerra peligrosa de sorpresas y emboscadas y estaba muy lejos de su ánimo hacerse matar premeditadamente. Viviendo resignado podía dar pruebas de valor y ser útil á su patria, pero ¡morir cuando tal vez llegara un día en que Marta tuviera necesidad de él! Eso no.

En ese estado de ánimo, fué á despedirse de su tía la señora Averief.

—En el Cáucaso murió mi hijo y en Turquía mi marido, le dijo. Tu volverás, más feliz y más tranquilo. Pero tanto allí como aquí, haz honor al nombre de Averief.

Como una matrona romana, se revistió de valor y bendijo á Miguel. En el fondo de su alma, se decía que los martirios más cortos son los mejores y que Miguel esperaba tan pocas alegrías en esta vida, que no tendria gran sentimiento si la perdía.

La noticia de la muerte del príncipe Oghérof desconcertó á toda la familia y especialmente á la señora Averief. El sacrificio de su sobrino Miguel era inútil. Su primer impulso fué el escribirle para que regresara, pero pensó que no es tan fácil conseguirlo sin haber sentido el olor de la pólvora. Se contuvo á duras penas para no

San Petersburgo y toda la comitiva entró en la ciudad, en la época en que la gente pudiente la abandona.

La señora Averief, después de enterarse minuciosamente de todos los detalles, instaló á Marta en su casa y ella misma la atendía con maternal solicitud, puesto que la joven viuda estaba muy débil y guardaba cama con mucha frecuencia. La conversación de esta señora, fundida en el crisol de tantas desgracias soportadas dignamente, era para Marta un lenitivo á sus angustias.

Un día decidióse á hablar con la señora Averief.

—Es posible que mi marido no se haya suicidado, pero lo que es cierto es que en aquel momento no hacía mucho caso de la vida. ¿Qué podía esperar de una existencia que yo no podía hacerle agradable? Si, como era de temer, había vuelto á enamorarse de mí, hubiéramos sido muy desgraciados!

—Hija mía, lo que Dios hace bien hecho está, contestó la señora Averief. Eres todavía muy joven y la vida es larga. Tienes el derecho de ser feliz, puesto que no has faltado nunca á ninguno de tus deberes.

A fuerza de insistir, concluyó por convencer á Marta, que poco á poco fué recobrando la salud.

## XXXI

La guerra del Cáucaso podía darse por virtualmente terminada desde que Schamyl dejó de es-

tar á la cabeza de la resistencia insurgente. Alguna que otra partida suelta combatía con la tenacidad de la desesperación, y la lucha, circunscrita á un pequeño territorio, tendria forzosamente que acabar pronto. Miguel no encontró grandes facultades para permutar y á mediados de Marzo ya estaba en camino.

Dejó San Petersburgo en un estado de espíritu excelente; y había escogido el Cáucaso porque aquel teatro de luchas y de gloria era el único en donde podía prestar servicios á su país. Sin embargo, su inclinación no nació del entusiasmo de las armas; sabía que aquella era una guerra peligrosa de sorpresas y emboscadas y estaba muy lejos de su ánimo hacerse matar premeditadamente. Viviendo resignado podía dar pruebas de valor y ser útil á su patria, pero ¡morir cuando tal vez llegara un día en que Marta tuviera necesidad de él! Eso no.

En ese estado de ánimo, fué á despedirse de su tía la señora Averief.

—En el Cáucaso murió mi hijo y en Turquía mi marido, le dijo. Tu volverás, más feliz y más tranquilo. Pero tanto allí como aquí, haz honor al nombre de Averief.

Como una matrona romana, se revistió de valor y bendijo á Miguel. En el fondo de su alma, se decía que los martirios más cortos son los mejores y que Miguel esperaba tan pocas alegrías en esta vida, que no tendria gran sentimiento si la perdía.

La noticia de la muerte del príncipe Oghérof desconcertó á toda la familia y especialmente á la señora Averief. El sacrificio de su sobrino Miguel era inútil. Su primer impulso fué el escribirle para que regresara, pero pensó que no es tan fácil conseguirlo sin haber sentido el olor de la pólvora. Se contuvo á duras penas para no

exponer á su sobrino á una tentación demasiado halagadora. Como mujer, ignoraba la pujanza del deber militar y antes de decidirse á escribirle transecurrieron ocho ó diez días.

Pablo no tomó tantas precauciones. «La princesa ha quedado viuda», le dijo á su hermano. y al terminar la carta quiso felicitarle, pero se arrepintió de ello pensando en que su hermano no le había hablado nunca de nada.

Por desgracia, Miguel no recibió esta carta. No se reunía á su regimiento más que para ponerse en camino con él y la carta fué detrás del joven oficial de zurrón en zurrón sin poder llegar á su destino.

Aquellos ocho días fueron otras tantas jornadas de combates para la tropa heroica en la que Miguel acababa de recibir el bautismo de fuego. Una numerosa partida de rebeldes se había reunido en una especie de anfiteatro de montañas y desde allí hacían á cada momento incursiones mortíferas en los campamentos rusos.

Durante un mes, Miguel no pensó más que en la guerra. La fiebre del triunfo se había apoderado de él, y toda su fuerza, toda la energía de su carácter resuelto se dirigía á este fin. Arrastraba el peligro hasta tal punto que más de una vez tuvo el coronel que reprenderle por su temeridad. Miguel prometió ser prudente, pero en el siguiente combate, las circunstancias fueron más fuertes que su resolución.

En un día de Mayo, se dirigía el destacamento que mandaba Miguel hacia un estrecho valle, para hacer un reconocimiento. Todo estaba tranquilo; por el torrente cuyo lecho seguían los soldados, se deslizaba el agua con ritmo musical y en el fondo de la cañada aparecía una fuente estrecha y negra, de la cual manaba un hilo de plata que bañaba, al pie de una roca, un mimbreral

de delicados colores. El valle se iba estrechando paulatinamente y parecía que terminaba allí, rodeado de rocas inaccesibles.

—¡Alto!—gritó Miguel.

Las culatas de los fusiles se apoyaron en el suelo, pero en aquel mismo momento una lluvia de balas atravesó el destacamento. Al disiparse el humo producido por la descarga, apercibióse en las rocas un caminito estrecho por el cual se podía pasar uno á uno.

Averief contó sus hombres. Alguno que otro estaba herido, pero no había ninguno grave. Entablara una lucha con un enemigo invisible hubiera sido inútil. Quedarse allí para recibir una segunda descarga, era insensato. Los montañeses hostilizan la tropa pero no se atreven á descender para atacarla.

Miguel ordenó la retirada, y una nueva descarga hirió en el brazo al teniente, un chiquillo todavía, que acababa de salir del colegio militar. Cubriendo Miguel con su cuerpo la retirada de sus hombres, cogió al oficial y le restañó la herida, y cuando llegaron á una curva del valle, al abrigo de las balas enemigas, vendó el brazo del oficial y volvió con su tropa al campamento.

Informó al coronel y esperó sus órdenes.

—No hay otra orden que doblar los centinelas—le dijo—somos pocos.

—Miguel saludó militarmente y regresó á su tienda de campaña.

Desde su regreso, el deseo irresistible de descubrir al enemigo, le invadió el pensamiento, y sin decir nada, distribuyó los centinelas en los puntos estratégicos, abandonó el campamento á paso de lobo y se dirigió á la montaña.

A duras penas pudo dar con el sitio en donde fueron atacados. La fisura de la roca estaba situada á veinte pies sobre el suelo y gateando llegó

al camino, que era un estrechísimo callejón abierto en la montaña. Con la espada en la mano, pues perdió el revólver, avanzó por el callejón, y al llegar al extremo, divisó á unos centenares de metros de distancia una especie de caserón construido en la cima de una montaña.

Miguel, oculto entre las rocas, observaba aquel edificio del cual salía humo. Un gran silencio reinaba en aquella vivienda rodeada de enemigos. Al pie del caserón, manaba una fuente cuyas aguas caían en un depósito hecho por la misma naturaleza. Apareció una mujer conduciendo un cántaro sobre la cabeza, lo llenó de agua y volvió á remontar penosamente las abruptas rocas, en las cuales, á fuerza de pico, se había construido una tosca escalera.

Sobrecogido Miguel por una emoción inesperada, miraba á aquella mujer cargada con el cántaro ascender por los escalones de granito. El enemigo estaba allí, pero la vida patriarcal de familia también y Miguel sentía tener que incendiar aquel caserón, que si por una parte era refugio de bandidos, por otra parte era un nido de familia.

La detonación lejana de un fusil, en la montaña, le hizo volver á la realidad de la existencia militar. Volvió al campamento, despertó al coronel, le contó su descubrimiento y recibió sus instrucciones.

Una hora después, aquel pasadizo de rocas estaba invadido por los soldados rusos, y el primer montañés que vino á la descubierta encontró su sitio ocupado. La descarga de un fusil, en el momento en que quedaba muerto de un bayonetazo, determinó la salida de sus compañeros y la batalla se inició en aquellas cúspides.

La guarnición de la fortaleza era importante; al cabo de unos instantes de resistencia al aire li-

bre, los enemigos se replegaron tras los muros del caserón, no sin haber dejado numerosos muertos en el campamento; pero los soldados de Miguel, con éste á la cabeza, atacaron denodadamente el edificio. y tras de breve, pero encarnizada lucha, el caserón fué tomado por asalto y entregado á las llamas.

Cuando el fuego envolvió las paredes de la casa, se vió aparecer sobre el tejado una forma blanca que extendía sus brazos suplicantes en demanda de auxilio. Todos los hombres habían muerto ó herido. ¿Cómo se había quedado esta mujer en la casa? ¿No tenía este edificio un pasaje secreto para poder escapar?

Después de su corta estancia en el tejado, la forma blanca desapareció, para reaparecer en seguida en el patio. La empalizada de madera que la cerraba estaba ardiendo, y la desgraciada, que acostumbrada á las feroces fechorías de sus compatriotas, no se atrevía á dirigirse á las tropas rusas que la llamaban, prefirió la muerte entre las llamas, á los suplicios que debían, según ella, esperarla entre los rusos. Loca de terror se retorció los brazos...

Miguel se lanzó por la escalera de granito.

—¡Averíef—le gritaban de todos lados—que la casa se hundel ¡venga usted!

Miguel no hacía caso. Llegó al patio, cogió á la mujer en brazos, se la echó á la espalda como si fuera una pluma y se dispuso á bajar... En aquel momento la casa entera se vino abajo, sobre el patio, y Miguel desapareció con su carga de la vista de sus soldados.

Un grito de horror se escapó de todos los pechos. Miguel se había hecho querer de todo el mundo. Los soldados consternados contemplaban el enorme brasero que iba apagándose; el humo desaparecía en pequeñas nubes, y un árbol que

había en el patio extendía por encima del desastre sus ramas secas y retorcidas por el fuego.

— ¡al vez no haya muerto—dijo el coronel— volveremos á remover las cenizas.

En efecto, algunas horas más tarde, se removieron los escombros, levantáronse las vigas medio calcinadas, y se hizo un escrupuloso reconocimiento, pero no se encontró ni el cuerpo de Miguel ni el de la mujer cuya vida intentó salvar.

En la orden del día apareció lo siguiente:

«Difunto: el capitán Averief, muerto en el campo de honor.»

La noticia llegó á San Petersburgo con la rapidez del rayo. Desde que estaba en el Cáucaso Miguel envió á su hermano tres ó cuatro cartas lacónicas escritas de pie, entre escaramuza y escaramuza. El coronel escribió á Pablo dándole detalles de la conducta del capitán Averief y expresándole el sentimiento que causaba al regimiento la pérdida de un oficial tan brillante.

Pablo no estaba muy seguro de la muerte de su hermano.

—No han encontrado su cadáver—decía— luego quizás no haya muerto.

La gente sensata alzaba los hombros ante estas manifestaciones y se condolía del pobre señor Averief que conservaba tales ilusiones.

La señora Averief ponía todo su cuidado para que Marta no se enterara de esta nueva desgracia, y bajo el pretexto de no excitar los nervios de la princesa viuda, había establecido una especie de cordón sanitario que no dejaba pasar los periódicos sino después de una minuciosa inspección.

Pero es imposible preverlo todo. La familia se había trasladado á Tsarkoé-Selo y Pablo iba de vez en cuando á pasar el día. No hablaba nunca de su hermano y Marta, por su reciente luto,

no le preguntaba tampoco. Un día, á petición expresa de la princesa, Pablo condujo á su hija. Prudente y precavido, tuvo el cuidado de poner á su hija un vestido blanco con adornos rosa.

La pequeña, á la que Marta había conducido al jardín para traerle un ramo de flores, jugaba con su princesa como ella decía.

—Para venir á verte—le dijo de repente—me he puesto este traje, pero me está muy corto.

—Pues es muy bonito.

—Pero me está pequeño—insistió la niña y la institutriz dice que no vale la pena de alargarlo.

—¿Por qué?—le preguntó la princesa distraída.

—Porque ya no me lo pondré más. Desde que murió el tío Miguel no me pongo más que vestidos negros.

Marta, herida en el corazón, cogió á la niña de un brazo.

—¿Tu tío Miguel ha muerto?—le dijo.

—Sí... ¡Oh!—añadió la niña compungida...

—ahora recuerdo que me han prohibido decirte lo... porque estás enferma. No digas que yo te lo he dicho, ¿verdad? Papá me reñiría.

Marta había sufrido demasiado para dejar de soportar en silencio los golpes más crueles. Herida una vez más y en lo que tenía de más íntimo, no se doblegó por el infortunio.

Cuando entró á la casa dijo á la señora Averief:

—Miguel á muerto. Y usted me lo podía haber dicho. Ahora ya me encuentro bien de salud.

—¿Quién ha hablado?—contestó la abuela, pálida de emoción y asustada ante la calma de Marta.

—¡Qué importa! Un día ú otro había de saberlo Dios me ha castigado. Dios es justo. Me inclino ante su poder.

Y se dirigió á su habitación sin que la señora Averief intentara detenerla.

Se habla de mártires y torturas... ¡Dichosos aquellos que ven correr su sangre y sienten quemar sus carnes!; la muerte es inmediata y la gloria imperecedera. Pero aquellos que en el silencio de la noche; durante las somnolientes calmas de los días de estío, contemplan el fondo de su alma desolada y ven que el implacable destino lo ha destruido todo, lo ha arrastrado todo y que es preciso seguir viviendo con la agonía de los recuerdos y la nada de lo futuro.. esos son los verdaderos mártires!

Marta no enfermó; esta última sacudida cambió su vida por completo inspirándole una suprema resolución. Empezó á ocuparse de los asuntos de su marido, tratando de arreglarlos. Se pasaba las noches sobre los legajos de papeles, compulsando asientos, y concluyó por manifestar su decisión irrevocable de visitar las propiedades de su marido.

Podían engañarla acerca del valor de las tierras, decía; tenía que liquidar algunas ventas y quería hacer las cosas á conciencia. En realidad lo que Marta buscaba, era un pretexto para abandonar sus amistades cuya solitud le molestaba á cada instante. El interés que se tomaban por su salud, la necesidad de disimular en su presencia, la imposibilidad de verse sola para llorar libremente, todas esas cosas le habían hecho imposible la vida de familia. Renunciaba á las alegrías de la vida y pasaría el resto de sus días expiando sus faltas, libre de toda cortapisa.

Para la realización de este proyecto contaba, como siempre, con su antigua aliada la señora Averief, que combatía y vencía todas las resistencias.

Marta dejó á San Petersburgo á fines de Julio

para dirigirse al gobierno de Moscou y desde allí á donde la condujera su fantasía, pues tenía que recorrer cinco ó seis propiedades. Por toda servidumbre se llevó á una camarera y á un antiguo intendente del príncipe.

Cuando se encontró sola en el compartimiento reservado del vagón, bajó los cristales de la ventanilla y respiró fuertemente.

—¡Gracias á Dios que podré llorar á mis anchas! dijo para sí.

Pero estaba el aire tan perfumado y la luna iluminaba tan agradablemente el paisaje que su corazón oprimido fué poco á poco serenándose.

Marta no lloró; una dulce melancolía invadió todo su ser, y en el fondo del alma sintió penetrar un sentimiento de alegría desconocido hasta entonces, el sentimiento de la independencia y la alegría de la libertad.

Tenía razón en dudar Pablo Averief; su hermano Miguel no había muerto. Bloqueado por las rocas, pero á salvo del desplome del edificio, estuvo seis horas encerrado con la mujer que intentó salvar, una humilde criada, fea y envejecida por el trabajo.

Los montañeses, cuando fueron á visitar las ruinas del caserón, vieron á Miguel y se lo llevaron prisionero. Durante quince días estuvo acechando una ocasión propicia para escapar; pero estaba muy vigilado porque lo consideraban como

un rehén importante en caso de canje de prisioneros. Por otra parte, desposeído de armas y sin el uniforme, que le quitaron, corría el riesgo de ser maltratado por los suyos antes de ser reconocido. Esta consideración no lo detuvo y un día, aprovechando la entrada de las tropas en el campamento nuevamente construido por los rusos, se evadió sigilosamente. Dispararon contra él y le fracturaron la clavícula de un tiro, sin perjuicio de un buen número de erosiones que le causaron otros disparos menos certeros.

Llegó al cuartel ruso después de muchos rodeos, en un estado lastimoso.

El primer centinela que encontró, le hizo prisionero. Tratado como espía y mal cuidado, consiguió por fin darse á conocer é inmediatamente fué reintegrado en sus grados y jerarquía. Su herida le dió derecho á una licencia y Miguel la aprovechó con objeto de llegar pronto á San Petersburgo para demostrar á los suyos que la noticia de su muerte era prematura. Al llegar á la primera oficina de correos, recogió toda su correspondencia detenida allí hacía mucho tiempo. La primera carta que abrió, fué la de la señora Averief y la única frase de la que no se olvidó nunca fué la de:—Marta es viuda.

Miguel, aturdido, miró la fecha de dicha carta, leyó y relejó cien veces aquella frase, guardó el resto de la correspondencia en el bolsillo, sin leerla, y corrió á encargar un caballo de posta.

Cuando regresó, leyó las otras cartas que le confirmaban la buena noticia y decimos buena, puesto que Miguel no derramó ni una sola lágrima por el príncipe, ni siquiera se acordó de él. El hombre es egoísta, según dicen los filósofos.

El camino le pareció largo, y lo era en efecto. Sin embargo, las carreteras en aquella época del año eran excelentes; el sol de Agosto no moles-

taba en lo más mínimo al joven oficial y la fractura de la clavícula tenía de bueno el que no le impedía proseguir su camino. ¡Cuántas verostas tuvo que recorrer antes que poder llegar á contemplar la arquitectura de una estación de ferrocarril!

Afortunadamente le acompañaban pensamientos risueños. Una sola cosa le inquietaba: el modo como habría acogido Marta la noticia de su muerte.

Sin noticias posteriores, á fines de Mayo, estaba separado del mundo por un abismo. ¡Cuántas veces miró los periódicos, temiendo encontrar en alguno de ellos la esquela de defunción de su bien amado!

Cubierto de polvo y curtido por la vida militar y la fatiga, llegó una noche á casa de su hermano.

Pablo, sorprendido al principio, manifestó su alegría con extravagancias impropias de un hombre serio. Daba vueltas alrededor de Miguel, lo palpaba y lo sacudía dulcemente para asegurarse de que era él en carne y hueso, un poco maltrecho, pero vivo. Por último, tomó el partido de sentarse en frente de su hermano y empezó á mirarlo como si quisiera tragarlo con la vista.

Después de la primera explosión de alegría, Miguel se quedó embarazado sin atreverse á preguntar aquello en que más interés tenía. Pablo fué en su socorro.

—Los Averief y los Milaguine están en Tsarkoe-Selo, dijo.

Pero como el asunto principal no aparecía, añadió:

—La princesa salió hace quince días á hacer un viaje por sus posesiones.

—¿Estará mucho tiempo ausente? preguntó Miguel.

—No se sabe nada. Por lo que yo he comprendido, parece que viaja para distraerse.

—¿Para distraerse? repitió Miguel.

—Sí. Desde... —Pablo vaciló. —Desde hace algún tiempo ha cambiado mucho la princesa...

—¿Desde que quedó viuda? insistió Miguel que esperaba algo sin saber el qué.

—No; desde... en fin, te lo diré; desde que se enteró, bien á pesar nuestro, de la falsa noticia de tu muerte.

Miguel quedó silencioso un momento, pero sus ojos húmedos y su sonrisa emocionada hablaron por él; tendió la mano á su hermano y se estrecharon ambos con efusión sincera.

—¿No estará enferma, verdad? preguntó Miguel.

—No; es decir, enferma no está, pero se busca la muerte á fuerza de pensar y de sufrir.

—¿Dónde se encuentra en la actualidad?

—Eso se lo tendrás que preguntar á la tía Averief respondió Pablo. Ella es la única que conoce las pensamientos de la princesa.

—Ya me harás el favor de decirle que iré mañana á verla, dijo Miguel. Y ahora ponme una cama en cualquier sitio, porque no puedo resistir más.

Mientras que se preparaba el dormitorio, Pablo intentó conocer algunos detalles de su vida en el Cáucaso, pero fué inútil.

—Mira, le respondió Miguel; todo eso ha pasado ya, y yo mismo no sé si las cosas han sucedido en realidad; en los momentos en que me ocurrían todos esos contratiempos, mi cuerpo estaba allí, pero mi alma se encontraba muy lejos. Ahora mismo, conservo solamente una idea confusa de lo que he pasado en la guerra. Tal vez me acuerde más tarde. En todo caso, eso no representa nada importante en mi vida y no tengo interés en conservar su recuerdo.

Al día siguiente, Pablo salió muy temprano para Tsarkoe-Selo, anunciando que su hermano llegaría á las tres de la tarde.

Cuando pisó Miguel el andén de la estación de la residencia veraniega se encontró con Sergio y Nastia que le esperaban llenos de impaciencia. Abrazado, besado, loco á preguntas, salió del paso como pudo, hasta llegar á la casa de la señora Averief poco distante de la estación. Su tía le esperaba en el salón, con un sacerdote.

Las costumbres de toda la vida le hacían profesar un gran respeto á la bendición de la cruz en todas las circunstancias solemnes. Así fué que Miguel franqueó la puerta de aquella casa en medio de cánticos religiosos. Cuando se perdió entre el humo del incienso el último eco del posterior canto en acción de gracias, la señora Averief tendió los brazos á su sobrino.

—Mi hijo se perdió y lo he encontrado, dijo la señora Averief con la Escritura. La guerra me ha devuelto uno de los míos. ¡Que Dios sea loado!

Sergio y Nastia, siempre juntos, miraban á su primo sin cesar en esa contemplación; pero de toda la familia, al señor Milaguine fué al que le costó más trabajo convencerse de ver á Miguel vivo.

Después de una serie interminable de preguntas y respuestas, la señora Averief dijo á los presentes que tenía de hablar con Miguel sobre asuntos particulares, y cada cual se fué por su lado.

Ya era tiempo; la violencia que Miguel se impuso desde hacía dos horas había concluido por fatigarlo y enronquecerlo.

—Tía mía, le dijo cuando estuvieron solos; hábleme usted de ella; no puedo esperar más,

Con una palabra la señora Averief calmó su ansiedad.

—Te ama.

Miguel cubrió de besos la mano de su tía.

—Paciencia, añadió sonriendo la buena señora; pronto la verás.

—¿Dónde está?

—El sitio preciso, no lo sé, pero lo descubriremos y dentro de un mes estará de regreso.

—¡Un mes! ¡eso es una eternidad! ¡Un mes, como si dijéramos veinte años!

—A menos que vayas tú á buscarla.

—Vaya si iré á buscarla, y la encontraré con tal de que usted me indique únicamente el rincón del mundo en donde se encuentre.

—Ya hablaremos de ello en seguida. Yo también tengo algunos sucesos que explicarte. Ante todo, ¿sabes que Paulina murió?

—¡Paulina! ¡no lo sabía! ¿Cómo ha sido eso?

La señora Averief contó á Miguel todo lo que había sucedido en el campo desde la llegada de los príncipes hasta que ocurrió la catástrofe.

—Pero lo que más ha indignado á Marta, añadió para terminar la señora Averief, es un descubrimiento que ha hecho registrando los efectos de Paulina. En un cofre que contenía papeles y algunas joyas, se ha encontrado Marta un ramillete de flores de azahar secas y una carta tuya, fechada en Menton, y dirigida al señor Milaguine.

—¡Mi carta y mi bouquet! dijo Averief. ¡Ah! ¡la miserable!

—¡Ya no existe! contestó la buena señora. ¡Que Dios la perdone!

Miguel bajó la cabeza, pero sin unir sus deseos al ruego de su tía.

—Y ahora, ¿cuáles son tus proyectos?

—Desde que Marta está viuda no tengo más que una idea: buscarla, traerla entre mis brazos y llevármela otra vez tan lejos que no pueda nadie volver á arrebatármela.

—Pero antes de hacer eso, te casarás con ella, dijo la tía sonriéndose de su vehemencia.

—Miguel se echó á reír.

—Es claro. Por de pronto voy á pedir su mano al señor Milaguine; tengo miedo que cualquier otra desgracia se vaya á interponer una vez más entre el néctar y mis labios.

—¡Tan pronto! ¿Estás loco? El pobre hombre es capaz de tener un ataque de apoplejía.

—Bien ha sobrevivido á la petición de Sergio, respondió alegremente Miguel; ya estará curtido.

—¿Y cuando haya consentido?

—Me iré á buscar á Marta y os la traeré aquí.

—Pero no te podrás casar en seguida; la ley lo prohíbe y además las conveniencias...

—Tía, contestó gravemente Miguel, no pretendo casarme en seguida con Marta, porque, como usted ha dicho muy bien, la ley y las conveniencias sociales se oponen á ello; pero declaro formalmente que si se me ha de impedir unirme á ella para no perderla de vista hasta el día en que sea mi mujer, regresaré inmediatamente al Cáucaso y no volveré, si vuelvo, hasta el día en que las circunstancias me permitan reclamar la mano de mi mujer, libre de todo obstáculo.

La señora Averief miró á su sobrino y comprendió que esta resolución era irrevocable.

—Como quieras, le dijo. Nunca se ha hecho en el mundo una cosa semejante, pero está escrito que en mi casa no se ha de casar nadie como se hace en las demás!

—¿Querrá usted, tía, apoyar mi petición, cerca del señor Milaguine?

—Creo que pondrá algunas dificultades de momento; pero, en fin, eso será una razón más para que yo esté presente, le contestó la señora Averief con una pizca de malicia.

## XXXIII

Mientras duró esta conversación el señor Milaguine por su parte se había acostumbrado á la idea de la resurrección de Miguel. Ya estaba pensando en hacerlo suyo durante el invierno. El trato de ese joven le había sido siempre muy agradable y estaba encantado de haber vuelto á encontrarlo, renunciando con placer inmenso á la costumbre de creerlo muerto.

La gravedad con que entró Miguel en su habitación dando el brazo á su tía, revolvieron una vez más sus ideas. Y al ofrecerles asiento, lo hizo en la convicción de que iba á experimentar un disgusto.

Así es que dió á su fisonomía una expresión adecuada á las circunstancias.

—Señor Milaguine, dijo Miguel así que estuvieron los tres sentados; hará dos años y medio que tuve la intención de pedir á usted la mano de su hija la señorita Marta. Otro más feliz se me adelantó.

Hoy las circunstancias me permiten hacer lo que entonces no pude: tengo el honor de pedirlos la mano de vuestra hija Marta Pavlovna.

El señor Milaguine se quedó sobrecogido.

—Pero Miguel, si mi hija es viuda, contestó después de un momento de reflexión.

—Precisamente por eso tengo el honor de pedirlos su mano, respondió Miguel sin poder reprimir una sonrisa.

La señora Averief contenía la risa con el pañuelo.

—Es verdad.—Pero es bien singular—Marta lleva todavía el luto de su primer marido.

Como se observará, el señor Milaguine consideraba ya el asunto bajo un nuevo punto de vista.

—Señora Averief, dígame usted; ¿es costumbre pedir á las viudas en matrimonio antes de que se quiten el luto? dijo volviéndose hacia la abuela.

—No es la costumbre, pero puede uno hacer la vista gorda á cualquier infracción de los usos corrientes, en favor del deseo bien manifiesto de Miguel de aliarse á vuestra familia. Tenga usted en cuenta que antes de ahora intentó ese honor.

—¿Y qué causa os lo impidió? preguntó el señor Milaguine acomodándose en la butaca.

—No pude contar en aquellos momentos con el consentimiento de mi padre y yo sabía la importancia que ha dado usted siempre al respetuoso modo de conducirse.

—¡Muy bien! muy bien! dijo el señor Milaguine. ¿Y ahora?

—He tenido el sentimiento de perder á mi padre y no dependo de nadie.

—Pero una recién viuda no puede casarse! gritó el señor Milaguine vuelto de repente á la realidad. ¡Eso no se ha visto nunca! Y además, ella no está aquí, ¿cómo quiere usted casarse?

—Os pido su mano precisamente con objeto de tener el derecho, que me daría su consentimiento de ir á buscarla y traerla al lado de usted. Por lo que respecta á la fecha del casamiento, el duelo no es eterno, y cuando las conveniencias lo permitan, solamente entonces...

—Ha tenido mi hija una idea muy singular al irse á encerrar allá abajo, en provincias, cuando se está tan bien aquí.

—Si usted consiente, querido señor Milaguine, os la traeré antes de quince días.

—¡Si no deseo otra cosa! dijo el buen hombre, ¿usted es el yerno que me hace falta! Pero, ¿y si Marta no quiere?

—Permítame usted que vaya en su busca para asegurarme de su consentimiento, insistió Miguel.

—¡Es inaudito! ¡No quiero saber otra cosa! ¡Esto positivamente no se ha visto nunca! repetía el señor Milaguine. Prascovia, sáqueme usted de este atolladero; bien ve usted que no sé dónde estoy.

Al cabo de diez minutos, el consentimiento estaba otorgado; Miguel y su futuro suegro se abrazaron cordialmente, y se reunió a toda la familia para comunicarle la fausta noticia.

—¿Cuándo te vas? preguntó Pablo.

—Necesitaré tres días para arreglar mis asuntos del servicio, respondió Miguel contando con los dedos. Hoy somos miércoles... jueves... viernes... sábado... saldré el domingo.

—Tan pronto! dijeron todos.

—Yo quiera salir mañana, ya ven ustedes.

Y dirigiéndose a la señora Averief, le preguntó:

—¿En dónde está Marta?

—En su última carta me anunciaba la intención de salir para una propiedad que posee en el gobierno de Kazan, y desde allí se dirigirá a una especie de alquería, rodeada de bosques, que está á orillas del Volga, cerca de Oussolié, según creo.

—¡Ya la encontraré! dijo Miguel radiante de alegría.

El domingo siguiente, salía de San Petersburgo henchido de esperanzas.

## XXXIV

Ocho días después descendía Miguel por el Volga á bordo de uno de esos grandes vapores que prestan servicio regular entre Nijni-Novgorod y Astrakan. No habiendo encontrado á Marta en su propiedad del gobierno de Kazan, iba á buscarla en las orillas del río, en aquella alquería de la que la señora Averief le había hablado.

—¿En qué rincón perdido de esta tierra virgen se encontrará Marta? pensaba Averief. ¿En qué ignorado asilo será menester buscarla? ¿Cuáles serán sus pensamientos?

El vapor pernoctó en Oussolié con objeto de evitar algún choque nocturno y al día siguiente al medio día hizo escala en el puerto fluvial á donde Miguel se dirigía. En seguida que el vapor se amarró en un pontón situado en la desembocadura de un barranco, cogió Miguel su maleta, atravesó una especie de puente flotante y se encontró en el desembarcadero.

—¿Es esto Bogodar? preguntó á un aldeano, única persona que vió en aquel sitio.

—No señor; esto es la estación fluvial de Bogodar.

—¿Y dónde está Bogodar?

—A treinta y cuatro verstas hacia el interior,

—¿Pero aquí habrá algún poblado, sin duda?

—No, señor, no hay ninguno.

—Entonces, ¿dónde vives tú?

—Aquí debajo.

Y diciendo esto el aldeano señaló una escalera que descendía al interior del pontón.

—¿Y vives solo?

—No, señor, vivo con otro individuo que ahora no está porque ha ido á buscar leña. ¿Qué es lo que usted desea? le dijo el labriego, cayendo en la cuenta de que aquel oficial no había desembarcado solamente para tener el gusto de hablar con él.

—¿Conoces tú por aquí una alquería llamada Marievo, que se debe encontrar situada entre esta estación y la villa de Bogodar?

—Bogodar no es una villa, señor, es una ciudad con su iglesia y...

—¡Ah! ¡tiene iglesia! Me quedo encantado, contestó Miguel; pero, aparte de eso, ¿conoces, como te he dicho, la alquería llamada Marievo que pertenece al príncipe Oghérof?

—Ya lo creo, señor, y hasta sé que vive en ella la princesa que, según se dice, ha quedado viuda y que llegó hará unos quince días.

—Muy bien; ¿está muy lejos de aquí?

—No, señor, á catorce verstas por la carretera. Pero ¿por qué ha venido usted por aquí? Para ir á Bogodar se desembarca en Oussolié y desde allí se toman caballerías.

—Entonces, dijo Miguel enfadado, ¿por qué tienen ustedes aquí una estación que no sirve para nada?

—En primavera y otoño se destina al embarque y desembarque de mercancías, pero los viajeros no vienen nunca por aquí. Han informado á usted mal, sin duda, señor.

—Muy bien, dijo Miguel, pero puesto que ya estoy aquí, haz el favor de decirme cómo he de ir á Marievo. ¿Tienes algún caballo?

—¿Un caballo? repitió el labriego, ¿para qué?

En efecto, ¿qué iba á hacer aquel buen hombre de un caballo, cuando vivía de lo que pescaba?

—¿Luego se ha de ir á pie?

—Si señor; pero no está lejos; si usted lo desea mi hijo le enseñará el camino.

—¿Tienes hijos ahí dentro? dijo Miguel extrañado.

—Sí, señor, y mujer.

—Vamos, muy bien; pues aceptado; dile á tu hijo que venga á hacer de guía.

Después de dos horas de camino por una especie de barranco, llegó Miguel á una planicie. En ella había un pequeño lago al cual aflúan las aguas del barranco, y á la izquierda un sendero muy trillado. El llano estaba rodeado de colinas cubiertas de arboleda y á lado y lado del camino se extendía un frondoso encinar.

—A la izquierda, dijo el guía, abriendo la boca por primera vez.

—¡Ah! ¿pero sabes hablar? contestó Miguel admirado de ver á un chico capaz de andar dos horas seguidas sin despegar los labios. Toma, he aquí un rublo.

La cara del chico, que relucía de orgullo, experimentó una transformación dolorosa. Tomó el billete con desdén y lo dobló como si tuviera un sentimiento en deshacerse de él.

Miguel comprendió la idea del muchacho y añadió:

—Eso es para tu padre, y esto para tí.

Y puso entre las manos del rapaz unas monedas de cobre. El muchacho, loco de alegría, miró las monedas, las apretó fuertemente en la mano derecha y echó á correr por donde había venido.

Miguel, sorprendido al verse solo, colocó en el suelo la maleta, se sentó y miró á su alrededor.

Marta había escogido un verdadero desierto en donde pasar sus días y allí podía estar segura de no encontrar á nadie que le recordase aquella vida de sociedad de la que pretendía huir. ¿Qué clase de sufrimiento era el de aquella mujer, cuando tan oculto quería tenerlo?

Miguel se levantó, cogió la maleta y tomó el camino de la izquierda por el que anduvo cerca de dos horas.

El sol abrasaba; millares de langostas saltaban por la hierba; manadas de cabras monteses huían al galope hacia las colinas del Volga y algún ciervo atravesaba veloz el camino en dirección á la laguna; pero Miguel no se fijaba en nada, ni notaba el cansancio, pues cada paso lo acercaba más á su querida Marta, que tal vez estuviera enferma, tal vez en peligro.

Desde que se le ocurrió esta idea, se obsesionó con ella. Apretó el paso y consiguió llegar por fin á un terreno cercado por un seto de álamos. Franqueó la puerta mal cerrada por un pestillo y avanzó por una avenida de álamos, á pesar de los ladridos de dos enormes perros que pugnaban por desasirse de las cadenas á que estaban sujetos.

Al ruido producido por los mastines, acudió un criado y nadie puede imaginarse la extrañeza que experimentó al ver á un oficial de la Guardia con una maleta en la mano.

—¿La princesa Oghérof? preguntó Miguel llevándose la mano á la visera de la gorra.

—En casa, señor, respondió el intendente por la fuerza de la costumbre, y después añadió:

—¿Me permite usted que os pregunte, cómo habéis venido hasta aquí?

—A pie, respondió Miguel.

El intendente lo miró con aire de duda.

—¿A quién he de anunciar?

—Al capitán Averief que regresa del Cáucaso.

El intendente entró en la casa y volvió en seguida.

—La señora princesa no está dentro, dijo; sin duda se estará paseando por el jardín, ó en el prado inmediato. ¿Quiere usted que se la avise?

—No, contestó Miguel, iré á buscarla yo mis-

mo; pero antes quisiera lavarme y cepillarme un poco.

El intendente lo introdujo en la casa. Pero, ¿qué casa! Constaba únicamente de dos piezas; una alcoba y el comedor con un pequeño recibidor. En una especie de cabaña próxima estaban la cocina y las dos habitaciones de los criados. El aparcero de la alquería y su mujer, que era la cocinera, vivían en otra cabaña á algunos pasos de allí.

El comedor estaba amueblado con cuatro sillas de paja y una mesa de pino. Una imagen dorada colocada en un rincón, era el único adorno de esta pieza. La alcoba, que Miguel pudo ver por estar la puerta entreabierta, era también de una sencillez rayana en la miseria.

—¿A qué habrá venido aquí? se preguntaba Miguel cada vez más perplejo.

La frescura del agua le quitó el cansancio. Hizo algunas preguntas para orientarse y se dirigió al jardín. En un momento lo recorrió, pero Marta no estaba, y en su vista, empujó una puerta recientemente abierta en la empalizada y se encontró en pleno campo.

En el extremo de una angostura por la cual descendía, formando cascada, el agua de un riachuelo para perderse entre un bosque de abetos, había una especie de planicie cubierta por las grandes ramas de un álamo secular. Allí estaba Marta.

Sentada en el suelo y apoyada en el tronco del gran árbol parecía soñar. Su semblante era tranquilo, pero las largas vigiliias dolorosas habian dejado su indeleble huella. La calma de Marta era la de la tristeza que se resigna.

Miguel, al oirla, tuvo miedo y su corazón que palpitaba violento de alegría é impaciencia cuando la buscaba, se quedó helado. No sabia cómo presentarse, no quería que la alegría de lo inesperado, pudiese determinar en aquella mujer un súbito trastorno.

Pensativo, inquieto y temblando de alegría y de pavor quedóse inmóvil, hasta que Marta volvió la cabeza hacia el sitio en donde Miguel se encontraba.

Lo miró sin fijarse al principio, creyendo que venían á buscarla para cualquier asunto de su casa, é hizo con la cabeza un signo; pero cuando alzó los ojos y los fijó en el semblante de Miguel, hizo un brusco movimiento hacia adelante, apoyó una mano en el suelo y con la otra se contuvo las palpitaciones de su corazón. Aterrorizada y con los ojos extremadamente abiertos, miraba á Miguel creyéndose víctima de una alucinación ó de un extravío mental.

Miguel se dirigió hacia ella y cayó de rodillas entre los pliegues de su vestido negro. Sin pronunciar una palabra Marta le cogió la cabeza entre sus dos manos y le miraba á los ojos, incrédula al principio, desconcertada luego.

—¡Vivo! gritó y quedó desvanecida. Pero este accidente no duró más que un minuto; antes que Miguel pudiera socorrerla, había vuelto en sí y volvía á mirarlo, sin terror, pero con alegría y pena al mismo tiempo.

—¡Vivo! repitió. ¿Luego no era verdad?

—¡ así vivo! contestó Miguel. Marta, os adoro.

—Soy viuda, replicó Marta, vuelta en un momento á la dura realidad de la vida.

—¡Eres mi mujer! dijo Miguel. ¿Quién podrá ahora separarnos? He venido á buscarte, á llevarte conmigo y á no separarme de tí hasta la muerte.

—¡Vivo! repetía Marta. ¡Ah, cuánto os he llorado! y ante lo intenso de su emoción prorrumpió en copioso llanto.

—Todo eso ha sido un sueño, dijo Miguel separando de su rostro las manos con las cuales pretendió ocultar sus lágrimas. No ha sucedido nada; henos aquí reunidos para siempre.

Marta, embriagada, le miraba extasiada; con los carrillos bañados por el llanto y los párpados enrojecidos, dejaba perder su vista con los ojos del ausente aparecido, del muerto resucitado.

—¡Le adoro! repetía Miguel, atrayéndola hacia sí. Vamos á ser eternamente felices.

—No, es imposible, contestó Marta.

—¿Imposible?

—Nuestro amor ha sido el que mató á mi marido, dijo Marta, retorciéndose los dedos por un movimiento nervioso. Entre nosotros hay un muerto. Es imposible.

Miguel sintió toda su sangre hervir.

—¡Imposible! Y para eso he regresado herido del Cáucaso? Para eso he andado dos mil leguas hasta que te encontrado? Desde el día en que supe que eras libre, no he respirado ni una vez siquiera sin pensar en tí; cada vez que ha salido el sol he dicho: un día menos, y ahora, me encuentro, con un imposible, cuando podemos querernos á la faz del mundo! Tú me amas, yo te adoro y sin embargo es imposible! Pruébalo á decir otra vez y verás como tus labios se niegan á ello.

—Mire usted Miguel, dijo Marta sacudiendo la cabeza, mi marido murió en el momento en que yo concluía de decirle que os había querido, que

os quería... Creí al principio, que se había matado, al enterarse de ello; después supe que su muerte fué el triste resultado de un accidente... pero un accidente que no ocurre cuando se tiene apego á la vida. Bien ve usted que entre nosotros hay un muerto.

—El príncipe era un perfecto caballero, respondió Miguel. Paz á sus cenizas, pues no soy yo quien deba rebajarlo á tus ojos. ¿Pero has creído que no hubiera amado á nadie en el mundo más que á ti?

Marta no contestó.

—Y después de casado... continuó Miguel...

Marta dirigióle una mirada de reproche. Vaciló un momento y continuó:

—Si el muerto hubieras sido tú, muerta de pena al ver que no eras amada por tu marido como te merecías, ¿crees que el príncipe hubiera hecho juramento de conservar una viudez perpetua?

Marta inclinó la cabeza.

—¡Vida mía! siguió diciendo Miguel con acento de esposo y de dueño; guardas en el fondo de tu alma algo secreto que no quieres revelar, pero que tengo derecho á saber.

Marta vaciló un momento.

—Sea, dijo al fin; lo va usted á saber. Desde que me enteré de su muerte, hice el voto de consagrarme á Dios, cuando mi padre falleciera, en expiación de mi falta;—sí, de mi falta. Yo no debía amar á otro hombre que á mi marido.

—Lo que tienes que decir es que no te debías haber casado con otro hombre que no fuera el que amabas; esa es tu falta, y con ella no tienen nada que ver ni tu marido ni Dios. Yo soy el único perjudicado, pues me destrozaste el alma y aun tienes valor para rehusar la separación!

El sol había desaparecido del horizonte visible.

Marta permanecía inmóvil, envuelta en los pliegues de su vestido que señalaban líneas esculturales.

Miguel se aproximó á ella y la abrazó por la cintura.

—Escucha, le dijo, Dios no quiere tu corazón ya que El me ha conducido vivo á tus pies para bendecirte y amarte hasta el fin de tus días. Tu falta ha consistido en haber dudado de mí. Esta falta la has expiado y yo, el ofendido, te perdono. Mira—y Miguel le enseñó la primera estrella que apareció en el cielo—cuando estaba en el Cáucaso, prisionero y expuesto cada día á ser fusilado, esperaba que apareciera, y cuando lo hacía, veía en ella tus ojos que me sonreían. Entonces no me consideraba ni prisionero, ni condenado á vivir solo, ni desgraciado; pensaba en ti y me decía á mi mismo: Marta prometió quererme hasta más allá de la muerte. Pues bien, ahora que, salvado por milagro, vengo á reclamar el precio de mis penas, ¿será Marta infiel á su promesa?

Y al decir esto la atrajo dulcemente hacia sí, poniendo sus labios en los cabellos de la princesa que estaba inmóvil y como fascinada.

—Antes de que prometieras á Dios cosa alguna, le repitió Miguel, me prometiste á mí amarme siempre; y yo te adoro...

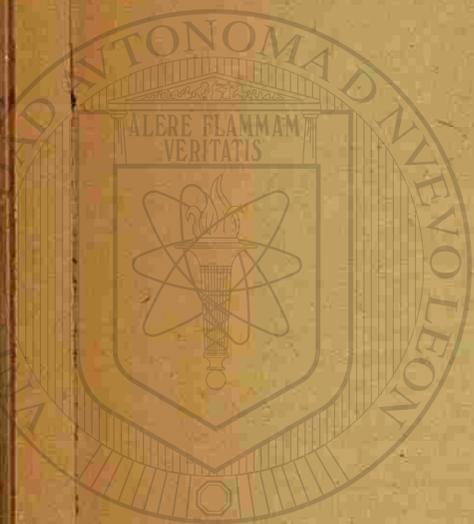
Marta no pudo resistir más.

—¡Te adoro! contestó como si despertara de un sueño, y extendió los brazos para recibir á Miguel en su seno.

—¿Será posible que concluyamos por ser felices? dijo Marta adormecida.

Miguel le contestó con un beso en los labios.

FIN



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





BIBLIOTECA